



BIBLIOTECA

AMENA

III

2  
04



B.P. de Soria



61120494  
D-2 23604



¡ESPERANDO!



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

¡ESPERANDO!

EL SARGENTO FRANCK



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

---

ES PROPIEDAD

---





## ¡ESPERANDO!

---



A cariñosa madre esperaba...

Á su espalda, en el parque de entrada al castillo, alineábanse los castaños de indias y los añosos robles, formando filas como inmables veteranos, y en el fondo, á través de un tupido arco de follaje, aparecía la casa señorial, algo modernizada en su exterior, espejándose en la superficie tranquila de los anchos fosos de agua que la rodeaban.

Á derecha é izquierda, en las extremidades del parque, extendíanse las llanuras de los campos, ricos en mieses, que empezaban á brotar, y cuyo delicadísimo verde semejava un inmenso lago, en el que como pequeñas islas asomaban acá y allá alquerías, granjas y caseríos, con

sus techos colorados, sus paredes blancas y sus huertecillos llenos de almendros y manzanos en flor.

El sol desbordaba sus torrentes de luz sobre tan magnífico panorama, dorándolo, por decirlo así, á fuego, y esmaltándolo con reflejos centelleantes; sol de primavera, sonriente, alegre, con cuyo calor se difundían por doquier las palpitaciones deliciosas y fecundas de la resurrección de la tierra. Abríanse á porfía las flores en las praderas, en los cercados, en los árboles; gorjeaban los pajarillos en torno de sus nidos en construcción, y los labradores escardaban los sembrados, dirigiéndoles miradas llenas de satisfacción y de esperanza. ¡Ah! sí, la naturaleza volvía de nuevo á la vida.

Mas ¡ay! también entre el musgo de los prados, algunas florecillas, algunas blancas margaritas, yacen tronchadas y marchitas antes de tiempo.

---

También el alma humana tiene ese delicioso despertar y como resurrección á nueva vida.

Bajo el peso de una repentina desgracia, de un gran infortunio, de un desengaño desgarrador, la pobre alma desfallece, cae, queda destrozada, sin acción y como muerta. La dicha no

es para ella; todas sus energías, toda su vida ha desaparecido juntamente con aquellos encantadores momentos, con aquellos seres queridos que se fueron, con todos aquellos ensueños de amor que se desvanecieron en lontananza cuando empezaban á colorear el fondo del cuadro de su vida, con todas las afecciones, cuyo dulzor la embriagaba, y que, una vez muertas, solo sirven ya para amargarle el corazón. He ahí el invierno del alma; ahí está la pobre, inerte, helada, despojada, abandonada. ¡Oh! no la acriminéis... La pobre sufre; ¡y es tan duro sufrir bajo la opresión del desengaño!

Dice Platón que Dios ha mandado al tiempo que adormezca al dolor. El tiempo obedece. ¿Y quién podrá decir cómo vuelve de nuevo la vida en esa alma?... La mirada de un niño, una nueva amistad cogida como una flor al borde del camino de la vida, el espectáculo de un dolor, de una desgracia sin comparación mayor que la suya, una mirada al Crucifijo ó á la Virgen de los Dolores teniendo en su regazo á su Hijo muerto, un pensamiento que cruza como un relámpago por la lobreguez de esa noche oscura... ¿qué sé yo? cualquier cosa al parecer insignificante, pero que entraña una gracia bajada del cielo. Y la resurrección se verifica; al principio lenta y ocultamente, como la savia que

---

sube silenciosa por el tronco y las ramas del árbol; luégo apareciendo al exterior, como los brotes que rompen la seca corteza; después floreciendo á la luz del sol, y coronándose en fin con esa corona blanca que esmalta en Mayo los árboles y promete dulcísimos frutos. La primavera vuelve de nuevo. La esperanza está de vuelta, y con ella han vuelto el vigor, el valor, la fe y la felicidad.

Bella es la primavera de la tierra, pero más bella es la primavera del alma.

---

La cariñosa madre esperaba...

Había sufrido mucho. Después de algunos años de un matrimonio feliz, en que ni una ligera nube había empañado el azul del cielo, la muerte inexorable había venido de pronto á reclamar su presa. Su marido, muerto con muerte prematura, reposaba allá en compañía de sus antepasados en el enterramiento de familia, en la cripta abierta al pie del coro de la iglesia. Había quedado sola en aquel gran castillo vacío, sola para cuidar á sus dos hijas pequeñas, Elvira y María; María, que acababa de venir á este mundo cuando su padre se alejaba de él. La madre pasó por ese triste invierno del alma de que acabo de hablar, y vivió por mucho tiempo

en el más desconsolado desaliento. Mas un día los dulces ojos de sus dos pequeñinas la despertaron de aquella especie de sopor... la dicha aún podía existir para su corazón, puesto que tenía aquellos dos ángeles á quienes amar, y este pensamiento la elevó sobre sí misma... y se trazó un nuevo plan de vida, en el cual los dos ángeles queridos ocupaban el presente y el porvenir, y se encontraban en todas partes y siempre... De allí en adelante no había más mundo para la madre que Elvira y María. Y en verdad, ¿hay algo en el mundo para una madre fuera de sus hijos? Y ese mundo le bastaba y le parecía hermoso, delicioso, rebotante de alegría.

El presente era feliz, pues Dios se lo había bendecido excepcionalmente. Dios había dado á las dos niñas dos almas naturalmente buenas y amantes; ternura de corazón, generosidad de espíritu, carácter abierto y franco con rasgos de ingenio perspicaz y unas repentinas salidas infantiles encantadoras; hasta las había dotado de esa cierta gracia exterior que, á veces, atrae y cautiva aún más que la misma belleza.

¡Y el porvenir!... el porvenir nadie lo conoce; pero ella mentalmente lo fraguaba y creaba á semejanza del presente, y lo embellecía con toda la espléndida magia de sus maternales ensueños. ¡Oh, sí, aquello era la primavera en

su alma; la hermosa primavera y el sol esplendoroso!...

Mas ¡ay! también entre el musgo de los prados algunas tiernas florecillas, algunas blancas margaritas, yacen tronchadas y marchitas antes de tiempo!

---

« ¡Madre! ¡madre! »

De una revuelta del camino, oculto por un vallado de espinos en flor, partieron esos dos gritos alegres, vibrantes, y las dos pequeñuelas se precipitaron hacia su madre con toda la vehemencia de su corazón y con toda la velocidad de sus pies, levantando nubes de polvo: detrás de ellas cargada con los cartapacios y libros avanzaba el aya majestuosamente.

La madre, con el corazón palpitante, se adelantó al encuentro de aquellas corretonas.

Elvira, la mayor, fué la primera en caer en sus brazos y luego María. Después de haberlas abrazado y besado una y muchas veces, alisóles los desordenados y flotantes cabellos, que se escapaban de sus elegantes sombreritos, y cuando el aya consiguió juntarse al grupo, Elvira se cogió de uno de los brazos de la madre, María del otro, y las tres se encaminaron por la gran avenida de árboles en dirección al castillo.

El aya seguía siempre detrás.

Las risotadas y cuchicheos revoloteaban por entre las ramas como cantos de alondras, y sus vocecillas argentinas parecían competir en alegría con el gorjeo de los pájaros.

¡Tenían tantas cosas que contarle! Los graves incidentes de la clase, las lecciones de Sor Josefa, sus regaños á veces, aquel mirar á las más revoltosas con sus dos grandes ojos amenazadores... en fin, todos los grandes acontecimientos de su vida de colegio. La madre las escuchaba, á veces distraída, pero siempre sintiendo una inefable dicha en su corazón.

¡Oh cómo bendecía á Dios! ¡Cómo sentía lo bueno que es ser amado!... Y ¡cuán hermosa le parecía la vida!

Mas ¡ay! también entre el musgo de los prados algunas pequeñas florecillas, algunas blancas margaritas, yacen tronchadas y marchitas antes de tiempo!

---

Todos los días, cuando era hora de volver de la lección, se la veía esperar así á las dos prendas de su cariño.

Algunas veces se adelantaba mucho; y los campesinos al verla, exclamaban: ¡Cómo ama á sus hijas! Y los paseantes que la encontra-

ban al paso con sus dos hijas colgadas de sus brazos, pensaban al contemplar las deliciosas y amorosas sonrisas que iban de unos labios á otros labios: — ¡Qué madre tan feliz!

¡Qué madre tan feliz! Y ¡cuántas veces ella misma se repetía esta exclamación! Cierto, ella no se olvidaba del que había desaparecido; á cada instante su pensamiento volaba hacia él como para reposar en él, mas hacíalo con resignación y con paz: sentía la herida que Dios había abierto en su corazón, mas también la suavidad del bálsamo con que Dios iba cicatrizando la herida. Y ella le bendecía por haber tenido compasión de su debilidad y haberle dado tan gran consuelo para enjugar tan amargas lágrimas.

Deslizábanse así los años, y llegó el momento de una separación de poco tiempo, es verdad, pero siempre dolorosa. Elvira cumplía ya la edad de recibir educación más esmerada, y completa y de entrar en el pensionado.

El adiós de despedida fué bien triste: para inspirar fortaleza á la hija, la madre tuvo que sacar fuerzas de flaqueza y aparentar serenidad, y contuvo sus lágrimas hasta darle el último beso; pero cuando la puerta del viejo convento se hubo cerrado, entonces se desbordó la re-presa, y corrieron libremente sus lágrimas... Sin duda que despedirse para volverse á ver tan



pronto, partir para á poco volver, no desgarraba el corazón como el adiós y la partida de los que mueren, sin esperanza de volverse á ver ni á juntar aquí abajo; y sin embargo, la herida de esta partida y separación fué para la pobre madre muy dolorosa. Cuando volvió á encontrarse en el castillo, y vió el aposento de Elvira vacío, sintió algo parecido á la impresión angustiosa que había experimentado en el cuarto vacío de su esposo. Mas le quedaba María; después vendrían las cartas de Elvira, después — ¡el tiempo pasa tan pronto! — vendría el fin del año escolar, y entonces!... Aguzaba su ingenio femenino y maternal á fin de calmar su pena, y para engañarse á sí misma dulcemente, pensaba en un tiempo en el que ella no estaría jamás sola.

Elvira la había dejado, pero María estaba con ella. Cuando á María le llegara la hora de partir al pensionado, Elvira estaría ya de vuelta. Llegaría para Elvira la hora del matrimonio, como había llegado la del colegio; pero entonces María estaría cerca de su madre, cerca de ella; y cuando María á su vez se llegase á casar... ¡Oh! entonces ella empezaba ya á escuchar un rumor de lloros y risas infantiles, y sentía sobre sus rodillas y en sus brazos el dulce peso del primer recién nacido, de su nietezuelo, y se miraba en sus ojillos de ángel, y veía su preciosa carita

sonriente, y le veía agitar sus manecitas entre los encajes de la cuna, como pidiendo que le cogiese la abuela!... No, ella no estaría nunca sola; ya anciana y coronada de blancos cabellos, veíase rodeada de hermosos niños, bendecida, acariciada, dichosa.

¡Oh, sí, dichosa! ¡la dichosa abuela de todo aquel mundo pequeño de seres queridos!

Y todos los días iba á esperar á María más allá de la avenida de encinas y castaños... Pasaba á veces al mismo tiempo el peatón con el correo, y cuando entre las demás cartas sus ojos de madre adivinaban el sobre de Elvira... volvía al castillo devorando la carta de su hija. Entonces le parecía que tenía á sus dos niñas consigo.

La vida de María se dividía entre el humilde y cercano colegio de las Hermanas y el castillo; mas su corazón y su pensamiento no se apartaban nunca de su madre.

En el colegio había que atender á las clases, á la lección; en el castillo no tenía que atender más que á su madre. En el colegio tenía sus amiguitas, y (rasgo conmovedor que pinta el corazón de la niña) esas amiguitas las escogía entre las ménos favorecidas de la naturaleza y de la fortuna, entre las que no encontraban amigas tan fácilmente. En el castillo tenía á su madre, y ¡cómo palidecía todo á sus ojos en

presencia de su madre! También allí recibía lecciones... las magníficas lecciones de un corazón de madre y de cristiana.

Allí también trabajaba... para los niños pobres. ¡Y qué dedillos tan habilidosos tenía! ¡y cuántos trajecitos y prendas iban acumulándose en su armario, como fondo de reserva, para que los pobrecitos niños hicieran frente á los rigores del invierno. Cuando este llegaba, la misma niña iba, acompañada de su madre, á entregar aquel fruto de sus trabajos á las chozas desmanteladas y pobres tugurios, en donde sufrían las inclemencias de la estación los pequeñuelos.

Un día detuviéronse delante del foso del castillo dos pequeñines extraviados, macilentos y temerosos; en sus ojos se leía una súplica. María los ve, corre á ellos, los interroga, y tomándoles á los dos por la mano, les obliga á entrar en los salones del castillo, y eso que los niños estaban cubiertos de harapos y sumamente sucios. María no manifiesta ningún asco, llama en su ayuda á una de las doncellas, y en un dos por tres pone á los pequeñines aseados y limpios, les viste trajes nuevos y se los lleva á la repostería, donde con sus propias manos les da de comer y de beber.

—Pero, señorita,—se aventuró á decir la doncella,—¿qué dirá la señora?

—¿Mi madre?... mi madre haría lo que yo he hecho.

—¿Y no teme V. que estos pobres desgraciados vendan esos trajecitos que V. les ha dado?

—¡Pues tienes razón! —exclamó la niña sorprendida por la pregunta y quedando un momento pensativa. Mas pronto, como inspirada, volvió á los niños y les obligó á que bajo *su palabra de honor* le prometiesen que no venderían los vestiditos que acababan de recibir.

Los pequeñuelos dieron su palabra de honor sin saber á punto fijo lo que era aquello, y la niña quedó tan alegre y tan tranquila.

¿Vendieron ellos sus vestiditos nuevos?... lo ignoro. Lo que yo sé es que Dios no tuvo esto en cuenta cuando bendijo el tierno corazón de nuestra María.

¡Señor, Señor! ¿Porqué caen marchitas antes de tiempo entre el musgo de los prados tantas florecillas blancas?

---

Mucho tiempo tienen que pasar las pensionistas para olvidar un poco el dulce nido de la infancia, para acostumbrarse á la severidad monótona de las clases, á las horas reglamentarias de recreo en el jardín, á las blancas alcobas del dormitorio del convento.

Elvira pasó por esta prueba. Las Religiosas á quienes la había confiado su madre, se esmeraban en que no echase de ménos el calor de la familia, rodeándola de cariñosos cuidados. La Superiora, sobre todo, á quien todas llamaban nuestra Madre, le daba á gustar á cada paso la ternura y bondad de su corazón, y Elvira daba bien á entender que no era desagradecida.

«El lunes debíamos empezar los santos Ejercicios, escribía Elvira en su *Diario*, mas he aquí que Sor Josefa ha venido á decirnos que se retrasan, porque nuestra Madre está enferma... ¡Dios mío! ¿qué tendrá nuestra querida Madre?»

Y dos días más tarde:

«Nuestra Madre sigue en la enfermería; está un poco mejor, mas ¿cuándo la volveremos á ver?»

Y por último:

«¡Qué alegría! nuestra Madre ha vuelto con nosotras. La hemos vuelto á ver y á saludar después de Misa.»

Elvira, por lo tanto, era feliz.

Y además su madre, su verdadera madre, la venía á ver de vez en cuándo.

«Visita de mi querida mamá, escribía en su *Diario*. Hacía un tiempo malísimo, caía á torrentes la lluvia y rugía espantosamente el venda-

val... Pero á mí nada me importaba; pues estaba con mi madre querida.»

También tenía á ratos sus tristezas, por los pequeños contratiempos y reprimendas de clase. ¡Mas Elvira los recibía con tanta docilidad y humildad!

«Á las diez y media Sor Josefa me manda llamar... Me acerco llena de temor... Ordena á las demás alumnas que se retiren, y cogiéndome por la mano, me dice: Tenemos que ajustar nuestras cuentas.

»—Está bien, Sor Josefa,—dije yo temblando.

»—¿Cuántas labores y estudios ha emprendido V. á la vez?

»—No lo sé á punto fijo, Sor Josefa, permítame V. que los cuente. Y contando por los dedos añadí: nada más que seis, Sor Josefa.

»—Sobran cinco. Hay que dejar los anteriores trabajos y concluir cuanto antes lo último que le he encargado... Ese afán de pasar de unas cosas á otras parece actividad laudable y no lo es. Padece V., niña, una *perecitis* crónica. Hay pués que sacudir la pereza.

»Y me dejó bajo la impresión de estas palabras, pensativa, confusa, y, sobre todo, arrepentida.»

Estas nubecillas se deslizaban por el cielo de su alma sin turbar su serenidad y su alegría.

«No sé cómo se me ha ido el tiempo contemplando desde mi ventana el amanecer de un nuevo día. Anoche admiraba el espectáculo de las estrellas, y he aquí que todavía hace un momento la luna, allá en la línea del horizonte, pálida y triste, parecía dejar con pena nuestro hemisferio, confundiendo su blanquecino fulgor con la blanca luz del alba naciente en los puntiagudos techos de la villa... Veo á lo lejos levantarse los campanarios de las aldehuelas vecinas rodeados de arboledas sin hojas aún... más cerca mi querido jardín del pensionado, en donde la yerba está aún cubierta del rocío matinal, y por cuyos enarenados caminos se pasean como sombras las Madres, rezando el Rosario ó leyendo. ¡Qué día tan hermoso y cuán amable y suave me parece la vida, y cómo me lleva todo hacia Dios!»

Pero llega un día en que aquel corazón virginal se perturba súbitamente.

«He recibido carta de mamá. María está enferma... ¡Oh qué inquietud y qué pena tengo!... ¡Cuánto tardan las cartas!... La hora del correo ha pasado, y nada, tampoco hoy tengo carta.»

«Otra carta de mamá. Mi querida María no está mejor; no toma más que agua y no puede dormir... Mamá cree, sin embargo, que no

será más que una ligera fiebre. ¡Oh Dios mío, cómo voy á rogar á la Virgen por mi hermana querida!»

Después de algunos días:

«María está mucho mejor... Bendito sea Dios.»

Y el *Diario* seguía poco más ó menos así señalando paso á paso los primeros que daba en la vida del pensionado aquella alma delicada.

Al fin un grito de alegría:

«Parto para Lourdes con María, y nuestra querida mamá nos lleva. Todas mis amigas me encargan visitas á la Virgen y oraciones, y yo se lo prometo. ¿Cómo no?»

»Al momento de partir, Sor Ana Margarita me lleva al aposento de la Madre Superiora, y tengo el consuelo y la pena de despedirme de ella y abrazarla.»

---

Dos días después la Madre y las hijas emprendían su viaje triunfal.

María había estado más en peligro que lo expresado por el *Diario* de Elvira. En tan angustioso trance la madre le había prometido á la Virgen una peregrinación, y para cumplir su promesa iba llena de agradecimiento en compañía de sus dos niñas á la gruta de Massabielle.



Todo el viaje fué un continuo y mutuo gozar.

Y ¿cómo no? ¿No tenía la madre á sus dos hijas al lado? ¿No iban las hijas con su querida madre?

«¡Qué encantador es Pau!—escribía Elvira:— me asomo al balcón del hotel... y diviso delante de mí altas montañas cubiertas de nieve, y á su pie bosques de verdura, en que gorjean las aves. Hoy no está agradable la temperatura; la naturaleza parece triste; y, sin embargo, el ruiseñor canta, elevando su corazón por encima de la tristeza que le rodea. Esta mañana he estado largo rato sentada en el hueco de una peña; cuarenta leguas de extensión se desarrollaban enfrente de mis ojos. Las ondas se acercaban suavemente, dorando sus curvas y remansos con la luz del sol, como las escamas de un pez maravilloso, y entre el murmullo de la corriente adormecía mis recuerdos, como un cantar melancólico adormece á los niños en la cuna. He visto el castillo de Enrique IV. Después nos hemos paseado por el bosque, embalsamado con los más delicados perfumes. Me parecía todo un sueño. ¡Oh qué paraíso de delicias!»

Más abajo:

«Hemos recorrido el trayecto de Pau á Lourdes en carretela descubierta; no puede imaginarse nada más encantador. ¡Qué paz, que tran-

quila majestad, qué fascinadoras perspectivas! Nos detuvimos en Betharam... algún miedo sentí al pasar el viejo puente del Gave, todo cubierto de yedra: es bello pero peligroso; la víspera un caballo se encabritó y de un salto salvó el pretil, yendo á sepultarse en el fondo de la corriente. ¡Lourdes es ideal! Querría uno vivir allí, amar y morir allí entre los brazos de la más tierna y amante de las madres.»

Y por este estilo el *Diario* está rebosando en cada página emoción religiosa, ingenua admiración y confiada alegría.

Bien es verdad que el viaje fué á fines de Mayo, de ese mes que rejuvenece los corazones y reviste de nuevas flores la tierra. Los prados estaban todos esmaltados de margaritas, los trigos iban llegando á granazón, matizados acá y allá por campanillas silvestres y amapolas; en los bosques, al borde del Gave y aun entre las seculares rocas de Massabielle, brotaba vigorosa la vegetación de los más variados arbustos y enlazaba sus verdes guirnaldas como una corona de esperanza con que se coronaba la tierra.

Mas ¡ay! allí también entre el musgo de las praderas yacen algunas florecillas blancas, marchitas antes de tiempo!

---

¿Habéis visto alguna vez encapotarse de pronto el cielo azul; habéis oído el rodar de la tormenta y el estallar del rayo?

Al fin de la avenida de añosos robles, un grupo de aldeanas, silenciosas, conmovidas, estaban esperando y hablando en voz baja y con misterio.

El jardinero del castillo les había dado la fatal noticia; la señora volvía de Lourdes apresuradamente y enferma, porque se le habían puesto enfermas sus dos hijas.

Había escrito que era preciso orar mucho, porque Dios solo las podía salvar. Y aquellas pobres mujeres, que eran madres también, sentían en sus corazones la tortura del corazón de aquella madre, y estaban allí esperando á que llegara la bienhechora de toda la comarca.

El coche apareció en el fondo de la carretera; los caballos iban al paso para suavizar las asperezas del camino; al verlos avanzar por la enarenada avenida pausada y tristemente, parecía que se tenía delante un coche mortuario.

Pasó delante del grupo de mujeres, que pudieron divisar á través de los cristales á las dos niñas arrebuajadas en sus grandes chales y abrigos, pálidas, tiritando, y á la pobre madre que las contemplaba llorosa; y aquellas aldeanas, cogiendo las puntas de sus azules delantales para

enjugar sus lágrimas, se alejaron reprimiendo sus sollozos.

À poco llegaron otros coches que venían á escape, eran los de los médicos llamados por telegramas... ¿Salvarían á las pobres niñas aquellas eminencias de la medicina?

¡Qué tristes alas desplegó la noche en torno de aquel castillo; y en las casas de labranza de los alrededores cómo se interesaban todos por las niñas enfermas! Decíase que en la fonda les había atacado la enfermedad á las tres; referían que los médicos, al llegar al castillo, habían mandado separarlas, pero que la madre, sacando fuerzas de flaqueza, había cuidado á sus dos amadas hijas con sus propias manos, hasta que por fin tuvo que rendirse también ella á la implacable enfermedad que las devoraba.

À la mañana siguiente... ¡Ah! cuando de nuevo nace el sol, ¿no renace también para todos la esperanza?... À la mañana siguiente las pobres aldeanas de la víspera se juntaron á la puerta del castillo para recoger nuevas noticias...

¡Dios mío! en la avenida de árboles se oía la campanilla que anuncia á Su Divina Majestad. El sacerdote revestido de sobrepelliz, llevaba á las tres amadas enfermas el Dios de los moribundos!...

À la caída de la tarde espárcese un confuso

rumor por todas partes: ¡la señorita Elvira ha muerto!

Al día siguiente: ¡la señorita María ha muerto!

¡Y ella, la madre, ella vivía aún, y no acababa de morir y no lograba morir! ¡Ah, Señor, Señor! ¿porqué esas margaritas blancas caen entre el musgo de los prados marchitas antes de tiempo?

Sí, aquella era la obra de la muerte.

Como en las siniestras danzas de Holbein, la muerte, sonriendo sarcásticamente con las horribles muecas de su desdentada boca y cabalgando sobre su caballo blanco, había seguido invisible á las dos niñas, en su alegre viaje á París, á Pau y Lourdes; fija había venido en el estribo del coche, destilándoles en la sangre el veneno gota á gota con repugnante sonrisa; con ellas había vuelto á través de las largas hileras de árboles; con ellas había penetrado en el castillo, riéndose de los vanos ensueños de los hombres; tras ellas había ido de una á otra habitación esparciendo sin piedad el mortífero filtro.

—¡Madre!... ¡Madre!— exclamó María, acabo de oír el estertor de mi Elvira, el hipo de la muerte! ¡Oh, Dios mío! ¡qué horrible! Y á lo lejos, algunas horas después, la madre escuchaba el estertor de la única hija que le quedaba, de su María!...

Ya reposan las dos sobre sus blancos lechos,

y adivínase sobre los pliegues de sus blancas mortajas, la rigidez de sus cuerpos fríos, inmóviles, muertos! ¡Pobres florecillas, marchitas antes de tiempo!

---

En el invernadero de los naranjos se pusieron los dos ataúdes; en medio de las simbólicas flores de blanco azahar fueron colocadas aquellas dos esposas de la muerte.

¿No habían, por ventura, volado al cielo, y no celebraban ya con el Cordero las bodas inmortales, *nuptias Agni*?

¡Cuántas lágrimas se derramaron allí!

Cuando el clero en procesión solemne vino á la conducción de aquellos dos cuerpos bendecidos y ungidos por la Iglesia, para llevarlos adonde reposaban los restos del padre, por respeto á la madre ningún canto litúrgico acompañó la silenciosa marcha, porque ella, ella que hubiera querido morir, que hubiera muerto mil veces por salvar sus vidas, ella que invocaba á gritos la muerte para que la librara de tan profundo dolor, ella no había muerto aún... ¡Ella iba á tener que vivir, la pobre mártir!

El terrible mal hizo presa en ella por mucho tiempo aún, mas por fin, vencido en la lucha, abrió sus garras, la dejó y huyó.

La pobre madre se levantó del lecho del dolor... y empezó á vagar por aquel gran castillo vacío, buscando como una loca, con los ojos extraviados y el corazón oprimido á sus queridísimas hijas... «¡Elvira! ¡María! ¡hijas mías! ¡hijas mías!...»

¡Nada!... ¡nadie! ¡Muertas!... ¡muertas las dos!  
¡Oh! ¿qué sintió aquel corazón de madre?

Cuando el artista helénico talló en el mármol á Niobe, la madre desolada con sus hijas muertas á sus pies, al llegar á modelar el rostro de la madre, arrojó lejos de sí el cincel, y sobre aquel dolor imposible de expresar echó un velo.

¿Creéis acaso que esos dolores se pueden pintar, que esos dolores se pueden escribir, ó que se pueden siquiera comprender? Solo Dios que los ve, puede medir esos abismos de dolor.

Aquella madre sin consuelo tenía un alma de cristiana, fuerte y valerosa. Tomó su crucifijo con ambas manos, lo estrechó contra su corazón que lloraba sangre... ¡y ahora ya vive resignada en medio de sus lágrimas, porque vive esperando!...

Espera llegar al fin del largo camino de la vida, y allí encontrarse con el cielo y encontrarse con ellas.

¡Oh, cuán pesado y duro le parece el camino! Mas cada día, cada hora que pasa, acorta las distancias y la aproxima al término.

Repasa los días que han pasado y los borra uno á uno con alegría, como lo hacían sus hijas en el pensionado pensando en los días que las separaban de su madre.

¡Oh, y cuán dulce es el pensamiento de la muerte para aquellos que han visto partir á los seres queridos de su corazón, para aquellos á quienes les parece que tarda demasiado la hora de la partida!

La pobre madre espera, y para que no se le haga tan interminable la espera, ved lo que ha ideado.

Tiene en aquel enlutado castillo la cámara de los recuerdos... Allí están ordenados y simétricos, como las flores en un santuario, todos los tesoros de la pobre madre... todo lo que había estado en contacto con sus dulces hijas; los zapatitos de seda blanca que calzaron sus monines pies apenas habían dejado las mantillas, los blancos velos de la primera comunión, sus libros, sus cartapacios, sus juguetes de niñas, sus joyas y adornos de jóvenes, las flores cogidas en Lourdes como recuerdo, el *Diario* de Elvira, las oraciones que María había compuesto y rezado por su madre, los apuntes



de sus Ejercicios espirituales, en fin, todo, todo lo que de algún modo les perteneció.

Y allí va la madre, y mira todos esos preciosos recuerdos, y los contempla y llora, y después, tomando en sus manos una á una aquellas dulces reliquias de su amor, las estrecha en su pecho y las aplica á sus labios, como para mejor penetrarse de la dulzura y el perfume de aquellos dos ángeles que se le habían huído al cielo.

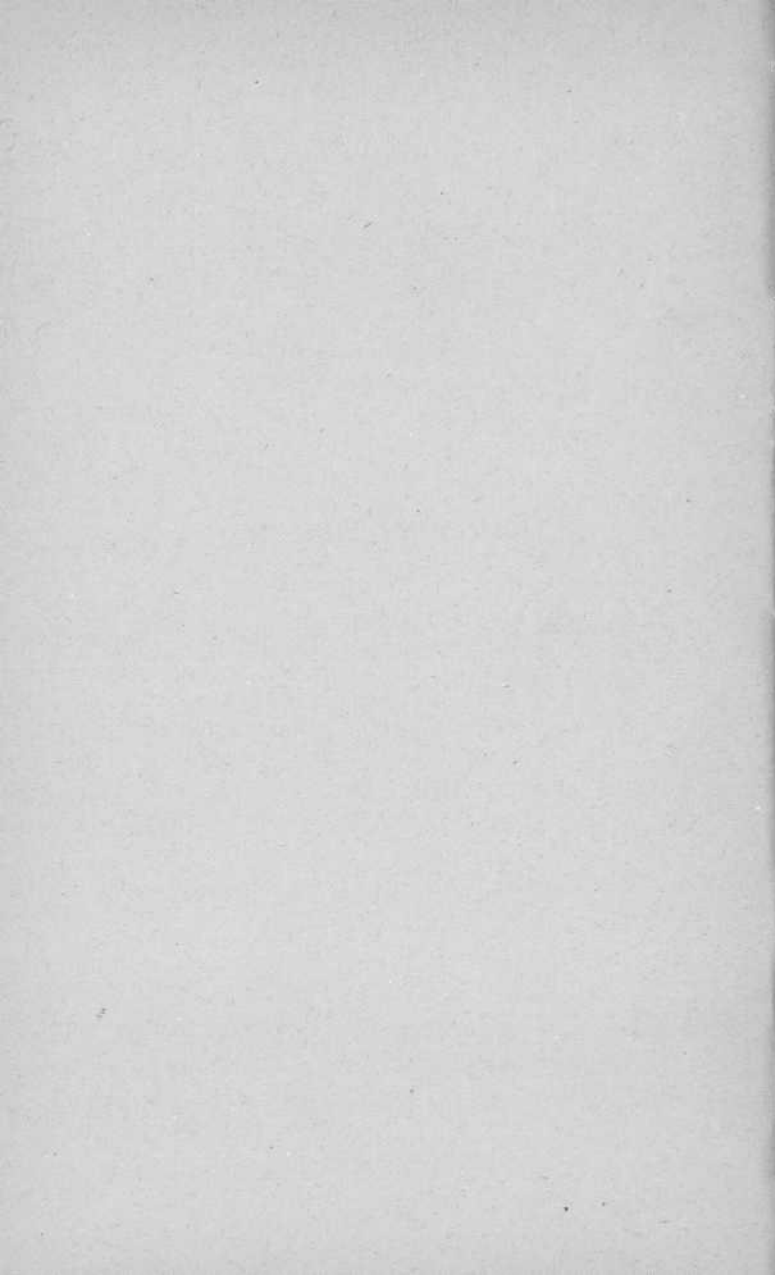
Otras veces, á la caída de la tarde, se va sola á la solitaria cripta, y de rodillas ante los tres sepulcros que encierran los restos de cuanto más amó en el mundo, la pobre madre llora, y reza y espera. ¡La pobre madre pasa la vida esperando!

¡Oh Jesús mío, qué hermoso debe ser vuestro cielo, pues hay que comprarlo á costa de tantas lágrimas!

A. M. D. G.



EL SARGENTO FRANCK





## EL SARGENTO FRANCK

---



ABÍASE arrojado el cólera sobre la villa de X.\*\*\* como sobre una presa, y sus estragos eran espantosos. Se encruelecía en los pobres barrios de los obreros, de calles estrechas y fangosas, de casas bajas mal aireadas, sucias, echadas las unas sobre las otras, sin jardines, sin patios.

El cólera hallábase allí como en su elemento, y se cebaba en sus víctimas sin piedad.

Todas las mañanas pasaba lentamente un carro por aquellas calles, se le hacía al conductor una seña desde una de las pobres casuchas, se detenía, y, poco después, por la desvencijada puerta salía un grosero ataúd con las tablas sin

forrar; cargábanle en el carro precipitadamente, y el carretero continuaba su camino paso á paso; á poca distancia, otra nueva señal y otro nuevo ataúd, y así sucesivamente hasta que se llenaba de cajas de muertos el carro. Cajas de viejos, cajas de niños, cajas de jóvenes, unas sobre otras confundidas, chocábanse entre sí al balancearse el carro por las desigualdades del empedrado, y eran llevadas al cementerio, en cuya fosa común, que abría sus inmensas fauces, descendían para no volver á aparecer más.

Por la noche el siniestro vehículo recorría de nuevo el mismo camino, y recogía un número equivalente de féretros.

Ya no se lloraba; el espanto había secado el manantial de las lágrimas. Sombría desesperación reinaba por todas partes, desaliento sin sollozos, sin quejidos, pero lleno de terror; el silencio de los muertos en medio de los vivos.

En una de aquellas pobres familias de obreros, el padre, atacado el primero al volver del trabajo, había muerto en pocas horas... después un hijo de quince años, después una hija de trece... un segundo hijo de diez años murió juntamente con ella. La madre los había amortajado á todos y había ayudado á deslizarlos sobre el horrible carretón... No le quedaban más que una niñita de tres años y un pequeñín de siete...

Periquín... el más guapo de todos. Cuando el último de sus muertos se alejó: «Anda, Periquín,—le dijo la madre,—anda á pedir limosna por los mejores barrios de la población; di que se te ha muerto tu padre, y tu hermana y tus dos hermanos, que no te queda más que tu madre y una hermanita, y que no tienen ni un pedazo de pan que comer. ¡Ya se compadecerán de ti, hijo de mis entrañas! ¡Anda, aquí no se puede vivir; allá en los barrios de los señores no se muere la gente! ¡Ve pués, Periquín mío!»

Abrazóle y besóle la madre, y el niño se alejó.

Todo el día estuvo pidiendo limosna, y al caer de la tarde, contento por haber recogido algunos céntimos que sonaban agradablemente en sus manecitas, corrió á casa de la madre. Empujó la puerta: «¡Mamá!» gritó... No le respondió nadie... ¡el cuarto estaba vacío! El niño gritó de nuevo: «¡Mamá! ¡mamá!» ¡Nada! Subió al desván... ¡Nadie! Entonces Periquín tuvo miedo del vacío y soledad en que se encontraba; se acurrucó en un rincón y empezó á llorar!... Mas la noche se venía encima y el terror del niño fué en aumento: hubiera querido gritar más fuerte, pero tuvo miedo de su misma voz, repetida por el eco en los desnudos maderos de aquel pobre albergue. Descendió despavorido como si le per-

siguieran fantasmas, y se precipitó en la calle. Uno de sus compañeros de escuela y de juegos le detuvo: «¿Á dónde vas tú, Periquín?» Y él: «No encuentro á mi madre, ¿sabes tú dónde está?...» «Pues hace poco la echaron en el carro con tu hermanita... allí estaba yo, porque había venido para decirle al hombre que viniese á casa por mi abuelito...»

Periquín solo se fijó en una cosa, no entendió más: ¡Que estaba solo en el mundo! ¿Qué entiende uno de la muerte á su edad? Estaba solo, enteramente solo, y la noche era cada vez más negra. Rompió á llorar con grandes sollozos y siguió, anda que te anda, á lo largo de las manzanas de casas, apenas alumbradas por alguno que otro mortecino farol.

En la dirección en que marchaba había una antigua abadía transformada en cuartel. Con frecuencia se había detenido Periquín otras veces delante, á contemplar embebecido allá en el gran patio á los soldados haciendo el ejercicio. Detúvose maquinalmente allí. No habían aún cerrado la puerta, y el centinela con el fusil al brazo iba y venía de un lado á otro con acompasado y militar continente. Periquín se sintió ménos solo allí; sentóse en un banco y continuó llorando.

—¿Qué es eso, muchacho?, qué haces ahí?,



porqué lloras?—le preguntó el centinela.—¡Ay, déjeme V. aquí!; no ha quedado nadie en casa, todos han muerto; ¡yo me moriría de miedo si me quedara allá solo!

El centinela adivinó sin duda el drama terrible que había dejado huérfano á aquel niño, y llamó al sargento de guardia: ¡Mi sargento! El sargento Franck se presentó; el soldado le puso al corriente en dos palabras, y el viejo sargento á su vez se acercó á Periquín. El niño llorando mucho y con frases entrecortadas por los sollozos se lo refirió todo... Franck escuchaba; y sintiendo que su enérgico corazón apresuraba sus latidos, apretaba los dientes para conservar la impassibilidad de su rostro...

—¿Y no tendrás miedo si te quedas con nosotros?

—No — dijo Periquín.

—Pues bien, ven conmigo... ¿Tienes hambre?

—¡Sí, tengo hambre! — dijo Periquín.

Franck mandó á buscar á la cantina café caliente y dos buenos panecillos con manteca.

Periquín comió como un príncipe; después sobre unas tablas del cuerpo de guardia, con un capote de soldado, le arregló Franck una camita, le acostó, le abrigó bien, y el niño se durmió.

Franck le contemplaba.

¡Y es precioso y tiene aire de listo ese diablo de muchacho!, dijo alejándose un poco y sentándose al lado de una mesa. Después llenó su pipa hasta los bordes, la encendió, y se dejó mecer por sus ensueños formando castillos en el aire.

---

Echada hacia atrás la cabeza, los brazos cruzados sobre el pecho, estiradas las piernas, fijaba Franck sus ojos en una vela de sebo que iluminaba el cuerpo de guardia.

Las azuladas bocanadas del humo de su pipa formaban nebulosas ondulaciones alrededor de la luz y después se desvanecían en la sombra... En aquellas nubes de humo parecía á Franck ver desarrollarse de nuevo las perspectivas de su vida pasada.

Acababa de cumplir cincuenta años: los galones de oro cosidos á su bocamanga y los hilos de plata que se deslizaban por entre sus lacios cabellos y sus grandes mostachos, daban á entender algo de esto.

Un gran pesar había amargado su vida. Á los diecinueve años un número bajo sacado en el sorteo le arrancó de sus campos, de su chocilla, de su padre y del amor de su Rosina, una robusta y coloradota aldeana á quien empezó á

tratar en tiempo de la siega, á quien amó y llegó á tener como prometida.

Al partir para las filas le obligó á jurar que le había de ser fiel; que despreciaría las proposiciones del gordinflón Nicolás, de quien estaba celoso; que le esperaría, en fin, hasta su vuelta del servicio militar... Y ella se lo juró todo con abundancia de lágrimas.

Como para poner el sello á su juramento Franck le puso en el dedo un anillo de plata y... partió.

Franck se portó como bueno y siempre con singular bravura. Peleó como un león en Kermp, donde se distinguió su compañía. Después, acabados los años de servicio, volvió á la aldea... ¡Rosina se había casado con Nicolás!

Franck quedó herido en el corazón. Pronto hubiera curado de la herida cualquier educado á la moderna; pero Franck era ingenuo, sincero, y bajo la rudeza de su continente y de su lenguaje, tenía un corazón delicado como el de una colegiala, y por eso la herida no se le había de cerrar jamás.

—¿Las mujeres?, solía refunfuñar entre dientes. ¡La mejor ño vale un cigarro!

Esta era como su consigna y el único dogma de su religión.

¡Su religión! ¡Ah y qué pocos restos le que-

daban! Nada nuevo se había añadido á lo que en su niñez aprendió en el regazo de su madre, y en cambio ¡cuántas cosas se le habían ido cayendo á pedazos y habían desaparecido de su mente y de sus prácticas! No quiere esto decir que Franck viera con malos ojos las cosas de Dios ó que fuera impío, no; pero maldito lo que le importaban esos asuntos que no entraban dentro del encadenamiento reglamentario del servicio militar, y he ahí porqué ni siquiera pensaba en ellos.

Por lo demás siempre había sido y era un soldado modelo... rígido en el cumplimiento de la ordenanza, y muy pagado de su empleo y de sus galones. Su hoja de servicio, que abarcaba treinta y un años, no tenía una sola tacha.

Pues bien, Franck veía pasar delante de sus ojos todas esas cosas: veía á Rosina, á Nicolás, á sus hijos allá en la modesta hacienda que él había ambicionado; y en cambio él se encontraba solo, allí, en aquel cuerpo de guardia, delante de aquellas tablas en que dormía Periquín.

Pensaba que la vejez vendría, pues no está muy lejos de los cincuenta años, y que debía ser cosa buena, cuando uno llega á viejo, tener alguien á quien amar. Y sus ojos se apartaban de la luz de la vela que iba gastándose, y reposaban sobre Periquín, que seguía durmiendo como un ángel.

En estos pensamientos se le pasó la noche á Franck.

Cuando llegaba la hora de los relevos, salía á cambiar los centinelas, y después, al entrar de nuevo, volvía á contemplar á Periquín y á reanudar el hilo de sus recuerdos y de sus ensueños.

Al amanecer, mi padre, que estaba de servicio aquella semana, vino á girar la visita de inspección acostumbrada.

—¿Qué hay de nuevo, sargento Franck?— preguntó al entrar.

—Nada, mi capitán,—respondió sin poder disimular que algo le preocupaba.

Mas cuando mi padre terminó la requisa, y en el mismo punto en que iba á retirarse, Franck le detuvo. Llevóle junto á Periquín, que proseguía durmiendo aún, rendido de tantas fatigas y tantas lágrimas como había llorado la víspera, y le contó su tristísima historia. Ambos estuvieron largo rato paseando por el anchuroso patio del cuartel. Franck rejuvenecido, animado, con ojos chispeantes; mi padre más comedido, pensativo, poniéndole de cuándo en cuándo objeciones; pero Franck volvía con valor á la carga. Por fin, parándose los dos en firme y frente á frente, al último consejo de mi padre repuso el sargento:

—¡Lo he pensado bien, mi capitán!... ¡no, jamás! ¿Las mujeres?... ¡la mejor no vale un cigarro! ¡Pero los pequeñines! Si V. lo permite, es negocio concluído.

—Franck, —le dijo mi padre apretando con calurosa efusión la mano del viejo soldado, ¡tienes un corazón de oro!...

—No tanto, mi capitán, no tanto, —repuso el sargento visiblemente conmovido.

Un cuarto de hora después, Periquín ya despierto, lavado, peinado y vestido por Franck, estaba montado á caballo en las rodillas del sargento, mientras Maruja la cantinera remendaba como podía, y dure lo que dure, la desgarrada blusita del niño.

—Periquín, —le dijo Franck, ¿quieres de buena gana quedarte conmigo?

—Sí, —dijo Pedro, y ya verá V. qué bueno y juicioso soy.

—Oye, tu padre ha muerto, tu madre ha muerto, tus hermanos y hermanas también; te has quedado solo en el mundo... ¿quieres que yo sea tu padre?

—¡Oh, sí! —balbuceó medio llorando Periquín.

—¿Y me querrás mucho, mucho?

Periquín abrió los brazos...

—Pues, lo dicho, tú serás mi hijo, —exclamó el viejo Franck, y sobre la carita del niño en

que ya se habían secado las lágrimas y aparecían las sonrisas, el bravo soldado estampó dos grandes besos por debajo de sus grandes bigotes, entre los que se deslizaban algunas lágrimas.

Maruja de pie, con los brazos puestos en jarras, enternecida, lloraba también.

—¡Ah, Franck!— exclamó, ¡qué hermosa acción la tuya!.. Mira, si yo no tuviera que cuidar de mis hijos..., pero en fin, ¿qué importa?... yo te ayudaré... ¿quieres? ¡Vamos, hombre, Franck, no seas tan arisco!

—¡Gracias, Maruja! ¿Las mujeres?... ya lo sabes tú, la mejor no vale un cigarro. Pero hablando formalmente, ¿verdad que es monísimo mi chico? ¡Ah! ¡ven, Periquín, ven que te abrace y te bese una vez más!

Aquel mismo día Periquín fué presentado por Franck su padre á todos los sargentos de la compañía.

El sastre le hizo unos pantaloncitos y una casaquita de soldado, pero del paño que gasta la oficialidad. Franck empleó sus ahorrillos en comprarle camisitas, medias, zapatos, en fin, un ajuar completo. Periquín, el hijo del sargento Franck, fué de allí en adelante el hijo de la primera compañía de tiradores del primer batallón del décimo cuerpo de línea.

---

Desde este momento Franck no tuvo más que un blanco de sus deseos, un sueño dorado en su vida: formar á Periquín en el molde de los hombres de bien, procurar que fuese su camino derecho por medio del mundo, y que llegase á ser algo.

Periquín dormía al lado de Franck en el departamento de los oficiales, y se levantaba al toque de diana. Durante el día iba con otros niños, hijos de militares, á aprender las primeras letras en la escuela destinada á este objeto en el cuartel.

Comía con Franck, y los domingos, cuando el viejo sargento salía de paseo, llevaba de la mano á Periquín. Ningún padre veló jamás con más tierna solicitud por su propio hijo.

¡Un hombre de bien!... Lo que Franck abarcaba en esa frase no contenía muchas virtudes que digamos: el respeto, la obediencia, la sinceridad, la lealtad, y sobre todo la fidelidad en cumplir su palabra. ¡Ah!... Rosina... ¡la partida serrana de Rosina!... En fin, á eso se venía á reducir la honradez para Franck.

Y, sin embargo, ¡quién había de pensar que, aquel viejo soldado, aquel veterano de los cuarteles guardase para con aquella criaturita las más pudorosas delicadezas!

Lo mismo era oír una palabra grosera á cual-



quier soldado, los ojos de Franck lanzaban chispas: señalaba al niño con un gesto, y si el gesto no bastaba á imponer silencio, desbordábase la cólera indignada de Franck, con tal violencia, que no había guapo que osara afrontarla dos veces.

Más aún: en esta época, en cada escuela del regimiento había una clase especial donde se educaban los hijos de militares, y con mucho esmero por cierto y religiosamente. Mañana y tarde un sargento, encargado al efecto, reunía á los niños y dirigía sus rezos. Lo recuerdo perfectamente. ¡Cuántas veces mi padre que entonces mandaba la compañía de la escuela, nos dejaba á aquella hora y se dirigía al cuartel, para cerciorarse por sí mismo si los niños practicaban sus ejercicios de piedad con el respeto y la gravedad que él deseaba!

Así que la educación de Periquín no fué enteramente perfecta, pero sí muy superior, indudablemente, á la que hubiera podido recibir en su pobre casa, vaciada por la crueldad de la muerte.

El niño crecía: la vida de cuartel algo dura, pero sana, enérgica, varonil, coloreaba sus mejillas y vigorizaba su musculatura: era verdaderamente hermoso el hijo de Franck. Su carácter franco, su asiduidad al trabajo y al estudio,

su corazón generoso le iban formando inteligente y bueno.

Al cumplir los diez años llegó para Periquín el día de su primera comunión. El capellán le enseñaba el catecismo, y todas las noches Franck, tomando en las manos el librito, preguntaba al niño y volvía sus ojos al texto para ver la conformidad de la respuesta; después le exigía las explicaciones del texto según las había oído al señor capellán, y Periquín se las daba con notable desparpajo y buena gracia. Franck le oía, y pensaba para sus adentros: ¡aquel librito tan pequeño y tan grande! también él se lo había sabido perfectamente!... Ya hacía muchos, muchos años... Al presente, ¿quién de los dos era allí el maestro, quién el discípulo? Y en verdad que habían pasado cosas muy singulares desde que adoptó á Periquín.

Franck no era el mismo de antes. Periquín no podía echar juramentos... ¡claro está!... Luego Franck tampoco lo podía. Y Franck, que antes juraba y perjuraba á cada paso como un sargento hecho y derecho... Franck... no volvió á jurar. Periquín no había de ir á la cantina ó á la taberna á empinar el codo en grande; luego... Franck tampoco. Así que la cantinera, al advertir su moderación en la bebida, se hacía cruces, no reconociendo en él á su antiguo parroquiano

y echando de ménos sus antiguas ganancias con pesar de su interesado corazón. Periquín había de ir á Misa todos los domingos y fiestas de guardar, ¿cómo no? Parecía muy en el orden que el mismo Franck lo llevase; y Franck, que no había vuelto á poner los pies en una iglesia desde que dejó de ver la iglesia de su aldea, Franck todos los domingos, teniendo al pequeñín á su lado, asistía con gravedad y respeto al santo sacrificio de la Misa.

He ahí porqué contemplamos á Franck repasándole la lección de *Catecismo* á su hijo y volviéndolo él de nuevo á aprender, mientras que se despertaban en su memoria los recuerdos de aquel tiempo feliz en que allá en la modesta parroquia de su aldea el señor cura se lo explicaba como á los demás niños que tenía á su derecha y á las niñas que se colocaban á la izquierda... ¡Dulce y santo perfume de la infancia!... ¡Cuán deliciosamente conmovía las fibras del corazón del bravo militar!

La víspera del día señalado para la primera comunión, Franck, profundamente conmovido, acostó á Periquín, teniendo buen cuidado de colocar sobre una silla junto á su camita el trajecito que había de estrenar el día siguiente... Nuestro sargento había puesto un poco más lejos su uniforme de gala, su chacó y su sable,

todo limpio como un oro y como si se tratase de una gran revista militar ó una gran parada.

Después que lo tuvo todo arreglado, Franck se caló el kepis, se abotonó la casaca y salió á respirar el aire libre, dando algunos paseos por la ciudad.

El último toque de retreta sonaba cuando estaba de vuelta.

Se dirigió flechado á su departamento, dejando todavía á sus camaradas en la cantina: Periquín estaba dormido...

Franck no pudo por mucho tiempo apartar los ojos de él, y por fin cayó de rodillas al pie de la camita de su hijo, ¡y rompió á llorar y comenzó á rezar! sí, ¡á rezar!

Franck sentía que era dichoso, ¡y la dicha tiene lágrimas tan dulces! Periquín iba á comulgar al día siguiente por primera vez en su vida... y Franck después de treinta y un años volvería á comulgar con él.

Poco hacía que el capellán, al acabar de oírle en confesión, le había dado un fuerte abrazo y le había dicho: «Franck, Dios Nuestro Señor te bendecirá por los ruegos de Periquín; á él debes sin duda el haberte vuelto á Dios.»

Al día siguiente en la iglesia del regimiento, durante la Misa que decía el capellán, tres hijos de militares asistían de rodillas cerca de la grada

del altar. Detrás de ellos se erguía resplandeciente con sus galones dorados el sargento Franck. Un grupo de personas piadosas, atraídas por la novedad, formaban el fondo del cuadro.

Al llegar el momento solemne de la comunión, los tres niños con mesurado paso, alta la frente, pero bajos los ojos, se adelantaron hacia el altar con las manos cruzadas sobre el pecho.

Franck se desciñó su sable dejándolo al pie de una columna. Y cuando los tres niños prostrados de rodillas acabaron de recibir en sus pechos á su Dios, Franck con marcial continente avanzó á su vez, y recibió con profundo respeto al Dios de la Majestad.

---

Yo conocía de antes y había visto con frecuencia á Periquín. Los días de revista, vestido con su trajecito militar seguía las evoluciones de la compañía de tiradores, echando el paso todo lo más largo que podía. ¡Era un soldadín precioso!

Cuando yo no estudiaba (y entonces desgraciadamente era con harta frecuencia), mi padre, para avergonzarme, me ponía por modelo á Periquín.

El día aquel tan memorable para Franck y su hijo vinieron los dos á visitar á mi madre. Conmovida los recibió y agasajó, acariciando al niño: yo le di un abrazo á Periquín, y estuvimos después jugando en casa todo el día. Mas... por aquel tiempo comenzó para mí la vida de colegio; no volvía al seno de la familia más que durante los rapidísimos días de las vacaciones. Después, los cambios de residencia y de guarnición, y los nuevos objetos que me rodeaban, fueron desviando mi atención hacia otras cosas y personas, y llegué á perder de vista por completo en mi memoria á Franck y á Periquín.

---

Acabábanme de nombrar maestro de gramática en el colegio de San Estanislao. El mismo día destinado á la entrada de los alumnos, paseábame yo por el patio de entrada, rodeado de un grupo de niños, cuando he aquí que veo pasar cerca de nosotros á un anciano bastante vigoroso todavía, á pesar de llevar su erguida cabeza enteramente coronada de canas: llevaba debajo del brazo dos floretes entrelazados por las correas de un guante de esgrima. Saludóme, yo le devolví el saludo, y se alejó. Pregunté al alumno que tenía más cerca cómo se llamaba

el profesor de esgrima del colegio, y me contestó: El Sr. Franck.

¡Franck!... Volví hacia él mis ojos para cerciorarme mejor, procurando orientarme en medio de los confusos recuerdos de quince años pasados. Observé entonces que el maestro de esgrima cambió algunas palabras con uno de mis comprofesores, y después, corriendo súbitamente hacia mí, exclamó: Quince años ha estaba yo de servicio en el décimo cuerpo de línea al mando del capitán...

—Era mi padre... porque, sin duda alguna, usted es el sargento Franck: ¡cáspita! ¡por usted no pasan años!

Estrechóme calurosamente ambas manos sin soltarlas un largo rato, mientras él á su vez ponía en orden sus recuerdos y reconstruía, por decirlo así, las líneas de la fisonomía del niño debajo de las del hombre.

—¿Y Periquín?

—¡Ah, Periquín!..., pues va adelante en su carrera...; seis meses hace que tiene el grado de teniente..., pero... ha hecho una solemne tontería..., y eso que se lo tenía advertido. ¿Las mujeres?... ¡la mejor no vale un cigarro!... ¡Se ha casado, Padre mío, se ha casado! ¡Ah! V. R. sí que lo ha entendido, Padre mío...

—Vamos, vamos, mi querido Franck,—le

dije sonriendo y echándole mi brazo sobre el hombro, tengo interés en saber la historia de Periquín...; á ver ¿cómo fué eso?...

Y seguimos paseando largo rato bajo el elevado techo con claraboyas de cristal que cubre el gran salón de juegos de la primera división.

Periquín había continuado los estudios, y á la edad conveniente fué admitido en las filas. Concluída su educación militar, de nuevo le destinaron á las escuelas del regimiento, y siguiendo los estudios superiores, pudo sufrir el examen final con el éxito más satisfactorio, y fué admitido en la Escuela superior.

Entonces tuvo que separarse de Franck. Á su vez nuestro sargento había llegado también al término de su carrera: había pedido su retiro y se había trasladado á vivir á la ciudad en que estaba nuestro colegio, alquilando una modesta habitación en un apartado arrabal... Daba lecciones de esgrima y florete, y dejaba deslizarse suavemente los años.

Periquín había salido de la escuela militar á los veintitrés años con un nombramiento de subteniente. Seis años más tarde llegó á casa de Franck con su título de teniente en la mano..., mas aquel día se le aguó el gozo al viejo soldado...; ¡Periquín le participó su próximo enlace!



He ahí, según Franck, la solemne tontería de su Periquín...

«Ese pobre muchacho no cuenta más que con su sueldo, que no es gran cosa...; su mujer tiene, es verdad, algunos dinerillos, pero... ¿y cuando vengan los hijos? Porque yo, ¡pobre de mí! ¿qué le voy á dejar en mi testamento? ¿qué podré yo ahorrar de mi módica pensión?... Muchas han sido mis economías en diez años, y sin embargo apenas tendré cuatrocientas pesetas en caja... Y si caigo enfermo, ¡adiós ahorros! Y luego..., ¡ya se ve! Periquín era mi hijo... cuando me llamaba *papá*, yo sentía aquí en el corazón un no sé qué... algo de lo que deben sentir los padres...; ¡pero ahora con su mujer— aunque, sea dicho sin ofensa de nadie, es preciosa criatura— ahora no va á querer á un sargento tan viejo como yo! Y vuelvo á repetir que su mujer es una alhaja; y también ella me llama *papá*, también; pero me parece... en fin, yo no sé, me parece que yo no me atreveré jamás á llamarla hija mía... ¡Cuántas veces se lo había dicho á ese rapaz! ¡pero ya no tiene remedio! Ella, ella es la que posee el corazón de Periquín, mientras que este pobre viejo...»

Procuré distraerle de sus melancólicos pensamientos, y le dije: «¡Cuánto me acuerdo, Franck, de la primera comunión de Periquín!... aquel

día vino á jugar conmigo, y también V. comulgó entonces, y eso que, si no estoy equivocado, ya hacía bastante tiempo que no había V. cumplido con Pascua.»

—¡Ah! ¡pero... desde entonces no he faltado una sola vez!... Y ahora que encuentro al niño de entonces hecho todo un Jesuíta, ya le puedo presentar mi libro de cuentas; mañana se lo traeré.

---

En efecto, al siguiente día me trajo un gran libro de registro, encuadernado en tela gris, y cuya lomera ennegrecida y ángulos desquebrajados delataban los años y el continuo uso...

Me lo presentó y me rogó que lo recorriera.

Difícilmente podré decir la impresión que me causaron aquellas páginas. Al principio sentí tentaciones de risa... ¡Ah! ¡ciertamente que era un libro bien singular!..., pero pronto se apoderó de mí la emoción...

Siempre me había parecido Franck un carácter noble, un buen corazón, generoso, pundonoso, leal, de delicados y tiernos sentimientos; pero en aquellos momentos me preguntaba á mí mismo si aquel hombre que tenía delante de mí no era un santo.

Aquel libro se había empezado el mismo día

de la primera comunión de Periquín... y allá, desde tal fecha, sin dejar ningún claro, todos los días indefectiblemente, había consignado en las páginas de la izquierda sus faltas... y en las de la derecha sus buenas obras ó el castigo que se imponía por sus faltas... Franck era un pobre sargento que no había saludado ni de lejos la Teología, él se había formado á su modo la conciencia y calificaba sus pecados allá á su modo...; afortunadamente no son los teólogos los llamados en definitiva á juzgar las almas, sino Dios! Dios infinitamente bueno, Dios que ama á los humildes, á los sencillos y á los pequeñuelos.

«He proferido un juramento,» escribía Franck al lado izquierdo.

«No he probado esta tarde ni un sorbo de vino,» escribía al lado derecho..., y añadía: «¡Por saldo!» Como si dijera: ¡en paz!

«He dicho cuatro tonterías á la cantinera.»

«He dado la mitad de mi ración á un mendigo. En paz.»

«He tratado mal á un quinto, llamándole bestia, etc.»

«Le he pagado al mismo un vaso de vino en la cantina. En paz.»

Al fin de la semana una línea horizontal trazada en ambas páginas indicaba que Franck

había echado sus cuentas por partida doble, y debajo de la línea ponía: «adelantamos,» ó bien: «atrasamos,» según que se juzgaba adelantado ó atrasado en el camino de los mandamientos de Dios.

De tiempo en tiempo notábase entre dos líneas con tinta roja esta inscripción: «Me confesé con el capellán.»

---

—Franck,—le dije, echo de ménos una cosa en este libro, que sin embargo debiera estar en cada página.

—¿Qué?

—Yo he adoptado á Periquín, le he educado, he hecho de él un hombre honrado, un buen cristiano... ¿cree V. que Dios no tiene eso en cuenta?

—¡Ah, sí; pero eso Dios, como es tan bueno, ya me lo ha pagado... porque en eso ha consistido la felicidad de mi vida!... ¡Ah, mi querido Periquín! ¡Mas ahora ya es de ella, ya no es mío!... ¡Ah, las mujeres!...»

---

Franck no era ningún muchacho, y el matrimonio de Periquín le había echado de golpe diez años encima.

El invierno se presentó este año con todos

sus rigores, y le estropeó por completo. Un resfriado mal cuidado le inflamó los pulmones... Un día, por fin, sintiéndose morir le escribió á Periquín. Su hijo se apresuró á venir, y Franck le estrechó entre sus brazos.

—Hijo de mi alma, —le dijo, ¡cuánto gozo al verte!... ¡Ya ves que esto se va, es decir, que me voy! Yo desearía que no me dejases solo... Mira, esto no durará mucho... Llama al médico; estoy cierto que bastará con que pidas á tus jefes una licencia para ocho días.

¡Pobre Franck! En efecto, el médico juzgó que bastaba con la tal licencia. Periquín volvió á su puesto, obtuvo fácilmente la licencia, y al día siguiente ya estaba allí al lado de la cama de su padre adoptivo; pero... ¡no volvía solo!... ¡Con él, más cerca del pobre enfermo, inclinada sobre su almohada, y pasando su brazo alrededor del cuello del viejo sargento, y acariciando con su delicada mano sus blancos cabellos, estaba sentada la mujer de Periquín!

—Ah, Luisa, —decía Franck, ¡qué consuelo y qué alegría siento! ¡Será posible que tú también me ames! tú, ¡y á un viejo sargento como yo!... ¡Oh! ¡qué buena eres!

Luisa hizo ademán de poner su mano como para taponarle la boca imponiéndole silencio, y le abrazó cariñosamente.

Ni Periquín ni Luisa abandonaron un momento al viejo Franck; en la habitación contigua pusieron una cama, y allí, mientras uno reposaba, velaba el otro al buen anciano.

No hubiera mostrado con él más delicado y caritativo esmero una Hermana de la Caridad que aquella joven esposa de su Periquín... Vamos, Franck estaba desconcertado.

¡La primera vez que fui á verle, me lo contó todo, y me dijo cuán dichoso era, cuánto gozaba!...

—Y bien, Franck,—le dije sonriendo, ¡las mujeres!... ¿la mejor no vale un cigarro?

—¡Ah Padre mío, pero esto no es mujer, esto es un ángel!

Y preguntándole yo si no tenía nada que le inquietase.

—¡No,—me dijo, no... á no ser que, con mi antigua prevención, he pensado mal de Luisa; pero antes, porque no la conocía... además el confesor va á venir!...

Vino en efecto el confesor, y Franck se confesó. Pocas horas después recibió el santo Viático y la Extremaunción; y después rezó en voz alta acompañado de sus hijos, Luisa y Periquín, las oraciones que solía rezar todos los días. Hecho esto, pidió que le trajeran su gran libro de cuentas, y con trémula mano escribió por

última vez: «Me he confesado... Queda todo soldado... En paz.»

Quiso dormir, pero el sueño huía de sus párpados... La tos era continua y le ahogaba...

Cumplíase el quinto día de la licencia de su ahijado. Á la caída de la tarde apoderóse de él una agitación febril: la opresión al pecho iba creciendo, y la respiración iba siendo cada vez más fatigosa y más precipitada.

¡Periquín mío!—dijo Franck, ¡me muero! Periquín con las lágrimas en los ojos se arrojó sobre él y abrazó á su padre, el cual con desfallecida mano trazó sobre la frente de su hijo la señal de la cruz...

Y volviéndose hacia su hija: «¡Luisa!» exclamó. Abrazóla también, y también trazó sobre su frente la señal de la cruz... Y teniendo estrechada su mano izquierda por las manos de Periquín, y su mano derecha por las de Luisa, dejó caer suavemente hacia atrás la cabeza... y expiró...

A. M. D. G.





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Juego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

## Conferencias familiares.

(Científicas.)

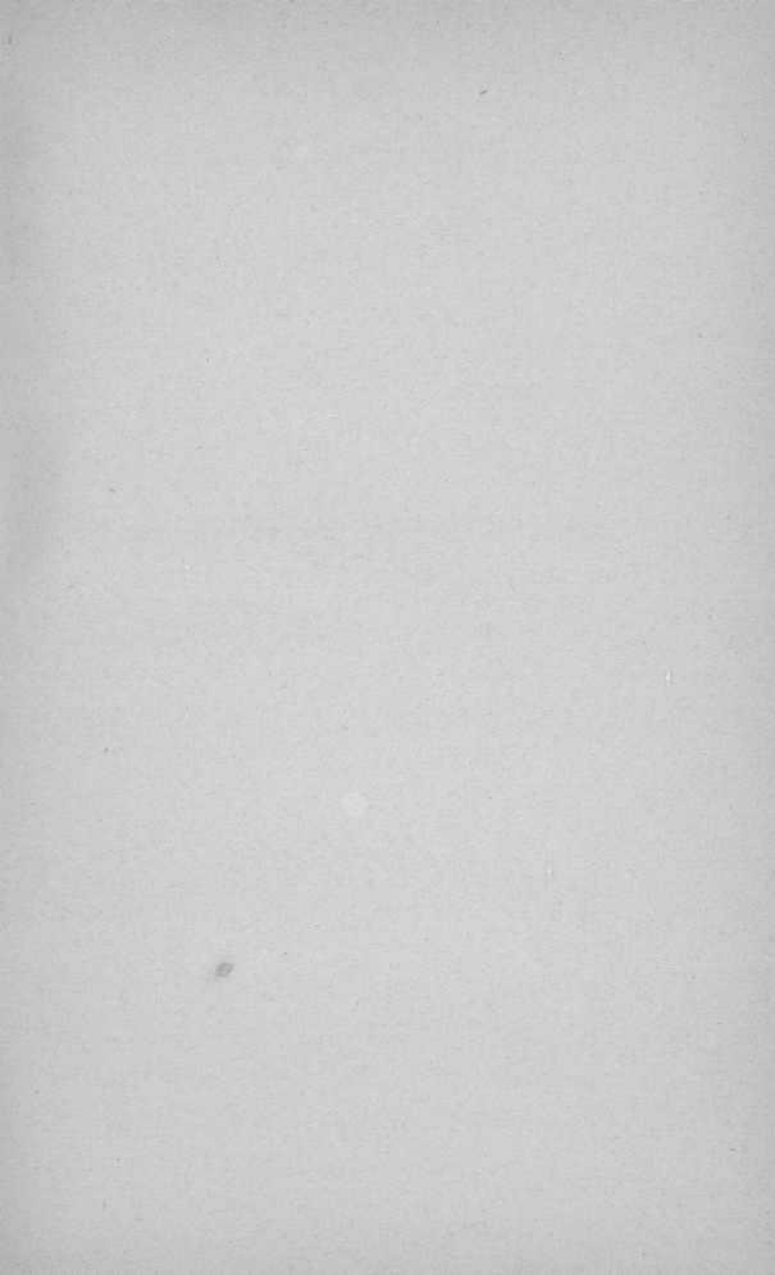
TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

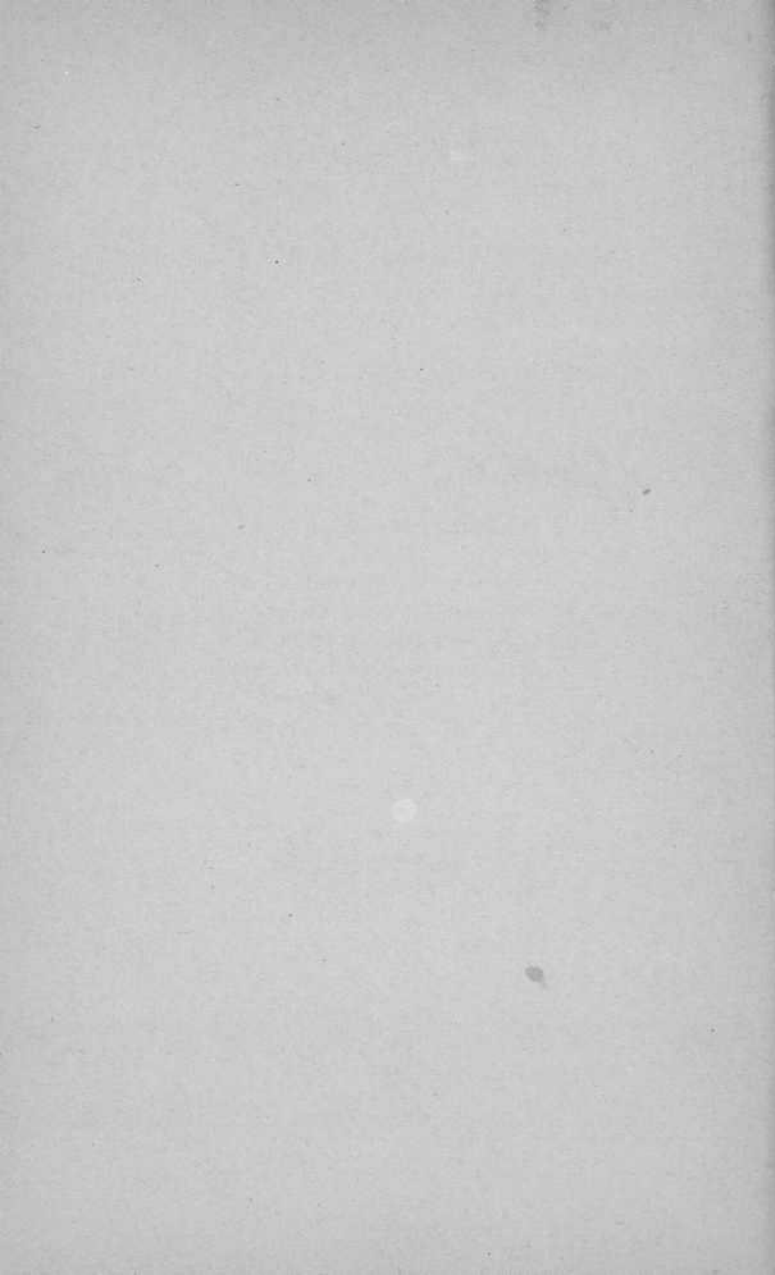
TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

## Breves narraciones.

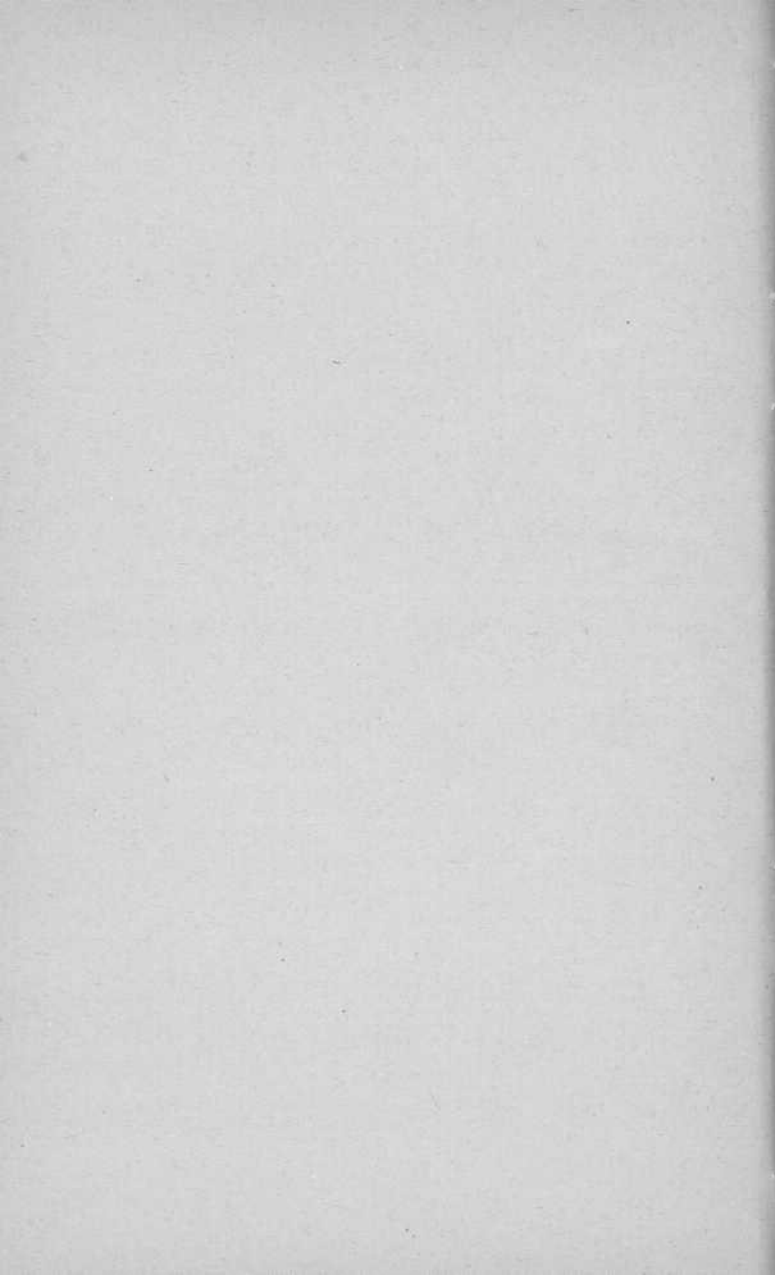
TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*







LA GRANJA DE LAS GOLONDRINAS



OBRAS AMENAS  
DEL  
P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

LA GRANJA DE LAS GOLONDRINAS  
BERTA

---

CUARTA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO  
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS  
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

---

ES PROPIEDAD

---





## LA GRANJA DE LAS GOLONDRINAS

---

**E**N el nido de golondrinas la emoción era grande.

La noche empezaba á descender desde lo alto de las montañas envuelta en indecisas tinieblas: el sol, oculto ya, no dejaba ver más que algunos reflejos rosáceos que pasaban á través del aborregado de las nubes, orlándolas con franjas de púrpura y oro, mientras que en el extremo opuesto del cielo empezaba á levantarse la luna pálida y triste.

Ya no cantaban los pájaros; solamente los gorriones piaban en los árboles, y se disputaban, armando grande algarabía, la rama mejor para acurrucarse y dormir. Ya empezaban los

murciélagos á salir de sus escondrijos, y con sus brascas sacudidas revoloteaban silenciosos á través de los huertos.

¡Y la golondrina-madre no había vuelto aún!...

Los golondrinillos, formando un pelotón en el fondo del nido, se extrañaban, pero sin ansiedad ni temor. ¡Eran tan pequeñuelos!... y á esa edad no se sabe ni aun se concibe qué cosa es desgracia. El mayorcito sí, empezaba á sentir cierta angustia en su corazón, presa de una inquietud de que no se sabía dar cuenta y que le hacía sufrir.

Pero el padre... ¡qué negros presentimientos sombreaban su alma! ¡cómo palpitaba su corazón!... Se había puesto encima de sus polluelos procurando cubrirlos él solo con sus alas; manifestábales en su exterior mucho ánimo, pero interiormente se sentía desfallecer... Á cada instante asomaba su cabecita negra al borde del nido, y sus ojos sondeaban toda la extensión del cielo y del valle y de las colinas; y escuchaba y contenía su respiración... ¡Nada, ni un solo aleteo, ni un solo acento de garganta conocida!... Los gorriones sí piaban, los murciélagos revoloteaban, pero no se veía por ninguna parte una sola golondrina.

—¿En dónde está madre?—preguntó tembloroso el golondrino mayor.

—No sé,—respondió el padre procurando serenar su voz para no alarmar á sus pequeñuelos; pero no es tan tarde como pensáis. Por eso, escuchad, estaos quietecitos ¿eh?... sobre todo ¡cuidado con salir del nido, que yo voy á volar á su encuentro!

Salió en efecto, colocó algunas plumas en la entrada para abrigarlos del fresquecillo que empezaba ya, y echó á volar.

Dió grandes vueltas y revueltas por el espacio, lanzando penetrantes clamores para llamar á la extraviada, pasó por delante de las Granjas y las *Villas* y casas de campo escalonadas en las faldas de la colina; tres veces recorrió el mismo camino, clamando siempre con acento cada vez más afligido...

¡Nada!

Y la angustia desgarradora se apoderaba de su corazón: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué habrá sido de ella?

La noche se puso cada vez más oscura y más fría, y la luna cada vez más pálida y más triste... En las ventanas de los caseríos empezaban á brillar algunas luces... fué menester volver solo al nido.

—¿Y madre?—clamaron los pequeñuelos.

—Vuestra madre se habrá detenido en cualquier nido próximo, quizás en el nido del año

pasado... ¡Pero no temáis, hijos míos, dormid tranquilos, mañana volveréis á ver á la madre!

Reinó profundo silencio en el nido... El padre contenía sus sollozos, y los pequeños, con la cabecita bajo el ala, probaron á dormir.

Los gorriones ya no volvieron á chirriar, los murciélagos cada vez más numerosos continuaron revoloteando... Era enteramente de noche.

¡Pobrecilla! También ella había visto bien que el sol se ocultaba detrás de las montañas y que ya era hora de volver al nido; y por eso iba tan alegre trazando en el azul espacio grandes círculos negros, y esas elegantes y atrevidas curvas que saben hacer tan primorosamente las golondrinas.

De pronto, al pasar rozando cerca de una casa de campo ó *villa*, llamada de *Quitapesares*, que con sus ladrillos rojos descollaba entre los árboles como una rosa encendida en un verde vallado, nuestra golondrina-madre divisó un moscardoncillo tan apetitoso, tan gordito, que acordándose de sus hijitos intentó darle caza. El moscardoncillo huía á lo largo del muro, la golondrina le perseguía, cuando he aquí que le ve desaparecer por la negra abertura de una ventana á medio cerrar; entonces se precipitó

ciega sobre su presa, entrando tras ella en la habitación, y lo cogió; mas queriendo volver á salir triunfante, se elevó demasiado y vino á darse un duro topetazo contra el cristal de otra ventana de enfrente, á través de cuyos vidrios le pareció á la pobrecilla que podría pasar, puesto que veía allá á lo lejos el jardín, los árboles y la llanura.

No conocía nuestros engañosos cristales.

Enteramente aturdida por el choque, voló gran rato rozando con sus alas la techumbre y las tapicerías, volviendo y revolviendo sin cesar, y encontrando siempre allí aquel muro de cristal que la tenía prisionera; después, sintiéndose cada vez más falta de fuerzas, se asió al borde de una cornisa, y valiéndose del pico y de las patitas, acabó por encontrar apoyo en el ángulo de una moldura, en donde pudo, con las alas colgando, reposar un poco en su angustiada situación.

Allí estaba la pobre, jadeante, con el pico entreabierto, mirando con espanto todo lo que la rodeaba: los cuadros colgados de los muros, el gran espejo, los jarrones de la chimenea, la mesa preparada para la cena... Todos los muebles, completamente desconocidos para ella, tomaban á sus ojos extrañas y fantásticas formas que acrecentaban el espanto en su alma... ¿En dónde estaba la infeliz prisionera?

Escuchaba en la habitación contigua hablar y cantar; eran voces de niños y de hombres, y dominándolas todas con un estruendo que la aturdió, llegaba hasta sus oídos un rodar de notas vibrantes, sonoras y profundas, un conjunto musical ensordecedor, que otras veces había oído de lejos al pasar junto á las casas en que había aficionados al piano, pero que ahora tan cerca le causaba un misterioso terror.

Palpitaba su corazón de tal modo, que parecía que iba á rompérsele el pecho. Pensaba la pobrecilla que allá lejos, en el nido, la estarían aguardando; que su marido, que sus hijos se consumirían con mortal inquietud; que las noches iban siendo cada vez más frías, y que el padre, allí solo, no bastaría á cubrir y abrigar toda la nidada: ¡qué mala noche iban á pasar los pobrecillos!...

Volvió de nuevo la golondrina á intentar salir á través del cristal; pero... ¡imposible! Siempre tropezaba con el mismo misterioso obstáculo, sin ocurrírsele á la desdichada dirigirse á la ventana opuesta que estaba á medio abrir.

Dió vueltas y más vueltas buscando la salida... hasta que, cansada de nuevo, volvió á posarse en el ángulo de la cornisa ó escocia de la habitación.

¡Ah! ¿La volverían á ver sus queridos hijuelos?

¿Iba ella acaso á morir en aquella prisión, en aquella morada de hombres?

¡Oh, los hombres son tan malos! El año pasado los niños habían destruído á pedradas su primer nido y habían roto sus huevecillos, sus lindos huevecillos!... ¿Se apiadarían ahora de una pobre madre?

Morir... ¡Oh! morir poco le importaba, pero ¿qué sería de sus hijos?

¡Les hacía aún tanta falta la madre! Y luego llegaría la hora de emigrar, de partir á través de la inmensidad de los mares y... ¿quién los guiaría? ¿quién sostendría su vuelo? y allá en aquel país desconocido, ¿quién les serviría de amparo? ¡Oh pobrecitos huerfanillos!

¡Y este pensamiento oprimía su corazón!

Súbitamente un grito hiere sus oídos, un grito penetrante, angustioso. ¡Ella conocía aquella voz!... Aplica el oído... ¡Ah! es él, él, su compañero, él que la busca, él que la llama: le ve pasar en la indecisa luz del crepúsculo, y, desesperada, armándose de toda su energía con un supremo esfuerzo, se lanza contra los vidrios... ¡Ah, el choque fué terrible! Una nube de fuego y de sangre cegó la vista de la golondrina; todo dió vueltas en su derredor, y cerrando los ojos, vino á caer inanimada sobre el mármol del pavimento. Sus alas temblaban, sus patitas se agi-

taban con movimientos convulsivos... Había llegado su hora.

Permaneció así largo rato sin ver nada, sin oír nada... Después experimentó de pronto una indecible sensación que la estremeció de pies á cabeza... le parecía que la levantaban y la llevaban... Abre los ojos: estaba en la mano de un hombre que la acariciaba dulcemente, y mirándola se sonreía.

---

Nada más delicioso en Setiembre, cuando llega el otoño enrojeciendo las frutas en los verjeles y dando á las hojas variedad de tintes pajizos, anaranjados y violáceos, cuando se aleja el estío con sus calores enervantes, y las frescas y embalsamadas brisas se deslizan por entre los tilos; nada más delicioso que esas horas inciertas que no son el día ni tampoco la noche, y los objetos se nos ofrecen envueltos en una penumbra misteriosa como entre nubes de incienso, y los murmullos de la tierra empiezan á extinguirse paulatinamente dejando su puesto al apacible y grandioso silencio de los campos...

Diríase que los horizontes se ensanchan, se dilatan, huyen siempre más allá y conducen al alma humana delante de la inmensidad de los



espacios en que desarrolla sus espléndidas obras la naturaleza.

Es la hora de los ensueños... la hora en que los ojos se dirigen al cielo en busca de las estrellas nacies, y al cielo se vuelve también el corazón para bendecirle por las dichas que ha saboreado sobre la tierra.

Pero esas horas son fugaces, demasiado fugaces.

Habíamos entrado ya al salón obligados por la oscuridad de la noche que se nos venía encima, y allí, un poco esparcidos, continuábamos gustando de los dulces placeres de aquel día. Cantábanse los conocidos aires populares, sencillos y melódicos, que por llevar el sello patrio suelen ser siempre los preferidos á pesar del voluble convencionalismo del gusto y de la moda, y además porque, al ir pasando sus queridas notas, parece que desfilan delante de nuestra imaginación interminables series de recuerdos. Margarita, la mayor de la casa, con la dulce y grave expresión de rostro que tan bien sienta cuando ya se ha hecho la primera comunión, estaba de pie junto al piano volviendo las hojas.

José, en un sillón cerca de la chimenea, adormecía en sus rodillas á un perrillo faldero de negras lanas, que le mordisqueaba los dedos con sus finos dientes blancos.

Más lejos Luisa y Belina echadas sobre un canapé, jugaban con sus dos grandes muñecas, «la señorita Lily y la señorita Lalá.» En medio de ellas, la madre sonreía á sus rubios hijos, pero con sonrisa triste y melancólica.

Á veces sus ojos soñadores se fijaban en el vacío... como si allí delante de ella flotara una imagen querida, y entonces los ojos se le llenaban de lágrimas, que procuraba contener en sus párpados y volvían á caer sobre su corazón.

Pues bien, estando nosotros cantando, he aquí que la puerta se abre bruscamente y cortando la frase musical: «¡Mirad! ¡mirad!» exclamó el padre extendiendo su brazo.

Todos los pequeñuelos de rubias cabezas acudieron presurosos... ¡Oh, una golondrina!... Y formaron un círculo encantador en torno del padre... Todos los corazoncitos palpitaban, todos los ojos estaban fijos en su mano...

Por entre sus dedos asomaba la atemorizada cabecita del pobre pajarillo... También la golondrina miraba á los niños, deslumbrada por la luz rojiza de las lámparas, y palpitaba llena de incertidumbre y de angustia.

—¡Oh qué preciosa cabecita negra y qué hermosos ojos!—dijo Margarita.

—¡Oh qué lindo cuellecito azulado y blanco!—añadió Luisa.

Y Belina señalaba con su dedín las patitas negras:

—¡Mira, mamá, qué manecitas tiene tan moninas!

Y todos se acercaban más para ver mejor á la prisionera, y se estrechaba más el círculo, empujándose unos á otros con infantil alegría.

—¡Papá!—exclamó José que se había puesto pálido, ¡papá, déjala, la van á hacer daño! Y se apartó del grupo con el corazón oprimido y llevando á su falderillo en los brazos, porque no quería ver que le hiciesen daño á la golondrina.

---

En torno de ese gracioso y conmovedor grupo, bien cerca y sin embargo en una región á la que no llegan nuestros pobres ojos, se había formado otro grupo. Pero preciso es remontarse un poco más arriba en el relato de la historia.

Entre José y Luisa había un sitio vacío. ¡Julita hubiera debido ocuparlo!... ¡Julita, una encantadora niña de exuberante cabellera rubia, de ojos de tan profunda y dulce mirada y de tan deliciosa sonrisa!... Tan buena, tan amable, tan amante y de corazón tan delicado, que Dios temió por ella al contemplarla en medio de la triste vida del mundo. Llamó á sus ánge-

les y les dijo que cogiesen aquella tierna florecilla, más del cielo que de la tierra, y que la trasplantaran al invernadero del paraíso. Á los seis años Julita se puso mala, y un día, después de haber sufrido mucho, su alma tomó alas y voló á lo alto. ¡Oh cómo quedó triturado por el dolor el corazón del padre y de la madre!

Reclinaron entre ramos de lilas blancas el cuerpecito, que era lo único que les quedaba, y cuando, pasados dos días, hasta el cuerpo les fué arrebatado, les pareció que enterraban con él toda su felicidad sin dejarles resto de esperanza.

Desde entonces para los dos, para la madre sobre todo, no hay dicha cumplida. ¡Los corazones se les van hacia el cielo, adonde tienen á su pequeñuela! ¡Y no obstante... si supieran!...

Desde entonces, de día y de noche y sin cesar Julita vuela en torno de ellos con los ángeles custodios de su hermanito y sus hermanitas. ¡Allí está... y tan cerca! Mas esta es la triste condición de nuestra humana naturaleza, no poder ver á esos hermosos ángeles, ni oír las dulces palabras que hablan á nuestro corazón, ni sentir en torno nuestro el amor de esas almas queridas que han desaparecido.

Pues bien, esos hermosos angelitos,— porque los ángeles ven todo lo que pasa en la tierra,—

se habían también agrupado en torno de la golondrina... y, como José, tenían miedo de que le fuesen á hacer mal. Se habían deslizado entre el grupo de niños entreabriendo sus alitas como para protegerlos; miraban los ángeles á Julita, y la interrogaban en voz baja; ella, inclinada hacia adelante, extendiendo sus bracitos algo temblorosa, los tranquilizaba: ¡Oh, no, no la encerrarán en la jaula, no la harán sufrir, no la molestarán siquiera!... Pero, con todo, estaba intranquila; á pesar de su seguridad, cierto temor vago la asaltaba... Sus ojos se dirigían á su madre como para suplicarla que se declarase en favor de la cautiva... ¡Oh con qué gusto se hubiera apresurado á ponerla en libertad!... Pero mientras tanto por la incertidumbre se oprimía su corazoncito. Y los ángeles de la guarda deslizaban en el alma de los niños, buenos y amorosos pensamientos. Y Julieta oraba para que Dios no permitiera que ninguno de sus queridos hermanos, de quienes ella respondía, fuera nunca cruel ni malo.

—¡Quizás esta golondrina es la madre,—dijo Margarita, y sus crías la esperan en el nido!

—¡Déjala libre, papá,—repetía José, déjala, te lo suplico!

Luisa miraba en silencio, pero con sus ojos decía también: ¡Déjala, papá!

—Mamá,—exclamó Belina, yo quisiera darle un besito, y apoyó suavemente sobre la negra cabecita del ave sus labios de rosa. Luisa acarició sus sedosas plumas; lo mismo hizo Margarita, lo mismo José.

Entonces colocó el padre suavemente la prisionera entre el hueco de las manecitas de la Benjamina de la casa, y todos los niños corrieron al jardín: allí en medio del césped la niña separó las manos... la golondrina pió de un modo especial, como si diese un grito de alegría, se elevó con rapidez entre la bruma de la noche y desapareció de nuestra vista. Belina se volvió sonriente hacia el padre y la madre, extendiendo hacia ellos sus bracitos.

---

Los angelitos en el cielo, estremecidas de placer sus alas, se acercaban á Julita, que estaba radiante de alegría y con aire de triunfo... «¡Ah! ¿no os lo decía yo? ¡Estaba tan segura! ¡Son tan buenas mis hermanas! ¡mi hermanito tan bueno!».

Y oprimía al decir esto con sus manecitas su corazón, como para reprimir su gozo. Después se le ocurrió una idea feliz á uno de los ángeles, y todos emprendieron su vuelo hacia la Santísima Virgen.

Cuando María vió venir á sus ángeles y en medio de ellos á Julita, al contemplarlos tan dichosos hizo como que no sabía nada y les interrogó. Los angelitos se miraron unos á otros como para preguntarse quién había de hablar. Pero la Virgen, que lo había visto todo, quiso que hablase Julita. Entonces, sumamente conmovida, pero con santo orgullo, contó Julita la historia de la golondrina. María escuchaba sonriendo á la pequeñuela, escuchaba los nombres que Julita repetía: «Margarita, José, Luisa, Isabel,» y sus miradas bajaban á través de las nubes hasta aquellos ángeles de la tierra. Cuando Julita acabó, María alargó la mano, la tomó sobre sus rodillas, y estrechándola en sus brazos le dió un beso en la frente. Y mientras que la Virgen besaba á la niña, una bendición de Dios descendía del cielo y envolvía la granja de *Quitapesares*.

---

¡Oh qué regocijo tan grande se advertía en el nido de la golondrina!

Los gorriones ya no piaban, los murciélagos eran cada vez más numerosos, y ella no había vuelto todavía.

De repente oyóse un grito: ¡Aquí estoy!... y

la madre entraba en el nido en donde se asomaban todas las cabecitas.

—¡Madre! ¡madre!—gritaban los pequeños y se empujaban para acercarse más y estrecharse con ella.

—¿Pues dónde has estado?—le preguntó el padre, ocultando su gozo para poder reñirla un poco, echándola de hombre. ¡En qué angustia nos has tenido! ¿Le parece á V. bien estar fuera de casa á estas horas?

—Dejadme que cobre un poco de aliento, y todo os lo contaré,—replicó ella.

Después, cuando se calmó su corazón y pudo respirar libremente, lo refirió todo... Los golondrinillos se estremecían. El padre, espantado al pensar el riesgo que había corrido su malaventurada compañera, dulcificó su actitud, y suavemente con el piquito le fué alisando las plumas y acariciando la frente todavía muy dolorida.

Cuando hubo concluído la narración: «¡Demos gracias á Dios, dijo el padre, y á dormir, porque ya es muy tarde!»

Y todos, cubriendo sus cabecitas con sus alas, se hicieron un ovillo en el fondo del nido y trataron de conciliar el sueño.

Pero el sueño no venía para el padre ni para la madre, y varias veces antes de que empezase á rayar el alba, en voz baja para no despertar



á los pequeños, él la interrogaba de nuevo, y ella, ya de una manera, ya de otra, tuvo que repetir la aterradora historia.

Los gorriones no piaban ya, los murciélagos eran cada vez más numerosos, mas la felicidad había vuelto al nido de golondrinas.

---

La mañana siguiente, al despuntar el día, en la balaustrada del balcón de mi cuarto, tan cerca de mí, que hubiera podido cogerlas, vi seis golondrinas... El sol extendía sus primeros rayos por encima de los collados y daba cambiantes de oro á las negras y azuladas plumas de aquellos pajarillos, que cantaban alegres su monótono pero gracioso chapurreo.

Toda la nidada había dado gracias á Dios la víspera: ¿venían por ventura ahora á dar gracias á los moradores de *Quitapesares*?

Así me pareció.

Cuando me fué forzoso partir y alejarme de aquella casa hospitalaria, entre tan dulces recuerdos como llevaba guardé el de esta historieta; y por eso no llamo á aquella elegante villa la granja de *Quitapesares*, sino LA GRANJA DE LAS GOLONDRINAS.

A. M. D. G.



BERTA





## BERTA

---

**S**UBIÓ la elegante joven con agilidad á la delantera del carruaje que la esperaba: recogió su traje, y tomando las riendas de manos del *groom*, exclamó dirigiéndose á su precioso tronco de jaquitas, negras y brillantes como el azabache: «¡Hala, diablejas, hala!»

Los animalitos, negros como la noche, agitando los plateados cascabeles de sus charoladas colleras, lanzáronse primero á trote largo, y después casi á galope tendido.

La joven, inclinada hacia adelante, acariciándolas con el látigo y estremeciéndose de placer, parecía embriagada por el vértigo de la carrera.

—¡No tan de prisa, señorita Berta, no tan de prisa, por piedad! ¡tengo miedo!

La que le suplicaba en tales términos era la institutriz, una inglesa muy correcta en todo, pero nada valiente; al mismo tiempo se encogía y replegaba contra el almohadillado respaldo del coche, empequeñeciéndose por el miedo, como los pajarillos cuando arrecia la tormenta.

—¡Oh Miss Morton, —exclamó Berta, me olvidaba de que estabas ahí! Dispénsame; ¡soy tan dichosa!

Y con una sola voz de mando que lanzó á las jaquitas, las diablejas negras tomaron otro paso más lento.

¡Era tan dichosa! ¿Y cómo no lo había de ser la preciosa niña? Flor temprana salida del templado invernadero del pensionado; adorada por su padre como hija única que era; de todos amada porque era buena; dueña de su libertad, rica, de privilegiado talento; Dios la había colmado de todos sus más preciados dones naturales desde la cuna.

¡Cómo no había de ser dichosa!

Y, sin embargo, nada de todo esto causaba en ella aquella felicidad que se reflejaba en su hermoso rostro; y quien la hubiera encontrado algunos meses antes guiando aquel mismo coche, la hubiera oído decir: «¡Oh Morton, cómo me fastidió!»

Porque era una de esas naturalezas privilegia-

das é ideales que se apasionan por todo lo bello, lo grande, lo noble y lo heróico; cosas todas bien raras en este mundo sublunar. Uno de esos caracteres en quienes brotan incesantes aspiraciones hacia el cielo, que son atraídos por Dios como es atraída por el norte la aguja imantada, y que van buscando por el mundo, sin encontrarlo en él jamás, ese centro de atracción que su corazón necesita para reposar en él por amor.

Habíanla llevado de salón en salón, de fiesta en fiesta, é interrogada sobre estas diversiones:

—Pues bien... ¿cómo lo diré?—exclamaba. Me parece que poco más ó ménos todo es lo mismo.

Al día siguiente del primer baile, su padre le había dicho:—¿Qué tal, hija mía?

—¡Pues mira, la verdad es que en resumidas cuentas estoy cansada!

—¿Y los jóvenes con quienes has bailado?

—¡Ah! mis compañeros de danza, mis danzantes... ¡Vamos, la verdad es que esperaba que tuvieran un poco más de chispa y de alma!

Con este motivo su padre llegó á sospechar que la niña habría leído á escondidas en el convento á Schopenháuer.

—¡Schopenháuer! ¿y quién es ese individuo?

—Ah, querida hija mía, un gran enfermo, que padecía una enfermedad que está de moda

y que los alemanes llaman *Weltschmerz*, ¿no sabes alemán?

Sonrió Berta, y sacando de su bolsillo una monísima cartera en donde asentaba los pensamientos que más le gustaban en sus lecturas, señalóle con el dedo á su padre una página diciendo: «¿Es esto por ventura?» Y el padre leyó: «El hastío, ese inexorable hastío que constituye el fondo del alma humana.» (*Bossuet.*)

---

Su padre en cierta ocasión, yendo de paseo con ella, acertó á pasar ante la pobre vivienda de uno de sus obreros, á la sazón enfermo. La invitó á penetrar con él en aquel miserable albergue, y Berta entró y vió al pobre enfermo, á su mujer, á sus hijos, y en medio de la relativa limpieza de aquella casita, oyó la voz del desamparo y de la miseria que llamaban á la puerta de su corazón. Fué una revelación... su corazón latió apresuradamente de un modo desusado... Parecíale que Dios la llamaba: «¡Hija mía, hija mía!» Y desde aquel día las diablejas negras de su cochecito no conocen otro camino que el que lleva á los pobres tugurios de la aldea, escalonados á lo largo de callejuelas estrechas, expuestos á la intemperie y á la lluvia, en



donde tiritan los enfermos ó lloran las madres; pobres cabañas, en las que se quejan de hambre los pequeñuelos, establos en que nacería Jesús, si hoy debiera nacer otra vez.

Y he aquí explicado el origen de su dicha. Estaba cuidando á una pobre madre que yacía enferma al lado de la cuna de su niño: le había llevado un manto de abrigo, un poco de vino rancio y succulento extracto de carne, unas mantillas para el recién nacido... ¡qué sé yo cuántas cosas! Y al ir á despedirse, una niña, la hija mayor de la enferma, Irma, que mecía la cuna del niño y que con ojos llenos de fijeza y de asombro había visto cómo cuidaba aquella señorita á su madre, rompió á llorar sin decir una palabra; después, desbordándose de su corazoncito el afecto, echó sus brazos al cuello de Berta, besándola y exclamando: «¡Oh! ¡tú, tú eres buena!»

Y preguntáis ¿porqué era dichosa Berta, la rica, la hermosa Berta?...

Por aquel beso de la pobre niña, que se cuelga de su cuello y le dice que la ama.

---

¡Así que, las diablejas negras, no hay más remedio, tienen que correr á escape!

—¡Querida Morton, yo no puedo ir á este

paso! ¡el camino es excelente, no hay peligro, yo respondo! Y azotando con la punta de su fusta la espalda de sus jaquitas, estas recobraron el trote largo, que se transformó en galope rapidísimo, vertiginoso, á través de los corpulentos árboles que sombreaban el camino.

Al extremo formaba este una curva rápida, y sin refrenar su fogoso tronco Berta, aflojando las riendas las obligó á describir la curva: desgraciadamente vió demasiado tarde á un obrero que caminaba en dirección contraria. «¡Cuidado!» gritó Berta.

De un salto el obrero se puso fuera de peligro, pero manchándose en el lodo de la cuneta. Una inmunda blasfemia y maldiciones de odio hirieron los oídos de la joven.

El coche se alejaba rapidísimamente... y no oyó más; pero pálida, temblorosa, con el corazón oprimido:—Juan,—dijo á su *groom*, ¿conoce V. á ese hombre?

—¡Ah, señorita,—respondió Juan, ya le dije á V. que no convenía ir á casa de esa mujer!... es Guillermo, su marido. Es la cabeza más mala de este cantón. Este es el que hace dos años quiso incendiar el castillo de la señorita, y tenía ya preparado el petróleo. Nada se puede conseguir de semejante gente: y sí la señorita quisiera creerme...

—¡Bien, Juan, bien, te lo agradezco. Esas gentes no nos conocen, y es menester que nos conozcan; volveremos pués allá!

Berta cumplió su palabra.

Entre todos los enfermos á quienes visitaba, la pobre madre era la preferida; y por cierto que iba mejorando á ojos vistas, reanimada por la solicitud, y más aún por el amor de Berta.

¡Oh, quién supiera pintar, para ponerlos delante el hermoso cuadro que contemplaban entonces los ángeles!

La madre, incorporada un poco en las almohadas de su pobre lecho, aún pálida, pero empezando á sonreír á la vida que volvía á recobrar: á su lado Berta, sentada en una silla de tosco pino, ensayándose en fajar en sus mantillitas al pequeñín; delante de ella la niña mayor Irma, pobre rapazuela de seis años, dándole uno á uno los alfileres para sujetar las fajas; y la madre dirigiendo de cuándo en cuándo con su débil voz aquella dulce maniobra, para la que no se daba Berta mucha maña.

Era de ver aquel pobre lecho rozando con el traje de seda; aquella pobre Irma, mal cubierta de harapos, apoyándose con amor y confianza en la bella castellana, y á las tres cambiando entre sí alegres ocurrencias y dichos, como si fueran tres hermanas.

Mas he aquí que se abre la puerta, y el padre, que volvía de predicar la huelga y de dar el mal ejemplo dejando el trabajo, se presenta de improviso.

Al ver á Berta entre su mujer y su hija y con su hijo pequeño sobre sus rodillas, el corazón del obrero dió fuertes sacudidas en su pecho, porque tenía buen fondo; mas no sé qué maldito hálito le había envenenado, y acababa de jurar en su reunión socialista que él no se ablandaría jamás.

No descubrió su cabeza y permaneció de pie clavando en Berta una mirada llena de maldad con relámpagos de odio.

Berta se levantó de la silla, y dirigiéndose á él le alargó la mano, no sin un ligero estremecimiento.

—¡Hola, amigo mío Guillermo,— empezó á decir, é interrumpió la frase poniéndose como la grana. Amigo mío, mucho sentí lo que sucedió el otro día; pero mis jaquitas corrían tanto, y yo le vi á V. tan tardel

Aquellos hermosos ojos, aquella dulce voz de mujer que tomaba inflexiones de tanta amabilidad, le conmovieron; pero se acordó del Club y de sus compañeros de jaranas que se burlarían de él, y se mantuvo duro.

—¡Ya, ya, para vosotros los ricos qué signi-

fica un obrero! Á un obrero se le aplasta como á un topo fuera de su madriguera.

—¡Bestia!—gritó su mujer prorrumpiendo en sollozos, pero ¿no estás viendo lo que esta joven hace por nosotros?

—¡Que nos paguen los ricos nuestros sudores, y no necesitaremos de sus limosnas!

Y la pequeñuela Irma abrazada á sus rodillas le decía:—¡Pero papá, si es tan buena, es tan buena!

—¡Quítate allá,—repuso el padre arrojándola lejos de sí!

Berta lloraba.

Abrazó y besó á la enferma, besó á su hija, y puso al pequeñín en la cuna.

—¡Masta la vista,—dijo con suave inflexión de voz y dominando su emoción; algún día me conocerá V. mejor.

La enferma se curó por completo, y desde entonces Berta prodigó cada vez ménos sus visitas; pero todos los días, por disposición suya, la pequeña Irma venía al castillo, y cuando volvía, siempre volvía cargada de regalos.

Tanto, que poco á poco fué cambiando de aspecto la pobre casa, en donde parece que había vuelto á penetrar la comodidad y la dicha;

pero el odio ardía, sin embargo, en el corazón del padre. Tantos y tan repetidos beneficios no ablandaban su corazón.

—¡No es posible lograr nada de gentes como esta, señorita, — decía Juan!

Y ella llena de confianza exclamaba: «¡No nos conocen todavía, Juan, algún día nos conocerán mejor!»

---

Sucedió que un día Irma no acudió al castillo á la hora convenida. Y ved á Berta extrañada primero, después inquieta, porque la joven tenía singular cariño á aquella niña que tan ingenuamente la amaba. Berta mandó enganchar sus jaquitas, y partió.

Encontró á la madre llorando y con el pequeño en su regazo.

—¿Dónde está Irma?— preguntó.

—¡Ah!, señorita, Irma está enferma de gravedad, el médico ha venido y no ha querido de ningún modo decir lo que tiene; pero ha mandado que la separen del pequeño.

—Pero... ¿dónde está?

—Mi hombre le ha hecho una camita allá en el lavadero y allí está con ella: él quiere mucho á esa hija de mi alma... ¡Oh, si sucediera una desgracia, qué sería de nosotros, Dios mío!

—¡Vamos, vamos, buen ánimo! ¡Voy á verla!

Detrás de la casita, adosada al muro, había un colgadizo donde se hacían las coladas tan necesarias á los carboneros, y allí, cerca del horno, había el padre compuesto bajo cuatro tablas viejas una camita para su pobre niña; y allí estaba pensativo velando á su cabecera.

Cuando Berta empujó la puerta se estremeció el obrero, y extendiendo los brazos hacia adelante:—¡No entre V.,—gritó, no entre V.!

—Ya es tarde,—exclamó Berta con deliciosa sonrisa, ya estoy dentro.

—¿Pero V. sabe lo que tiene esta pequeña? Sabe V. que podría V. morir... ¡tiene la difterial

Berta sintió un estremecimiento rápido como un relámpago que recorrió todo su cuerpo. La naturaleza humana instintivamente temblaba; mas en medio de ese relámpago oyó la voz de Dios por segunda vez, que la llamaba: «¡Hija mía! ¡hija mía!»

Y acudió á la voz de Dios.

—¡Ah! ¡la difterial! ¿y no es más que eso?

—¡Pero le digo á V. que es contagiosa, que es mortal!

—Nadie se muere hasta que Dios quiere, amigo mío, dejadme ver á la niña. Y se encaminó á la camita en donde Irma reposaba. Estaba roja como la escarlata; la pobrecita abra-

saba, devorada por la fiebre, y por entre sus dientecillos apretados dejaba escapar su respiración como un hipo estridente.

—¿Le han dado lo dispuesto por el médico?— preguntó Berta.

—No he podido lograrlo: la niña no quiere abrir la boca.

Berta tomó un pincel, y echó en una copa el contenido de un frasquito.

—Tenga V. esto,—dijo al padre, y después, inclinándose sobre la enfermita:—Irma, le dijo con voz amorosa.

La niñita entreabrió los ojos, y al reconocer á Berta, una sonrisa embelleció sus abrasados labios.

—Soy yo, hijita mía, y voy á curarte: ¡abre bien la boquita, querida!

Y la pequeña obedeció. Berta con gran presteza le humedeció la garganta. Volvió otras dos veces á hacer la misma operación: la niña sufría, retorció sus bracitos, pero era Berta, y por Berta quería sufrirlo todo.

—Hemos concluído, queridita mía. ¡Ahora á dormir!, y la arropó cuidadosamente como lo hubiera hecho su propia madre.

—La salvaremos,—dijo al obrero. Hasta dentro de muy poco. Adiós.

---



Las diablejas negras no reposaron durante tres días: del castillo á la casita, de la casita al castillo, corriendo sin cesar.

Nadie hubiera reconocido aquel rincón del lavadero: una camita de hierro cubierta de blandas mantas y limpia colcha había sustituido al desvencijado lecho de Irma; el banquillo de madera en donde velaba el padre, había sido arrojado fuera, y ahora, asentado en blando sillón de muelles, contemplaba á su hija que dormía con sueño tranquilo. ¿Qué pasaba en aquel corazón de bronce? Todavía no había salido de su boca una palabra de gratitud... Cuando las lágrimas se agolpaban á sus ojos, se las sorbía hacia dentro. «He jurado, decía, no ablandarme por nada,» y ahogaba los sentimientos de su corazón. Pero ¡cómo le hervía la cabeza! ¡qué tempestades se desencadenaban en su alma!

La tarde del tercer día al irse á retirar Berta, uno de los encajes que adornaban las mangas de su vestido se enganchó en el pestillo de la puerta y se desgarró:

—¡Jesús, qué desmañada soy!—exclamó la joven; y cogiendo el pedazo que colgaba desgarrado, lo acabó de romper con viveza y lo tiró fuera de la puerta.

—Hasta mañana,—dijo Berta. ¡Yo creo que nuestra niña se ha salvado!, y partió.

Cuando ya estaba lejos, el obrero sintió en esta ocasión que el corazón se le deshacía en lágrimas. Tomó la luz que alumbraba el pequeño cobertizo, y registrando con los ojos si alguno le podría observar en el campo, abajándose hacia la tierra, empezó á buscar el pedazo de encaje desgarrado. Le encontró, y escondiéndolo, entró en el tugurio de su niña, y allí solo, vueltas á ella las espaldas, contempló un momento aquel pedazo de encaje; después, como si fuera la reliquia de un santo, lo besó con prolongadísimo beso... doblólo cuidadosamente con sus toscos dedos, lo envolvió en un pedazo de periódico, y con un alfiler lo sujetó sobre su camisa encima del corazón.

¡Ah, sin las malas compañías, Guillermo sería otro hombre... Mas los compañeros le llamarían cobarde!

---

Al día siguiente Berta no volvió.

Por la tarde cuando el anciano médico vino á ver á Irma en su chiribitil: «¡Albricias, le dijo á Guillermo, aquí todo va bien: la niña está fuera de peligro. Pero creo que la señorita Berta no saldrá de esta!»

El obrero dió un grito que parecía un rugido, y asiendo ambas manos del doctor:

—¡Oh! pero... la señorita Berta no tiene la difteria, ¿no es verdad?

—Sí, Guillermo, es la difteria, y en un grado de que desgraciadamente pocos escapan.

—Pero, ¿verdad que no morirá, verdad que no?

—Mucho me lo temo... ¡los ángeles suelen volver tan pronto al cielo!

—¡Oh! lo que V. dice es horrible... Me voy á volver loco. ¡Con que es decir que aquí la hemos matado!... Ah, señor doctor, yo nada entiendo, pero... he oído decir que... ¿Es cierto que puede uno dar su sangre á otra persona?... ¡Ah, aquí está mi sangre, toda, toda estoy pronto á darla por ella!... ¡No! ¡no! ¡es imposible que mueral... ¡Esto es horrible! ¡horrible!...

—Vamos, tranquilízate, Guillermo; en este caso para nada sirve tu sangre. Ruega á Dios por ella... aunque, según las trazas, no me parece que tienes tú mucha costumbre de rezar...

Cuando el médico le dejó solo con Irma, el obrero se dejó caer en su sillón, y apoyando sus dos codos sobre la mesa se sujetó con ambas manos la cabeza... Después, de repente, corrió á la camita de Irma, y arrodillándose delante de su niña: «Irma, le dijo, ayúdame á decir el Padre nuestro; ¡dímelo despacito, hijita mía!...»

La niña cruzó sus manecitas: Padre nuestro, que estás en los cielos, decía ella con su dulce

vocecilla. Y el padre repetía: Padre nuestro, que estás en los cielos... Y en torno de aquel pobre albergue se escuchó el aleteo de los ángeles que recogían y llevaban hasta el trono de Dios la oración de aquel corazón endurecido.

---

Dos días después no hubo esperanza alguna de vida para Berta. Y al anochecer se pudo observar á Guillermo que á través de la negra sombra de la alameda de árboles, con precipitados pasos, febril y el corazón oprimido se dirigía al castillo.

Llamó: Juan, que estaba advertido, salió á abrir.

—Dijéronme que la señorita Berta quería que viniese.

—Sí, sígueme, —dijo Juan.

Y á través del gran parque de entrada, á lo largo de la escalera de mármol blanco, sobre los tapices de Esmirna, donde se hundían sus toscos zapatos, en medio de los mármoles y bronces marchaba el pobre Guillermo sin ver nada.

Al extremo de un corredor, Juan abrió una puerta... Estaba Berta allí reclinada en un lecho

de colcha blanca festoneado de seda azul; la fiebre hacía resaltar más su encendido rostro sobre la blanca almohada; y como si Dios no hubiera querido que la desfigurase la enfermedad, sus ojos conservaban aún su mirar dulce y apasionado, y sus labios su cariñosa sonrisa. Indicó al obrero por señas que ella no podía hablar, y le alargó su mano.

Entonces él se arrojó con las dos rodillas en tierra, y asiendo con sus manos temblorosas aquella manecita pálida:

—¡Perdón, —gritó entre sollozos, perdón, perdón, lo pido por Dios, por la Virgen Santísima por... No pudo continuar, la emoción sofocó su voz; mas sus labios que se agitaban mudos, besaban una y muchas veces aquella mano de la moribunda, y sus ojos la bañaban con lágrimas ardientes, abrasadoras lágrimas en que iba envuelta toda su alma destrozada, todo su corazón arrepentido!

Berta no cesaba de sonreír, y como si hubiera esperado á esta hora y ya no hubiese nada que pudiera retener su vuelo; de pronto se incorporó en su lecho, sus ojos se fijaron con expresión extática en el espacio. Vió á los ángeles que venían á su encuentro con coronas de rosas y azucenas... Por tercera vez oyó la voz de Dios que la llamaba:

¡Hija mía, hija mía!

—¡Al cielo, —exclamó, al cielo! y dejó caer hacia atrás la cabeza murmurando: «¡Oh, cuán dichosa soy!»

Después sus ojos se cerraron... Aquella alma se elevó á las alturas...

¡Los ángeles vuelven tan pronto al cielo!

A. M. D. G.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Juego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

## Conferencias familiares.

(Científicas.)

- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

## Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*





MIRANDO AL CIELO



OBRAS AMENAS  
DEL  
**P. VÍCTOR VAN TRICHT**  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

MIRANDO AL CIELO  
¡QUE YO VEA, SEÑOR!



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO  
IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS  
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

---

ES PROPIEDAD

---



## MIRANDO AL CIELO

---

**E**RA uno de esos hermosos días de Mayo en que el hombre, no acostumbrado aún á los sofocantes calores del estío, goza y se recrea, se reanima y como que adquiere nueva vida con las dulces brisas de las primeras horas de la noche. El cuerpo vivificado da también nuevas fuerzas al alma, y esta sintiéndose más libre y desembarazada de las miserias de aquel, se eleva y extiende, como para tomar vuelo, las alas del pensamiento y de la fantasía.

Terminábase entonces la función diaria acostumbrada en obsequio de la Madre de Dios y Reina de cielos y tierra. Aún resonaban en la

iglesia los últimos acordes del órgano de la tiernísima canción de Turquety:

Dignaos iluminarnos,  
Blanca estrella de los mares.

Yo había estado observando cómo se iba poco á poco desocupando nuestra iglesia; primero las velas del altar, y luego las lámparas de las naves y capillas, fueron sucesivamente apagándose. Solamente la lámpara que ardía constantemente en el coro permanecía aún encendida, como si fuera una estrella en presencia de su Dios.

Aunque todavía no era hora para mí, me salí también de la iglesia y fui subiendo poco á poco la escalera del observatorio, pensando en mil cosas sin detenerme en ninguna.

La bóveda del cielo, de un color indefinido, no contenía ninguna nube. Por todo el horizonte se veían en forma de faja una serie de ligeras nubecillas, y la noche se iba acercando.

Por el occidente aparecía una hermosa banda de color de fuego anunciando los últimos reflejos del crepúsculo, en mil y mil caprichosas formas que á cada instante se disipaban, y que de un momento á otro serían como arras-tradas por el oculto sol.

Sobre todo este misterioso fondo proyecta-

ban sus largas y negras sombras lo mismo los altos remates de los edificios, las altas chimeneas de inmensas fábricas y las agudas torres de los inmediatos pueblos, que las encrespadas montañas de alrededor, y muy cerca de mí los bastiones y muros de circunvalación de la antigua fortaleza.

El tiempo pasaba sin sentir, y todo el murmullo de la ciudad iba muriéndose poco á poco para dar lugar al silencio. Á veces se oía rodar perezosamente algún coche; á veces el paso presuroso de alguno que se retiraba tarde á su morada, ó el ronco silbato de alguna máquina que se hallaba maniobrando resonaba en el fresco ambiente de la noche sonora y se alejaba multiplicándose por el eco.

Ya teníamos preparados todos nuestros aparatos de observación, pero las estrellas cuyo paso habíamos calculado, no aparecían aún y era menester esperarlas. Entonces yo me sentí arrastrado por la impresión que me hacía aquella noche tan estrellada.

¿Y qué hombre hay que permanezca insensible ante espectáculo tan grandioso? Tanto el ignorante como el más instruído, lo mismo el más endurecido materialista y el más engolfado en las masas y pesos de los cuerpos, que el más fanático idealista y el poeta más remilga-

do, lo mismo el hombre que la mujer, lo mismo el niño que el anciano, todos, en una palabra, experimentan, al mirar á las estrellas, á ese cielo inmenso tachonado de innumerables lucés, una sensación vaga sí, pero dulce y suave, que hace á todos exclamar: «¡Qué hermosura!... ¡Qué vista tan embelesadora ofrece la noche estrellada!» ¿Á quién no le ha ocurrido ponerse á la ventana en una noche de estas, y quedarse como absorto y silencioso mirando á las estrellas, y fijos en ellas los ojos, fantasear y llevar por aquella inmensidad sus pensamientos?

Difícil es, en verdad, decir lo que entonces goza el corazón, pero todos lo sienten: no podremos declarar qué cosa sea lo que tanto le impresiona, pero sea lo que fuere, sabemos perfectamente que le eleva y como que le agiganta.

Esta misma indecisión y vaguedad he notado yo en todas las impresiones que hacen sobre nosotros los grandes fenómenos y las mayores escenas que observamos en la naturaleza.

¿Quién pretenderá analizar lo que pasa por nuestra alma á la vista del mar, ó contemplando una cadena inmensa de elevadas montañas, ó delante de montes de hielo, ó cuando uno se halla envuelto en furiosa tempestad?



Y examinando lo que es una noche estrellada, ¿qué encontramos al fin y al cabo en ella? Si solamente nos fijamos en lo material que aparece á la simple vista, poca cosa es. Un fondo negro con puntos brillantes... pero puestos acá y allá sin orden ni regularidad, sin contornos ni líneas que los adornen, sin simetría, repartidos por una parte y por otra, á capricho ó á la ventura..., en algunas partes, excesivos y amontonados unos sobre otros, en otras, raros y esparcidos con parsimonia sorprendente. «Mientras que todo en la naturaleza, dice el P. Secchi, aparece perfectísimamente ordenado, en el cielo no parece sino que reina la confusión» (1).

Y si es verdad que para no perderse en este laberinto ha sido menester imaginarse figuras geométricas, confusas de suyo y más aún por los toros, osas, cisnes, perros, cabezas, etcétera, etc., que los antiguos nos han enseñado; el que vea, por ejemplo, los mapas celestiales de Dien, y no sepa que cada uno de esos puntos que en ellos se encuentran ha sido puesto según la ascensión y declinación de la estrella, representada por el mismo punto, creará fácilmente que todos esos puntos han caído allí se-

---

(1) Secchi, *Las estrellas*, pág. 4.

gún iban saliendo de algún pulverizador ó como las arenillas de una salvadera.

Total, que solo veremos un fondo inmenso, lleno de puntos brillantes... y facilísimamente lo podríamos representar en cualquier teatro... Unas cuantas varas de tela negra en el fondo, y unas cuantas lamparitas de incandescencia producirían en nuestra retina una impresión análoga, que sería tanto más fuerte cuanto más nos acercáramos á ellas.

Y si en el bosque de Boulogne, ó en el de Cambre, se pusiese una iluminación que fuese esparciendo á través de los árboles las variadas luces de tantas y tan caprichosas líneas, y sobre todo, si se pusiesen fuegos artificiales á orillas de un lago ó de un caudaloso río, en que se reflejasen y se moviesen según el movimiento tembloroso de las aguas, mucho mejor nos parecerían y mayor impresión producirían sin duda en el órgano de la vista y quizá nos conmoverían más. Y á pesar de esto, el cielo estrellado es aún mucho más hermoso, mucho más sublime y penetra mucho más en nuestro interior. ¿De dónde viene esto? ¿Cómo se explica este fenómeno? ¡Siendo menor la impresión, produce en nosotros mayor sensación! Será pues cosa de nuestra alma, que ponga lo que falte en esa impresión que siente la vista...

¿Pero qué es lo que pone? Esto es lo que yo pregunto.

¿Qué podrá añadir á esa impresión el pobre, el obrero, el campesino á quien las necesidades y circunstancias de la vida han tenido cerradas las fuentes de la ciencia?

Nada... Para él, estrellas, planetas, cometas, á no ser que arrastren su luminosa cola, todas son iguales, todas son de la misma magnitud, que están puestas allá arriba sin saber cómo, que las enciende la noche y las apaga el día. Para él, el sol y la luna no son más que dos lámparas mayores que las demás, y esto es lo que su ciencia le enseña. De esta idea popular, la única que sin duda corría en su tiempo, se hizo eco Moisés cuando al principio de su Génesis describe el cielo y dice: «Dios hizo dos grandes lumbreras, una mayor que presidiese al día, otra menor que presidiese á la noche y además estrellas.» ¿Pero quién va á creer que es esta idea tan espontánea y tan sencilla lo que le conmueve al campesino cuando contempla y admira el cielo con sus estrellas?

Además de estas almas sencillas hay en el mundo dos clases de hombres: unos instruídos, y mucho, en otras ciencias, pero nada en astronomía; otros muy conocedores de la ciencia de los astros, ó á lo ménos, puestos al corriente

de los adelantos y descubrimientos de la astronomía y de cuanto se sabe acerca de los mundos de allá arriba.

Los primeros, que son los más, han acabado sus estudios con nociones muy vagas de cosmografía. Porque vagas son y muy superficiales las lecciones que acerca de esta materia se hallan en los programas de nuestros colegios y liceos, tanto que hasta los colegios de señoritas tienen los mismos programas. ¿Qué vale pues este conocimiento, tan á la ligera adquirido, olvidado luego en gran parte, para que nos pueda elevar sobre el conocimiento material que con la simple vista adquiere el ignorante? Poder conocer á Orión, la Osa mayor, la Polar... podrá quizás complacer algo á nuestro amor propio, ¡pero entusiasmanos y conmovernos!... ¡Vamos... que no! La segunda clase de personas, ó los que están al corriente de los descubrimientos de la astronomía, pueden ciertamente formarse idea exacta del fenómeno de una noche estrellada, ó á lo ménos ajustada á los conocimientos de la época.

Porque el hombre que así se halla instruído, sabe qué cosa son esos puntos brillantes en ese fondo, y este conocimiento completa la sensación material incompleta que recibe el órgano de la vista.

Sabe que esa bóveda celeste que cubre á la tierra como la media naranja de una catedral cubre á la iglesia, es pura ilusión de los sentidos, y que puede con la vista de su entendimiento explayarse por espacios inmensos sin fin y sin límites.

Sabe que no están clavadas en el cielo esas estrellas como lo están en una iglesia los clavos dorados que adornan su bóveda, y que son otros tantos soles que andan girando en el vacío á distancias inconmensurables, como si fueran naves balanceadas por las olas de un mar aéreo. Sabe al por menor la naturaleza, nombre, posición y hasta el peso de muchos cuerpos que se queman con sus llamas.

Deduce que cada uno de esos soles tiene, á semejanza del nuestro, su corte de planetas que continuamente y con toda uniformidad van girando en su derredor con el mismo movimiento, como para recordarles el origen común y el fin común que tienen.

Conoce la distancia fabulosa que separa entre sí á todos esos globos errantes. Los va siguiendo por el espacio, y señala el segundo y la fracción de segundo en que vendrán, como fidelísimos servidores, á colocarse en los tenues hilos de su retícula, sea al cabo de un año, ó de diez ó de veinte y más años.

Todo esto sabe el astrónomo, y en verdad que es mucho saber, y todas estas consideraciones son grandiosas y magníficas, pero... ni aun en ellas encuentro yo nada que sea capaz de conmover fuertemente nuestro corazón. ¿Qué hay en todo esto al fin y al cabo sino una mecánica excelente, admirable, hermosa, si queréis? ¿Me maravillo yo, por ventura, me entusiasmo y me conmuevo yo cuando, después de haber dado cuerda á mi reloj, ó haber movido el péndulo de mi observatorio, veo que sus ruedas ó sus agujas echan á andar, señalan la hora y todas las divisiones que se hallen en su esfera?

Pues ese mundo y esos mundos de estrellas tienen también su muelle y su contrapeso que los gobierne y los mueva, así como las ruedas de mi reloj ó de mi péndulo tienen su muelle ó su peso á quien fatalmente, necesariamente, iba á decir brutalmente, obedecen.

Hay esta diferencia entre mi reloj y las estrellas: que aquel es una máquina pequeña y estas una grande; aquel detiene en mi mano á mi imaginación y estas lo dejan correr libremente.

Hay también esta otra diferencia: que en el reloj las ruedas están enlazadas unas con otras con lazos materiales y físicos, y en las estrellas

no sabemos qué fuerzas hay que las conserven siempre unidas, ni cómo obran esas fuerzas aun después de haberse descubierto las leyes de sus movimientos.

Pero por lo demás, el cielo material que yo contemplo y el reloj de mi bolsillo se mueven de la misma manera, obran y se trasladan como la masa inerte y bruta, sin el menor rayo de inteligencia y sin la menor llama de libertad.

¿Acaso me llama á mí la atención una piedra que cae de lo alto obedeciendo las leyes de la gravedad de los cuerpos?... Pues estas mismas leyes sigue el movimiento de los cuerpos celestes.

Por consiguiente no es aquí donde hemos de buscar la causa de esa dulce emoción que siente nuestra alma á la vista del cielo, como no lo es tampoco el conocimiento vago ó profundo que tengamos de los astros.

Y hay otra razón además de lo dicho. Si esta admiración tuviese esa causa, ¿qué sería del pobre, qué del obrero, qué de los ignorantes? ¿Cómo la experimentarían? ¿Y habrá alguno de ellos que ignore lo que es una noche estrellada y que no experimente la sensación que venimos analizando?

¿Qué es pues lo que nos admira, y nos con-

mueve y nos extasía al contemplar ese hermoso cielo tachonado de luceros?

¡Dios!...

Dios que se digna manifestarse á nosotros bajo la capa visible de sus criaturas. Dios que nos habla con ese lenguaje mudo y agradable que arrastra al alma que le escucha con atención y respeto. Nuestro oído no le oye, nuestra vista no le ve, como tampoco le palpan nuestras manos; pero nuestro corazón le siente y se agita como cuando oye la voz de quien le ama. ¡Dios que entra en nuestra alma sin ruidos ni sacudidas, sino suave y dulcemente, como en casa abierta á su dueño, para poseerla y gozar con ella, y enriquecerla con inefables dulzuras de su divina gracia! ¡Dios que llama hacia sí al alma, y la despierta del pesado sueño en que la tienen sumida las preocupaciones de acá abajo, y la quiere ver volar ligera hacia las cosas de arriba!

Hay en la Sagrada Escritura un pasaje que siempre me llama la atención: *Deus enim illis manifestavit. Invisibilia enim ipsius, a creatura mundi, per ea quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur* (1). «Dios se nos manifiesta por medio de la creación visible.»

---

(1) Rom. 1, 19-20.



¿Qué quiere decir esto? ¿Por ventura que el hombre, después de un escrupuloso análisis del principio de causalidad, y después de haber deducido de una serie más ó ménos larga de raciocinios la existencia de algo más que una forma subjetiva en nuestra alma, y algo más que un imperativo categórico en nuestro entendimiento, puede subir del hecho contingente de la existencia de las cosas creadas y visibles, al conocimiento de la existencia de una causa invisible é increada? Claro es que sí. Pero ¿nada más que esto?... Vamos á verlo. ¿Qué sería de los que no tienen tiempo ni talento para estudiar y juntar tantos silogismos?... Dios, según eso, no se manifestaría á esa clase de gentes... Tendría que abandonarlas ¡infelices! para manifestarse solamente á los filósofos y tratar solamente con ellos!...

¡No!... Dios no solamente habla al alma por la razón y por la inteligencia, sino que también conversa con ella por medio de los sentidos y el corazón. Las cosas creadas que Dios pone delante de nuestra alma, son como un retrato que Él nos ofrece para que reconozcamos su grandeza, su omnipotencia y su bondad. Dios se nos revela con toda claridad en las estrellas, en el mar, en las montañas, y el alma que contemple todo esto, descubre instintivamente á

su Criador, y le reconoce y le ama. No se necesita ciencia, ni filosofía, ni observatorios, ni instrumentos, ni análisis para llegar á ese divino descubrimiento. ¡Basta con dejar en libertad á nuestro corazón!

Pero ¡ay!... Acabo de hablar de filosofía, de ciencias, de instrumentos, de análisis... y ¿qué significa todo ese arsenal de medios con que cuenta nuestro entendimiento para conocer á Dios? ¿Qué produce todo esto en provecho de nuestras almas?

¡Ah!... ¡Cosa bien triste es, por cierto, pensarlo!... El obrero, el pobre, el ignorante llegan á Dios antes y mejor que nosotros, con considerarnos nosotros tan instruídos y tan bien preparados para penetrar las grandezas y hermosura del universo!

¡Qué espectáculo tan triste ofrecemos nosotros, educados en la ciencia, á quien quiera que desinteresadamente nos contemple! ¡Muchos hay, sí, confirmados y fortalecidos más y más en sus sanas creencias por los estudios de las ciencias á que se han dedicado; muchos, que por haber descubierto ó aprendido algún secreto de la naturaleza, se han convencido de que el hombre jamás debe olvidar á su Criador!... el *Dios de la gente sencilla é ignorante*, antes debe adorarle siempre, cantarle siempre

y acudir siempre á su divina presencia... Pero, en cambio, ¡cuántos le abandonan! ¡cuántos se apartan de Él y le olvidan! ¡Cuántos le blasfeman á medida que más estudian!... ¡Cuántos, desde la altura del trípode en que su ciencia (?) los ha puesto, se dan aires de despreciadores y publican su desdén hacia el gran Señor de las cosas, fuente primera y último fin de cuanto existe!

¡Sí! ¡Cosa triste es, que da profunda pena, pensar y tener que decir que los sencillos y los ignorantes obran mejor que los sabios! ¡No se apartan ellos así de su Dios, ni le blasfeman ni le ofenden, antes le aman, le adoran y le reconocen como el único y verdadero Dios!

Recuerdo haber visto un mausoleo dedicado al famoso Arago, y tallado por el reputado artista David d'Angers.

Representa al ilustre astrónomo en el lecho de la muerte. Su vigorosa cabeza cae ligeramente sobre la espalda y conserva en la rigidez del mármol los últimos rasgos de una risa escéptica; su mano izquierda está en actitud de atraer hacia sí la ropa que le cubre, y la derecha, aquella mano que escribió páginas de eterna memoria, cuelga desfallecida en el espacio.

Jamás se me olvidará el frío que me produjo aquella vista. Yo había leído muchas veces las

obras de este grande hombre, y de ellas había sacado no sé qué afecto y entusiasmo hacia su autor, y al verle en estatua me preguntaba yo á mí mismo: «¿Es este Arago? ¿Es este aquel célebre astrónomo?... ¿Cómo ha podido acabar de esa manera un alma como la suya?...» Se ha dicho que por el alma de Platón lloraron algunos filósofos cristianos... y lo comprendo, porque yo también hubiera llorado por el alma de Arago.

Nadie ha conocido como él ese cielo tan hermoso que á cada paso podemos contemplar... Él llegó á lo más profundo de la ciencia de ese cielo; él penetró hasta en sus más íntimos secretos, y, sin embargo, su ingenio se detuvo ante esa máquina maravillosa, no pasó más allá de sus leyes y de sus cifras y se quedó dormido en este reducido lecho, en que debió sentirse anegada su alma. Murió... sin hallar á Dios... sin cantarle... sin amarle!...

Me acordaba entonces de Képler y del himno incesante que canta en sus obras:

*Gratias ago tibi, Domine, Creator, quia delectasti me in factura tua, et in operibus manuum tuarum exsultavi!*—¡Gracias te doy, Señor y Criador, por la complacencia que me das con tus criaturas y por el gozo que experimento en las obras de tus manos!

No llegó Arago á cantar himno tan sublime y de tanto reconocimiento... mientras que llega el pobre y lo consigue el ignorante, sin estudios, y sin esfuerzo y sin trabajo alguno, casi nada más que por la inclinación natural de su alma sencilla.

¡Qué misterio es este, Dios mío!... ¡Que los sencillos os conozcan y los sabios os dejen!... ¡Ah! Ya me lo enseña vuestro sagrado Evangelio: «Habéis ocultado estas cosas á los sabios del mundo y las habéis revelado á los humildes.»

Será pues preciso hacerse humilde y pequeño, puesto que á los humildes y sencillos se digna Dios manifestarse y con ellos recrearse.

De modo que, según esto, serán peligrosas y habremos de temer las ciencias y el conocimiento de los secretos de la naturaleza, puesto que vemos que Dios se aparta de los que pretenden averiguarlos y se oculta á los que los descubren.—No he visto cosa que dé más pena que la lectura de algunos libros de ciencias. Porque escritos como están por hombres sabios, contienen acerca de la tierra noticias verdaderamente curiosas. ¡Qué precisión en los cálculos, que descubrimientos, qué campos tan vastos ofrecen al entendimiento! Encanta verdaderamente ver á esos hombres que tales

obras escriben, con qué seguridad proceden á la investigación de una verdad, de un fenómeno, de un hecho cualquiera del mundo material, guiados por el compás, por la balanza ó por el metro. Llegan, por fin, al logro de sus deseos, y aumentan los tesoros de su ciencia material con una verdad más ó con un descubrimiento más. Pero luego, cuando llega el momento de dejar este conjunto de cosas creadas para pasar al Criador, cuando han de dejar el compás ó la balanza, porque ya son inútiles para desplegar las alas del alma y volar con el pensamiento á cosas más altas; ya empiezan á dudar, ya vacilan, y como presos de una repentina ceguera, se asustan, se detienen acobardados ante el paso que han de dar desde las criaturas hasta su Criador, ante ese paso tan fácil y tan natural para los sencillos y para los humildes, y lejos de abrir más los ojos, se los cierran más y más como si estuvieran á los bordes de un abismo; retroceden y... huyen!

*Non audivit populus meus vocem meam... et dimisi eos... ibunt in adinventionibus suis?*  
«Quise hablarles — dice el Señor — y no quisieron ellos oír mi voz...; los dejé, y se perdieron en sus inventos y sistemas.»

Estando en esto, se deslizó por delante de mí un mochuelo: oí el suave roce de sus alas y

vile describir por los aires un círculo grande de ligeras ondulaciones, y entrar en uno de los agujeros de la torre de la Catedral.

Este mochuelo, al salir de su sueño, se echa á volar por la noche para buscar su alimento en los topos y otros animales parecidos del campo, hasta que el crepúsculo de la mañana aparezca por las montañas y le haga volver al agujero de donde salió, para cerrar los ojos, esconder entre las alas su cabeza y esperar con el sueño del día que venga el crepúsculo de la noche.

Viviendo de este modo un día y otro día, es muy probable que muera sin ver el sol... ¿Sabe que hay sol?... ¡No! ¡Él lo negaría, y negaría el color de las flores, el azul de los cielos, la verde alfombra de los prados, los frondosos bosques que coronan las montañas, en una palabra, negaría la luz y el día! ¡Para él todo es noche!... Antes esta ave era el ave de Minerva. ¡Por desgracia hoy también, y con frecuencia, es el ave de la ciencia moderna!

Reducida á los estrechos límites en que hoy se ve encerrada por lo que llama positivismo, y de los cuales hace gala de no querer salir, se esfuerza, y se gasta y se consume por descubrir, señalar y ordenar los fenómenos. Á esta ciencia contemporánea la encontrarán muy dis-

puesta y muy atenta las fuerzas necesarias y fatales de la materia; las seguirá paso á paso, las medirá, las pesará, y para cerciorarse más, hará experiencias y contraexperiencias. ¡Con estos estudios goza y con estos fenómenos vive!... ¡Pero no habléis á esta ciencia, no, de fuerzas libres ni de causas inmateriales; no la habléis de inteligencia ni de pensamiento, que cerrará los ojos, cubrirá la cabeza con sus alas y esperará durmiendo que venga la noche!

¡Cómo ha de llegar á Dios!... ¡Cómo ha de salir de las sombras y oscuridades del cielo de la materia, si cierra los ojos y se duerme ante el cielo brillante de la luz!

Ciertamente que es cosa tristísima y digna de ser llorada semejante conducta de la ciencia moderna... Y, sin embargo, los hombres que se dejan llevar de esas aberraciones que les enseña la ciencia del día, no caen en la cuenta y viven al parecer sin la menor inquietud en este mundo. ¡No ven ese vacío, cada vez mayor, que en su inteligencia va abriendo la ausencia de Dios, y parece que van hasta orgullosos, satisfechos y alegres de llevar por el camino de esta vida la pesada carga de su incredulidad!

Pero ¡ay!... que este camino al fin se acaba, tiene un término... ¡la muerte!

Y ¡qué desengaño experimentarán entonces



esas almas, Dios mío! ¡Oh! ¡esto es lo que á mí más me espanta y más compasión me da!... La vida luego pasa, pero... ¿y después? ¿Con qué cara los recibiréis, oh Dios mío? Les disteis todas vuestras luces para que os conociesen y ellos se marcharon por las tinieblas para desconoceros!... ¡Ah pobrecitas almas! ¡Después de haber trabajado tanto, después de haber acumulado tantos conocimientos, de haber reunido tantos números, tantos teoremas, después de haber descubierto cosas tan grandes y tan magníficas, no habéis buscado la única cosa que debíais haber buscado, y, no habiéndola buscado, no la habéis encontrado!... ¡Ya habéis acabado vuestra vida, y ahora... la tenéis perdida!

Cosa grande, excelente, superior son vuestras memorias, vuestros tratados, vuestras obras de física, de química, de mecánica, vuestros interminables catálogos de estrellas; pero ¿de qué os servirán ahora, al fin de la vida, todas estas cosas?

Vuestro nombre será celebrado por todas las partes y por todas las generaciones venideras: tributarán á vuestro cadáver, frío como el mármol y rígido como el acero, solemnes obsequios y pomposas honras fúnebres; quizás le colocarán en suntuoso mausoleo, quizás os eri-

girán estatuas; pero... todos estos honores no pasan más allá del polvo de vuestros huesos!...

Y tú, alma desventurada, ¿dónde has ido á parar? ¿Cuál es tu suerte? ¿Cuál es tu vida ahora? ¿Dónde te hallas? ¿Dónde estás?...

Y en seguida me parecía ver el fantasma del mausoleo de Arago. Porque siempre se me representaba delante de mi vista esa gran figura de la ciencia, pero cada vez la encontraba más desalentada y más desesperada.

El hombre ha nacido para el trabajo, y trabajando encontraremos todos al fin de la vida, con el auxilio de Dios, el fruto. Hemos sembrado, ayudados de Dios, y nuestras mieses se juntarán con las de nuestros antepasados y aumentarán los graneros de la ciencia... para que la humanidad disfrute de esos frutos. Pero al fin de la vida, después de la muerte, ¿cuál será la utilidad personal que saquemos? Ninguna... La única que nos seguirá más allá de la muerte, será la de haber velado y guardado cuidadosamente la fe y las virtudes de nuestra alma. Esto es lo único que Dios nos exigirá entonces: *creer y obrar bien*. Lo demás sin esto nada vale y de ningún precio es á sus divinos ojos!...

Cuando nos pida cuenta de nuestra fe y de nuestras costumbres, sería verdaderamente gracioso que le contestáramos: «Señor, yo no me

he cuidado de ninguna de esas cosas, pero en cambio he descubierto la paralaje del sol...»  
¿Qué vale la paralaje del sol á los ojos de Dios?

El mundo entero no es nada en las manos de Dios, y llegará un día en que todo vuelva á la nada de donde salió. Pero.. ¿las almas?... Las almas las ha hecho inmortales, y para salvarlas ha dado hasta la última gota de la sangre de su divino Hijo.

¡Sí! Todo este viejo mundo cuya corteza nos sostiene; todos esos monumentos con que hemos cubierto su exterior y con cuyas sombras se festonea nuestro horizonte; esos instrumentos tan primorosamente trabajados por la ciencia y por el arte que son el orgullo de nuestros observatorios; esos libros, esas bibliotecas en que están verdaderamente acumulados los tesoros todos de los conocimientos humanos, todo, todo ese trabajo del hombre será por fin polvo y ceniza...

¡Y hasta este mundo mismo, con todas sus estrellas y todos sus planetas, con todos esos soles, centros de otros tantos sistemas planetarios, en fin, todo este universo-mundo que yo contemplo con los ojos materiales de mi cuerpo, y los espirituales de mi pensamiento, toda esa creación de Dios se convertirá algún día en polvo y ceniza!

¡Solamente vivirán las almas!... ¡Solamente las almas no podrán morir!... ¡Dichosas... las que vayan con Dios!... ¡Desgraciadas, y para siempre desgraciadas, las que se pierdan por haber perdido á Dios!... ¡Qué suerte les cabrá sin Vos, oh Dios mío!

¡Bienaventurados los sencillos, bienaventurados los humildes, que caminando solamente por el camino de su sencillo corazón, llegan derechamente á Vos!...

---

Una voz de mi compañero me llevó á otra clase de pensamientos. La estrella *alfa* de la constelación *Virgo* empezaba entonces á entrar en el campo del telescopio...

¡Dios mío, dije, tened misericordia de los que se apartan de Vos!... ¡Salvad sus almas y las nuestras!

A. M. D. G.

¡QUE YO VEA, SEÑOR!





## ¡QUE YO VEA, SEÑOR!

---

**R**EUNIDOS estábamos mis amigos y yo en una sala espaciosa, todos muy preocupados con los temores de próximos trastornos sociales, cuando uno propuso como remedio á la seriedad y casi tristeza que de todos se iba apoderando, que cada uno contara por turno algún hecho edificante y de honesto esparcimiento. Todos unánimemente aprobamos la feliz ocurrencia de nuestro compañero, y dándonos ejemplo aquel amigo de rostro venerable y severo, difícil de borrarse de la memoria de quien una vez le contemple, comenzó á cumplir su compromiso con la siguiente historia.

---

Un médico de cierto pueblo tenía un hijo llamado Luis, y por más esfuerzos que había hecho y por mucho que había aguzado su talento y trabajado durante su carrera, no logró que le acariciara la fortuna, siendo, por el contrario, esta con él tan parca que, solo á costa de grandes sacrificios y privaciones sin cuento, pudo el médico dar estudios á su hijo. En clase de externo asistió este á las clases de un colegio que junto á su pueblo había, y luego que aprobó los estudios de él, fué á matricularse en los superiores á una Universidad de Alemania.

Aquí encontró la buena suerte y protección de un amigo de la infancia de su padre, el doctor von Röber. Este, al conocer en Luis Freilitsch al hijo del Dr. Freilitsch, médico como él y compañero inseparable en toda su carrera, le acogió lleno de cariño, le tuvo en su casa y le cuidó durante la carrera como si hubiera sido hijo suyo.

Al cabo de siete años obtuvo Luis el título de doctor, y al pensar con qué entusiasmo y con qué gozo reciben los estudiantes los diplomas de sus estudios, cualquiera podría fácilmente conjeturar cuán grande sería la dicha de Luis laureado con el supremo y bien merecido título de doctor. Sin embargo, se equivocaría mucho, puesto que Luis no hizo más que llorar



este día, y retirado en su aposento é inclinado tristemente sobre su escritorio, solo pensaba en su desgracia.

Durante los siete años que había pasado entre tan dulces cariños y con tan generosa hospitalidad del Dr. Röber, no era Luis el único que había vivido en aquella casa, sino que además y principalmente formaba las delicias de aquel padre una hija suya, llamada María, y ángel tutelar de aquella reducida familia, por los buenos oficios que con ella desempeñaba.

Luis pués y María eran á los ojos del anciano doctor sus dos hijos, eran un hermano y una hermana, sin que por las continuas ocupaciones en que se veía envuelto, ó por el cuidado que su quebrantada salud exigía, llegase á sospechar ni á figurarse las transformaciones que á la larga había de sufrir el constante cariño de los dos jóvenes.

Luis pués y María se amaban.

Pero ¿sabían, por ventura, que se amaban?... Á lo ménos no se lo habían declarado aún, porque jamás medió entre ellos una palabra de amor, y jamás se veían sino á las horas de comer y en las tertulias de los inviernos, y esto bajo la severa vigilancia de su padre... Mas el día que Luis recibió su título y se presentó con él á su protector, este en presencia de María le

dió muestras especiales de afecto, y abrazándole cariñosamente le exhortó con voz paternal á que mirase por su porvenir, y le dijo: «Trabaja, hijo mío, trabaja siempre, que dentro de muy poco tiempo quizá formarás familia si encuentras, como espero, alguna joven digna de ti con quien te cases...» Al oír María estas últimas palabras se retiró... y cuando volvió al lado de su padre, aún tenía los ojos humedecidos con las lágrimas que había derramado. Luis que lo había conocido, no pudo contenerse y dejó escapar también algunas lágrimas.

El Dr. Röber era rico, y el Dr. Freilitsch era pobre. ¿Podrían pues amarse Luis y María?

¿Y qué hacer en esta lucha? ¿Todavía tenía Luis que pasar un año en la Universidad para escribir y presentar el discurso para el doctorado!

¿Podía, por tanto, continuar viviendo bajo el mismo techo que antes, amando como amaba á la hija de su protector? ¿No pedía la delicadeza y el buen nombre de la familia y su propia honra abandonar cuanto antes aquella casa y retirarse lo más lejos posible? Mas... ¿el marcharse... no equivalía á renunciar al primero y único amor de su corazón y de toda su vida?... Todo esto andaba revolviendo Luis en su interior y atormentábale sin compasión, hasta que

armándose de valor y preparándose para hacer pedazos con sus propias manos su corazón, si fuera menester, salió de su aposento y bajó á tratar con su protector.

El Dr. Röber estaba en su despacho, y Luis entró.

---

María á esta sazón estaba también en su aposento llorando...

Sentada con la labor en las manos, con la aguja inmóvil entre los dedos, y fijos con vaguedad los ojos en el espacio, esperaba con ansia un rayo de esperanza que nunca llegaba, y se preguntaba también á sí misma, ¿qué hacer? Pero la solución en seguida la encontraba. ¿Qué le importaba á ella que fuese pobre Luis?... Era un buen joven y ella le amaba...; pero su padre, anciano ya, que solo por ella había trabajado, y solo por ella vivía ¿lo vería con buenos ojos? ¿lo querría? ¿No iba con esto á entristecer la ancianidad de su padre? Había, según esto, de abandonar á Luis, pero... en seguida le parecía como que se le anudaba la garganta y comenzaba á derramar copiosas lágrimas.

Ábrese de repente la puerta, y entra su padre. Tan de repente fué, que ni tiempo tuvo

María de secar sus lágrimas, viéndose obligada á cubrirse con las manos.

—¿Qué es eso, María?— dijo el doctor. ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

Nada pudo contestar María, porque sintió como deshecho su corazón.

Conmovido también el padre, sentóse junto á ella, y estrechándola contra su pecho, la dijo con ternura: «¡Vamos, hija, vamos, María, no llores, no llores ya! Acaba de hablar Luis conmigo... ¿le quieres tú? ¡Pues, hija mía querida, si así es, no me opondré yo á la felicidad que con él te prometes!...»

Estaba María entre los brazos de su padre como muda, sin que pudiese articular palabra, ni ahogar los sollozos que de su oprimido corazón salían. Después de un largo rato recobró la serenidad y pudo seguir con su padre la conversación. «No hablemos ya más de este negocio, dijo el padre para terminar. Luis es un buen muchacho, honrado, franco, laborioso, y me parece que podrás ser feliz con él. Por otra parte, yo le conozco bien y le quiero. Ahora mismo voy á buscarle y hablaremos.»

—¡Padre mío, por Dios!... ¡No, todavía no! Tengo mucho miedo... ¡Yo no sé lo que me pasa! ¡Permitidme que lo encomiende á Dios primero!

—¡Bien, hija mía! Anda y pide á Dios, sí. ¡Que su divina Bondad nos concederá lo que mejor nos convenga!

María fué al punto á su oratorio, y delante del tabernáculo pidió de rodillas al Señor la iluminase... Allí se consideraba dichosa, y ocupada en tiernos afectos de agradecimiento para con Dios, sintióse repentinamente conmovida, y haciendo esfuerzos como para contener su agitado corazón, se presentó de nuevo á su padre.

Una hora más tarde subió el Dr. Röber á la habitación de Luis con objeto de presentársele á su hija, y cuando bajaban dijo el doctor: «Mi hija María desea hablarte en mi presencia.» Conmovióse á estas palabras Luis, de modo que le pareció saltársele el corazón. «¡Ea, vamos! Ánimo, volvió á decir el doctor,» y ambos entraron en el salón.

Allí estaba María esperándolos. El doctor ofreció á Luis una silla y le hizo sentar enfrente de sí, quedando á su derecha su hija María, la cual, aunque pálida y conmovida profundamente, permanecía ahora con entereza y sin derramar una lágrima siquiera, habiendo reser-

vado para este trance todo su valor, como una virgen á quien pretendiesen llevar al martirio.

—Luis, —dijo ella entonces, sé por mi padre el afecto que V. me profesa, y puedo asegurarle lo que V. hace tiempo ha conocido y no necesito decirle ¿verdad? Pero... este amor entre nosotros es imposible. Hay entre ambos un abismo, en el cual casi estoy segura de que V. no ha pensado nunca.

Luis se estremeció con estas palabras, como si hubiera descargado sobre él un rayo la tormenta más furiosa.

—Somos, Luis, de diferente religión. Usted es luterano y yo soy católica. María al decir esto enmudeció.

En países tan protestantes como Alemania, en los cuales van extendiéndose á la vez el protestantismo y el catolicismo, fácilmente se llega á la tolerancia religiosa, por la cual van olvidándose, por decirlo así, las diferencias en religión. Por esto casi no habían pensado Luis y María cuánto los separaban sus opuestas creencias, aunque habían vivido siempre juntos. La misma María, con ser tan piadosa como era, no pudo librarse de esa especie de contagio... así que al pensar delante de Dios este negocio, sintió como traspasado por una espada su corazón!... Mas no por esto vaciló, antes por el

contrario, comprendiendo su obligación, quiso ser fiel á ella y observar sin arrogancia pero con firmeza, este deber que su religión la imponía. Luis se quedó largo rato en silencio, y luego dijo, aunque con recelo:

—Pero, María, ese obstáculo no es insuperable... ¿No sabe V. que será libre siempre? ¿Cree V. que yo había de oponerme?...

—¡Oh! Sí, Luis, ya sé yo que no. Pero ¿y nuestros hijos?... ¿Vería V. quizás con gusto que fuesen católicos antes que luteranos?

—¡Ah! no,—contestó Luis con toda franqueza, porque estaba de buena fe en el error.

—¿Y cree V. que había yo de estar tranquila, y que me resignaría alguna vez á que mis hijos recibiesen una educación religiosa contraria á mi fe, á que aprendiesen una doctrina que yo tengo por falsa y por una impostura? ¿Cree usted que yo había de contribuir á la condenación de sus almas?

Luis no contestó una palabra.

—Claramente lo conoce V., ¿no es verdad, Luis?—siguió diciendo María. Así que no hay más remedio que el olvido: nuestro amor es imposible.

Luis dirigió su mirada al doctor, el cual, fijos sus ojos en María, no hacía más que llorar de admiración y de ternura. Con esto ya no pudo

contenerse tampoco Luis, sino que dió rienda suelta á las lágrimas, y levantándose se despidió de María diciendo: «¡Adiós, María! ¡Adiós... y para siempre... aunque siento que no podré dejar de amarla nunca!»

—Mas no está todo perdido aún. Una palabra, Luis,—dijo María. ¡Yo veo aún una esperanza para los dos! Dedíquese V. á estudiar nuestra religión y á compararla con la suya... Yo esperaré su juicio definitivo, Luis, y doy á V. palabra que no tomaré ninguna resolución hasta saber lo que V. determina. ¡Ah, Luis! ¡Si al fin llegara V. á pensar como nosotros... entonces!...

Prometió Luis estudiar el catolicismo; se despidieron y María se retiró á su aposento. Allí, delante de un crucifijo, renovó la súplica de siempre de que la iluminase el Señor y le iluminase *á él*, y añadió la protesta de permanecer siempre fiel á sus divinas inspiraciones. Sentóse en una silla porque de rodillas no podía sostenerse, y abrazando al crucifijo continuó orando.

¡Acababa de ofrecer á Dios su felicidad, y sentía su corazón... desgarrado!

---



Pocos días después fué Luis á vivir á un barrio retirado de la población, porque convinieron en que, mientras se resolvía la cuestión de religión que tenía en suspenso su bienestar y retrasaba su felicidad, diese de mano al discurso que había de presentar para recibir la borla de doctor.

En este tiempo no había de pisar las puertas de la casa de von Röber; pero este le buscó un sacerdote católico que le fuese instruyendo y guiando en los estudios y doctrinas de la Iglesia católica.

Luis comenzó su tarea, y de estudiante de medicina transformóse en estudiante de teología.

Varias conferencias tuvo con el sacerdote acerca de los preliminares de la teología, pero todas fueron tan inútiles como largas. Porque acostumbrado Luis al estudio de las ciencias naturales, acudía á ellas en busca de objeciones que presentar al sacerdote, el cual no hallaba modo de resolverlas por estar habituado al estudio de la teología y de la filosofía antiguas. Así que en ellos se veían dos hombres sabios, contemporáneos sí, pero cuya ciencia distaba entre sí algunos siglos.

Comprendiendo bien esto el sacerdote, dejó las conferencias y las substituyó por libros, unos de su propia biblioteca y otros que él compra-

ba ó sus buenos amigos le prestaban. Con esto muy pronto vinieron á juntarse sobre la mesa del estudiante de medicina inmensos tesoros de controversia y de apologética.

Todos ellos los iba leyendo, anotando y examinando Luis con tal deseo de saber, que ciertamente podríamos decir que nadie le había puesto semejante, y nadie había empleado constancia igual. Así se explica que solo en dos meses hubiera andado camino tan largo como anduvo. Pero ¿qué camino?... ¡Ay! ¡el camino que le llevó á otra ruina mayor!...

Porque con su talento claro vió en seguida sin esfuerzo la falta de lógica en las doctrinas luteranas, la inconsecuencia hasta en sus principios más fundamentales, y la pendiente fatal adonde llevan á sus adeptos y el racionalismo en que por último los precipita.

Luis pues no era ya luterano, ni tenía la fe que desde niño habían plantado en su corazón, y con tanto leer y tanto discurrir le parecía á él que solo había obtenido destruir la fe que había profesado hasta entonces. Porque, por otra parte, no se le representaba el catolicismo con toda la claridad que él se había prometido... Los motivos de credibilidad no le llevaban aún al asentimiento... Le quedaban todavía muchos puntos oscuros... Objeciones que muchas veces

había resuelto se le volvían á presentar de nuevo y con nuevas formas... y en la serie de ratiocinios que él mismo formaba para llegar á una verdad, faltábale á lo mejor uno como eslabón que los uniese.

En verdad, Luis no creía ya en nada.

Un Dios criador, autor de la ley natural con premios y castigos reservados para otro mundo diferente de este á los que la observen ó la infrinjan... he aquí en pocas palabras á qué habían quedado reducidas ya las ideas religiosas de Luis.

---

Todas las tardes solían ir, como de paseo, María y su anciano padre á una iglesia inmediata á rezar por Luis. Porque como se hacían á María tan largas las horas con la ausencia de Luis, como agradables cuando le tenían en casa, propuso á su padre pasarlas juntos en la presencia de Dios, para encontrar allí la calma, fortaleza y esperanza que su corazón reclamaba. También recomendó la conversión de un alma á las oraciones del Apostolado de la Oración, al que padre é hija pertenecían.

---

Nunca pierde un alma su fe sino es á costa de grandes tribulaciones, más diré, á costa de un intolerable martirio. Véase una prueba en la siguiente página de Jouffroy. Va describiendo aquella noche en que «bajando como por escalones al fondo de su propia conciencia,» se encontró con que ya no creía nada. «Momento terrible, dice, fué este, y cuando rendido por el cansancio me recosté en mi lecho, me pareció ver cómo se iba consumiendo mi primera vida exuberante de alegría, y abriéndose en cambio otra sombría y miserable que había de pasar yo solo, aislado de mis compañeros y amigos, y preocupado siempre con aquel pensamiento que á ella me había conducido y que estaba dispuesto á maldecir una y mil veces.»

Pues estos momentos de angustia tuvo Luis que pasar... y con este martirio martirizó su alma. Entre estas oscuras sombras de su corazón, siempre aparecía la imagen de María, á quien tanto amaba y á quien iba á perder muy pronto. ¡Horas de desesperación pasaba ya Luis, y muchas veces hubiera preferido la muerte!

Acertó á pasar por casa de Luis el sacerdote un día en que Luis, extraordinariamente excitado, estaba preparando y recogiendo todos los libros que le habían tenido ocupado los tres me-

ses últimos y le habían envenenado su corazón.—¿Qué hace V., Luis,—dijo el sacerdote.

—Estoy preparando todos estos libros para devolvérselos á V. Estoy ya harto de ellos; me han quitado mi fe y no me han dado la que ellos contenían... Ahora me encuentro sin fe, sin esperanza y sin ventura. ¡Soy desgraciado!... ¡Ah! ¿Me podría V. devolver la fe que yo he perdido?...

—Bien hace, Luis,—contestó el sacerdote, bien hace V. en hablar así: eso es una súplica, una oración. Precisamente venía yo á aconsejarle lo que está V. haciendo. Porque está V. buscando con demasiado afán la verdad... y la pide V. poco, es decir, ¡estudia V. mucho y ora poco!

—¡Orar!... ¿y á quién he de orar? Y siguió Luis declamando furioso contra la divina Providencia.

No por esto le interrumpió el sacerdote... porque bien conocía que á medida que se desahogaba la ira de aquel joven desgraciado, tomaba posesión de su corazón la calma y el buen sentido.

—Vamos á paseo, Luis,—dijo el sacerdote entonces. Necesita V. descansar; el tiempo convida á ello con su agradable temperatura y con la hermosura del cielo. ¡Ea, vamos!

Salieron pues los dos y estuvieron largo rato paseándose. Ya iba cayendo la tarde, el relente

de la noche empezaba á sentirse, las estrellas se iban descubriendo, en fin, todo iba ya convidando á dejar el campo. Luis, sin embargo, seguía hablando, diciendo y repitiendo con admirable sinceridad el resumen de sus dudas... sin que el sacerdote contestase á todo más que con palabras de aliento y de confianza. Por fin, de vuelta hacia casa, llegaron al pórtico de una iglesia, y entonces dijo el sacerdote: «Vamos á entrar en esta iglesia á hacer un momento de oración. Usted, amigo mío, rezará por sus necesidades, y yo me uniré á sus intenciones.»

—¿Pero á quién quiere V. que rece yo?— preguntó Luis.

—Á Dios, amigo mío, á Dios... ¿Pues qué, cree V. que no le ha de oír? Pídale luz para ver claramente las cosas y abrazar la fe, repítale una y muchas veces: ¡Señor, que yo vea!

—Vamos,— dijo Luis.

Luis se arrodilló devotamente sobre una silla, y ocultando el rostro con sus manos se puso á orar.

---

Á los pocos momentos después, se oyeron en la misma iglesia unos pasos, después un suave crujir de las sedas de un traje; el sacer-

dote volvió la cabeza y admiróse no poco de ver á María y á su anciano padre que, según su costumbre, iban á orar en favor de Luis.

Este, absorto en su pensamiento nada había oído; pero María que le había conocido en seguida, ansiosa por saber qué era aquello, hizo desde lejos señas al sacerdote para que se lo explicara, el cual juntando las manos dió á entender, y María lo comprendió, que era menester seguir orando al Señor.

¡Oh! ¡y qué de veras se juntó ella con ellos para orar! Con todo su fervor y con todo su corazón postróse delante de Dios y le dijo: ¡Oh, Dios mío!... ¿Cómo es posible que no le oigáis, siendo infinito en bondad y misericordia?».

Lo que pasó entonces por el corazón de Luis nadie lo sabe sino Dios, que iba derramando sus luces y sus gracias en abundancia sobre aquella atribulada alma.

—Luis, ¿qué ocurre?—dijo repentinamente el sacerdote al observar que Luis estaba sollozando.

—Prosiga V., prosiga V. orando,—respondió Luis, me parece que Dios tiene compasión de mí y se digna concederme lo que le pedimos.

—¡Ah, Luis!... Que no soy yo solo quien ora... ¡Mire V.! y le mostró á María.

Quedó al punto Luis como sin sentido. María orando de rodillas, delante del tabernáculo, juntas las manos y levantados los ojos hacia el cielo, le había parecido un ángel, y olvidándose por el momento del silencio del templo, exclamó Luis: «¡María, María!... ¡Creo... creo!...»

Dos meses después de esto, el Dr. Luis Freilitsch fué acompañando al altar de esta misma iglesia á María von Röber, para recibirla en presencia de Dios como esposa.

---

Aquí tenéis mi relato, concluyó diciendo nuestro amigo. Seis meses ha que me visitó en Bruselas un alemán con el objeto de adquirir informes acerca de las Conferencias de San Vicente de Paúl y del Apostolado de la Oración, para establecer ambas obras piadosas en su pueblo y organizarlas en su provincia tal como las tenemos aquí nosotros.

Este alemán se llamaba el Dr. Luis Freilitsch, y de sus mismos labios oí lo que acabo de referir.

A. M. D. G.



UNA DISTRACCIÓN EN LA IGLESIA



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

UNA DISTRACCIÓN EN LA IGLESIA  
ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

THOMAS JAY HARRIS

PROPERTY OF

ES PROPIEDAD

PROPERTY OF



## UNA DISTRACCIÓN EN LA IGLESIA

*Dominus lux mea est.*

El Señor es mi luz. (Mich. vii, 8.)



GOZOSAS iban llegando una á una las jóvenes á la pequeña iglesia por entre la nieve y el hielo, pues era pleno invierno, y tan de madrugada, que las calles estaban todavía medio envueltas en las sombras, barridas solo de distancia en distancia por los rojizos haces de luz de los faroles públicos. Á la entrada marcaban su nombre en un gran cuadro de asistencia; luego, después de una sonrisa de saludo dirigida á sus vecinas, se arrodillaban, sacaban del fondo de una cajita una larga cinta azul y una medalla de plata, se ponían la cinta pendiente del cuello, arreglaban bien la medalla en medio del pecho, se santiguaban,

se recogían un instante con las manos juntas, y empezaban su oración.

Llegaron muchas, unas muy jovencitas, á las cuales el mundo empezaba á sonreír; otras... á quienes el mundo ya no sonreía; pero todas modestas, piadosas, sencillas, y manifestando exteriormente el gozo de su alma por la fiesta de la Santísima Virgen que las congregaba.

El verlas de aquel modo reunidas, tan diversas por su edad, por su traje, por su fisonomía y por su actitud, pero impulsadas por un mismo deseo, causaba una impresión serena y edificante; sentíase allí un perfume de virtud virginal que se elevaba del seno de aquellas jóvenes como del cáliz de aromáticas flores en la primavera.

¡Oraban con tanta devoción!

---

Sonó la hora: dejáronse oír los primeros acordes del órgano, y el sacerdote subió al altar, echó incienso en los incensarios, y plomizas nubes de humo rodearon el tabernáculo, deslizándose sus caprichosas ondas á través de las llamas de las velas y bujías. Bien pronto á los vagos acordes se comenzó á mezclar la voz de una melodía sencilla también, pero dulce y penetrante como una oración.

Me iba dejando llevar de los pensamientos que me invadían, cuando de repente se fijó mi vista en una de aquellas jóvenes. Estaba de rodillas, con las manos juntas ante el pecho, la cabeza erguida, los ojos cerrados, inmóvil, ni siquiera sus labios se movían; parecía absorta en su oración: no sé porqué me detuve á mirarla. Era joven, sin belleza particular, pálida y enfermiza al parecer; su frente no estaba surcada por las arrugas de cuidadosas preocupaciones, y, sin embargo, en su fisonomía se notaba alguna cosa inexplicable, como la marca terrible de quien sufre una desgracia. Yo no me sabía dar cuenta del sentimiento que me inspiraba su rigidez de mármol: era una extraña mezcla de simpatía y temor; aquella inmóvil estatua parecía dominada por cierta angustia mortal.

---

Había terminado el largo prelude del órgano; oíanse los cánticos de voces límpidas y puras, yo escuchaba y seguía con ellas las benditas palabras del *Ave-María*.

Entreteníame en pensar que á aquella misma hora, todavía tan temprana para el gran mundo exterior, muchos hombres estaban descansando con pesado sueño, de sus vanas fatigas; muchos otros, dejándose llevar de la enervante pereza,

se rehacían de la postración producida por sus rastreros placeres; y comparaba la vida de los unos febril, agitada, congojosa, y la vida de los otros vergonzosa, loca, descabellada, con la vida completamente diáfana, sin una mancha, sin una sombra, de aquellas jóvenes arrodilladas.

Me vino el recuerdo de Abraham negociando con el Señor la salvación de Sodoma. Él había obtenido que diez justos bastasen para el rescate de todo un pueblo; pero por más que Abraham hubiera buscado, los diez justos no se hubieran encontrado y no se encontraron.

Á quien conozca el mundo contemporáneo— ¡ay! y el mundo de todos los siglos— le suplico que mida la parte que en él se concede al bien, á la justicia, á la virtud, al deber, y mida igualmente la parte que se concede al mal, á la pasión, al vicio y á todos los apetitos de la bestia humana; y hechas estas partes, que las compare... ¿Sobrepuja, por ventura, el bien... la justicia... la virtud?...

¿Cómo se explica entonces que Dios sufra á la humanidad y que no se vengue de ella? La respuesta es muy sencilla... Hay almas que oran, como oraban aquellas jóvenes... ellas salvan al mundo. Hay almas que sufren como pacientes víctimas; ellas pagan el rescate del mundo.

---



El sacerdote comenzó el Evangelio; hubo ruido de sillas arrastradas sobre el entarimado, todas las jóvenes se pusieron en pie... Yo me volví hacia la estatua... También ella se había levantado con las manos siempre juntas... abrió los ojos.

¡Oh Dios mío! ¡ciega!...

Dos grandes manchas blancas cubrían sus pupilas y daban el color y aspecto del mármol al iris de sus ojos!...

Allí estaba pues el misterio de su fisonomía extraña y de su actitud.

¡Pobre joven!... ¡Ciega! ¡á los veinte años!... Si es que llega á los veinte años. ¡Y ciega!...

¡Agitado de repentino y doloroso sacudimiento mi corazón se comprimió; sentí en mi alma una compasión profunda y tierna, pero punzante, hacia aquella desgraciada, á quien yo no conocía! Quise mirarla otra vez... y eso que la vista de sus ojos me impresionaba dolorosamente.

---

¡Ciega! ¡Ciega!

Aquellas luces cuyo cordón vacilante rodeaba el altar, ella no las veía... Aquella custodia de oro donde reposa Nuestro Señor y Salvador, ella no la veía. Aquella Virgen de Murillo arrodillada delante de su amable Hijo; la mirada de

aquel divino Niño, tan encantadora, tan resignada, tan melancólica; aquellas estatuas con sus diademas de plata y piedras finas; aquellos ramilletes de flores de oro; las vestiduras solemnes del sacerdote; las sotanas rojas y las blancas pellices de los acólitos; el incensario balanceado y despidiendo nubes de humo, ella no lo veía... ¡no ve nada la pobre joven!

Oye en torno suyo á sus compañeras, pero no las ve; no ve las pequeñas vanidades femeniles de su tocado, no las ve sonreír; jamás ha visto á nadie sonreirla... nunca ha visto á su madre sonriéndola... jamás ha visto la radiosa mirada de dos ojos que aman penetrar en su alma y agitarla deliciosamente en el amor...

¡Ciega!... ¡Oh! ¡Ahora comprendo aquella estatua blanca!

---

El órgano y las voces seguían cantando, pero yo ya no los escuchaba; mi pensamiento no se apartaba ya de la infeliz ciega, y buscaba en mí mismo lo que podía ser aquella vida sin luz... ¡á los veinte años!

Cuando Ifigenia iba á la muerte, clamaba: «¡Adiós brillante resplandor del día, luz del cielo, claridad querida! ¡Adiós!»

La luz era para ella la vida... ¡Y no hay luz para aquella pobre joven!...

¿Habéis contemplado en la primavera al sol inundando de luz los árboles en el bosque y las yerbas en el prado?... Las hojas nacientes se desarrollan en el extremo de todos los ramitos, los viejos troncos brillan, y se rejuvenecen sus brazaletes de musgo, las margaritas entreabren sus flores blancas de corazón de oro, las primulas, las rosas, las miosotis azules, las encarnadas amapolas se despliegan y balancean en aquella bellísima luz que las acaricia y las baña.

No hay hojas verdes para la joven ciega, ni árboles musgosos, ni pintadas flores, ni matizadas praderas, ni rosas grises, ni cielo azul con sus cambiantes nubes, ni agua de lago ni de arroyuelo que le refleje su imagen, ni vago horizontes en el fondo del cielo, ni nada de acá abajo, ni nada de allá arriba, no hay nada para la pobre ciega!...

Oye cantar la avecilla, escucha las alegres risas de sus regocijados hermanos, entiende que ellos admiran los objetos que les rodean, y que la naturaleza que revive les entusiasma... Ella no ve nada, y se dice á sí misma: «¡Qué será lo que les encanta!» Le dan flores, y ella palpando pasa sus dedos por el tallo, por los pétalos, aspira su perfume... y nada más... ¡no ve la flor la pobre joven!...

---

No hay para ella más que noche, siempre noche. ¡Y la noche es tan triste, tan larga, tan imponente y aterradora!... ¿Quién no se acuerda de esas noches interminables pasadas en insomnio, y de las horas que se suceden sonando tan lentamente en el reloj de las iglesias y de las torres?... Todo es negro en derredor de mí, y mis ojos buscan, sin descubrir nada, en aquella espesa sombra... ante el espíritu pasan los pensamientos del día, sombríos también y entristecidos; se diría que les envuelve el crespón de la noche y les reviste de un manto fúnebre. Toman proporciones desmesuradas y fantásticas. El disgusto del día se convierte en dolor, el dolor en martirio, la inquietud en angustia, el temor en espanto... Todos los ruidos de la ciudad están muertos, pero en su silencio nacen otros ruidos extraños, inadvertidos durante la vigilia, se acrecientan en aquel misterioso reino de las tinieblas y de las sombras, y nos impresionan é inquietan como lo desconocido; un madero que da un chasquido ó que es taladrado por la carcoma, una plancha enfriada que se contrae, un marco de cristal que el viento hace rechinar en la ventana, producen sobresaltos y hacen palpar violentamente el corazón.

Caminad durante la noche... vuestras manos se extienden hacia adelante inquietas y temero-

sas como apartando los peligros, vuestros pies se arrastran lentamente sobre el piso, por miedo de que no les falte el suelo, el entarimado que cruje, vuestros vestidos que con el roce producen ligero ruido tras de vosotros, y hasta vuestro propio aliento, todo os turba, todo os inquieta, todo os infunde pavor...

Y si es por un camino desconocido por donde caminaís, si el espacio negro que está delante de vosotros oculta probablemente un abismo, si no veis dónde concluye el camino y dónde principia el río, cuyas aguas sentís correr... ¡Ah! ¡qué angustia!... ¡la muerte tal vez al primer paso!... Abrid de noche los ojos, lanzad vuestra mirada en el vacío que se abre delante de ellos... veréis surgir todo un ejército de fantasmas gigantescos, impalpables y vagos, que cada vez se agigantan más y más, se agitan, avanzan amenazadores en su sombrío dominio... y con ellos el terror va subiendo, corriendo y apoderándose del alma...

¡Y esa es la vida de la joven ciega!... ¡la noche, esa tenebrosa noche con el frío de sus ansiedades y la amargura de sus tristezas!...

---

¿Porqué me vienen estos pensamientos?...  
¡Yo he visto bien de ciegos en mi vida, senta-

dos en el camino con su cartel, su escudilla, su perro ó una niña que pide por ellos! ¿Porqué no me venían entonces estos mismos pensamientos? ¿Porqué aquellos pobres no me conmovían tanto como me conmueve esta infeliz?... ¡Tal vez porque es joven, y la juventud tan llena de esperanzas y de alegría forma duro contraste con una enfermedad tan cruel!... ¡Hay otra cosa! ¡me avergüenzo de ello!... pero es, por desgracia, un hecho resultado de ese fatal sentimiento de orgullo que germina en nuestras almas invenciblemente egoístas... Parece como si el pobre fuera un extraño para nosotros, que es de otra casta que nosotros, que está en la naturaleza de las cosas el que sufra, le asociamos instintivamente al dolor; un dolor y un pobre van tan bien juntos, que al encontrarles unidos no nos extraña, es cosa corriente y normal... Ahora bien, esta joven no es pobre; si no es rica, al ménos vive con holgura, su infortunio contrasta con sus vestidos; mi emoción se debe á esa vana apariencia.

¡Ah! ¿cuándo nos penetraremos bien de que esos pobres son nuestros hermanos, son carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, que tienen un corazón como nosotros, que tienen deseos, ansia, necesidad de dicha y de gozo como nosotros? ¿Cuándo sabremos prácticamen-

te que Nuestro Señor Jesucristo se ha colocado en su rango y del lado suyo en la vida, y no del nuestro... que ha querido nacer en un establo, rechazado de todas las posadas, como ellos á veces rechazados igualmente nacen en un rincón de un pajar ó en una choza miserable? ¿Cuándo sabremos esto nosotros, cristianos? ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo lo sabré verdaderamente yo mismo?... ¿Cuándo mi corazón no distinguirá ya entre el rico y el pobre? ¿Cuándo me libraré de esa fútil influencia del oro y de la seda, de la fortuna y del traje, del nombre y del título... de todas esas vanidades del orgullo?...

---

Largo tiempo estuve distraído con tales pensamientos; el sacerdote se retiró del altar, el órgano dejó de emitir su voz sonora... Las jóvenes se fueron marchando en pequeños grupos; yo percibía por la puerta entreabierta de la iglesia el murmullo formado por sus entrecruzadas conversaciones y la risa franca que salía de su corazón. Una mujer tomó la mano de la ciega, apartó á los lados delante de ella las sillas que en desorden obstruían el paso, y suavemente la fué guiando... ¡Era su madre!

La ciega la siguió, derecha y rígida, con los

ojos cerrados, con su rostro impasible y frío, y yo no sé qué de mal seguro y tembloroso!

¡Pobre madre!

¡Oh! ¡cómo olvida una madre sus dolores, y qué gozo la inunda, cuando por primera vez á sus ojos radiantes, á sus manos tendidas, á sus labios abiertos, le presentan á su hijo recién nacido!... Pero si aquel niño que ella se había figurado tan bello, si aquel niño es deforme, si le falta algún miembro, si es ciego... ¡Ah! ¡cómo se desgarran su corazón!...

¡Este desgarrador contraste ha sufrido aquella pobre madre!... y no obstante ha amado á su ciegucecita, la ha amado más que á los demás hijos, la ha rodeado de más tierna solicitud... ¡ha llorado mucho sobre ella!... la ha visto crecer, y lo que con ella hacía siendo pequeñita, sigue haciéndolo todavía ahora; la conduce, sirviéndole de lazarillo.

¡Horas bien sombrías deben pasar por el alma de aquella madre!... Porque se va envejeciendo y se acerca el día en que será preciso dejar á su hija y morir... Y entonces, ¿qué será de la pobre ciega?

¿Quién seguirá amándola entonces?

¿Puede, por ventura, una mano mercenaria reemplazar jamás á la mano de una madre?...



¡Oh Dios mío! ¡cuán ingratos somos y qué olvidadizos de vuestras bondades!... ¡Vos nos habéis dado á nosotros la luz de los ojos; vos habéis puesto palabras en nuestra lengua y en nuestros labios; vos habéis abierto nuestros oídos á la voz de los hombres y á los cánticos de la naturaleza; vos habéis dado á nuestro espíritu el vuelo del pensamiento, la fuerza á nuestros músculos, la vida á nuestra sangre; vos nos habéis dado todo esto: el alma sana en un cuerpo sano... y nosotros no os lo agradecemos! Parece como si tuviéramos derecho á recibir todas esas cosas.

Tenemos gran compasión del ciego, del mudo, del sordo, del idiota y del demente, del paralítico y del enfermo... ¡y no os damos gracias! No se nos ocurre que también nosotros hubiéramos podido nacer ciegos, sordos, mudos, idiotas, dementes, deformes y enfermos... que no teníamos más derecho que esos desgraciados á quienes compadecemos, á lo que nos habéis otorgado con tanta largueza. ¡No os damos gracias!

¡No! ¡no os damos gracias! antes al contrario, nos quejamos, gritamos, acusamos á la Providencia por un poco de ese oro del que no tenemos tanto como quisiéramos, por una humillación de nuestra vanidad infatuada, por

una desilusión de nuestros corazones, por una enfermedad de algunos días, por un dolor de muelas, por un ligero malestar de cualquier género!

¡Oh! ¡cuán ingratos somos!... ¡ingratos y ridículos!

¡Perdonadnos, Dios mío!... y aun cuando sea tarde, recibid hoy al ménos el agradecimiento de mi corazón!

¡Yo os doy gracias, Señor, por haberme dado mi alma con su entendimiento abierto á la verdad y su voluntad abierta al bien!... Y os pido perdón, Señor, por haber abusado tantas veces de estas facultades; de mi entendimiento ocupándole en conocimientos frívolos, y de mi voluntad dejándola inclinarse al mal.

Yo os doy gracias, Señor, por haberme dado mi cuerpo con los sentidos que le dirigen y la fuerza que le anima, con el vigor y la salud, con el libre ejercicio de sus músculos y de sus nervios. Y perdón, Señor, por haber tantas veces vuelto contra vos esos dones que vos nos habéis concedido para servirlos!

La iglesita quedaba ya casi vacía... las capilleras habían vuelto á colocar en sus armarios los ramilletes y las flores, las alhajas y las co-

ronas; habían ayudado á la portera á comprobar el cuadro de asistencia y anotar las ausentes; después, cerrándolo todo con llave, se habían marchado á su vez. Yo me marché como ellas, pero pensando siempre en la infeliz ciega!

¿Es realmente desgraciada?...

La luz que no ve, la luz que le falta, ¿qué viene á ser en definitiva?

Se discutía este punto hace un siglo. Mas desde una experiencia indicada por Arago, realizada luego por Fizeau y después por Foucault, sabemos ya sin género alguno de duda, que no es otra cosa que una vibración transmitida al ojo por un cuerpo luminoso á través de una serie de moléculas de éter que se la transmiten una á otra.

Se os dirá con un rigor que no deja lugar á la menor incertidumbre, el número de vibraciones que ejecuta en una millonésima de segundo la molécula de éter que produce en nuestro ojo la sensación del encarnado, la que produce la sensación del verde, del azul, del violado... Se sabe que ese número varía no solo con el color, sino con los matices sumamente próximos al mismo color. Todo esto se sabe.

Esa vibración transmitida al ojo determina en

él otra vibración correspondiente en las extremidades nerviosas — bastoncitos ó conos — de la retina; y estas, en fin, la trasmiten por el nervio óptico al cerebro.

Ningún físico, ningún fisiólogo me negará nada de esto.

De modo que en realidad lo que no tiene esa joven, lo que le falta... es simplemente una serie de vibraciones de naturaleza especial en una región determinada de la pulpa nerviosa que llamamos cerebro.

Disecando de esta suerte las cosas, con escalpelo materialista, pero correcto y verídico, no aparece que su mal sea gran cosa.

Desde el punto de vista absoluto no cabe duda que eso es lo que sufre; y lo mismo sería si cualquier otro órgano de sensación se encontrara en un hombre sin ejercicio por defecto de mecanismo ó de uso.

---

Pero esa excitación del cerebro por la luz determina en el hombre un encanto, un gozo, una satisfacción al ménos, que falta, por consiguiente, á la pobre ciega...

Es bastante difícil juzgar de esto correctamente.

Yo concibo muy bien el placer experimen-

tado por la sensación del oído; puedo, en efecto, no ver el órgano y aun no ver nada, y gozar, sin embargo, deliciosamente de las melodías que en él se tocan, de las armonías que desarrolla.

Puedo igualmente concebir con exactitud el placer causado por el perfume de una flor, que aspiro en el aire que pasa, y lo mismo la dulce sensación de mis dedos al palpar la seda ó el terciopelo, sin ver ninguna de esas cosas.

Pero es difícil aislar el placer causado por la simple vista de las cosas; por la sensación de la luz y de la sombra, de los colores y de los matices de cada color, por su conformidad ó su contraste. He aquí porqué. Los otros sentidos no nos dan á conocer las cosas más que por un solo lado, la vista nos hace conocer su conjunto; el conocimiento por la vista, sin ser total, es mucho más completo que el que nos viene por cualquier otro sentido. Y por esto el placer causado por la vista no es simplemente un placer de sentido, se complica con el placer del espíritu, que goza en conocer, y entrando en seguida en pleno ejercicio despierta asociación de ideas, pone en juego la razón, el deseo, la voluntad, conmueve toda el alma humana.

---

Lo que falta á la pobre ciega es el placer de este sentido solamente... ¿Es muy considerable semejante placer cuando está aislado? Lo ignoro, pero me cuesta trabajo el creer que sea comparable á los placeres causados por la música.

Un hecho sencillísimo me parece que lo hace presentir. Poned ante los ojos de un niño ó de un hombre ignorante los fenómenos y las teorías de la óptica, un espectro solar bien amplio y bien puro, y tendrá reunidos en aquella cinta multicolor todos los placeres que puede causar la sensación aislada de la luz. ¿Pero le conmoverá esto mucho? Por el contrario, poned delante de él colores infinitamente ménos bellos, pero esparcidos en un lienzo en que el pincel del artista ha trazado alguna gran escena de batalla, ó las peripecias de un naufragio, ó un drama íntimo... La emoción es muy diferente... mas ahora no están solos allí la luz y el color, ni es únicamente el ojo el que obra.

Ahora bien, si falta á la joven la emoción producida por el sentido de la vista, puede, no obstante, valiéndose como de un rodeo del oído, llegar á gustar todos los demás.

La enseñanza, la palabra que hace ver al oído, como la luz hace ver á los ojos, introducirá en su espíritu los conocimientos que encantan, que

despiertan el deseo, excitan la voluntad y agitan el alma entera.

---

Habr , ciertamente, en esta manera de comprender un lado incompleto; verá las cosas como se las ve en una descripci3n literaria, en un cuadro escrito 3 hablado... Es indudable que estos no tienen la intensidad, ni la precisi3n, ni la nitidez del cuadro pintado 3 de las cosas vistas, pero en cambio la indecisi3n misma, lo vago de aquellos da rienda suelta 3 la imaginaci3n, que los completa 3 su gusto y los hace encantadores.

Y aun esta desventaja no es verdadera y real más que para los objetos de nuestro conocimiento que revisten un exterior sensible, para todas las cosas revestidas de materia y de cuerpo, mas para los conocimientos más elevados, para la verdad inmaterial desaparece semejante desventaja... El alma de la joven está abierta como la mía, no tiene la vista corporal pero tiene la vista espiritual, y sondea los horizontes inmensos de la verdad... como yo  qu  digo?  mejor que yo!

 Qu  me hacen cuando trabaja mi pensamiento, qué me hacen esos mil objetos colocados ante mí, en derredor mío, desplegando sus con-

tornos, sus relieves y sus tintas, qué me hacen sino solicitar incesantemente mi atención voluble y apartarla de su trabajo? Y cuando á la fuerza quiero fijar mi espíritu, ¿qué es lo que hago?... Pongo mis dos manos sobre mis ojos para hacerme ciego, cierro mis dos oídos para hacerme sordo, aniquilo cuanto me es posible esos sentidos que me turban y distraen.

La pobre joven en la negra noche que rodea su alma, está en comercio más fácil con el pensamiento, le ve, se enamora de él, le persigue, le alcanza, nada la separa de él, van de la mano como dos amigos.

---

Y no es esto solamente... Porque ¿qué es en fin de cuentas todo ese conocimiento del sentido y de la inteligencia en el hombre?... ¿Qué es esa ciencia de la materia y del pensamiento? ¿Qué son esos placeres del cuerpo y esos goces del alma? ¿Está, por ventura, en eso la felicidad?... Pues ¿y la muerte?...

¡Ah! ¡pobre ciegucecita mía! ¡Tú crees, tú esperas y oras! ¡Ese mundo que tú no ves, nada te dice, es verdad! ¡Pero Dios habla á tu alma, el Señor es tu luz! *Dominus lux mea est.*

En ese mundo que tú no ves, hija mía... se



muere! Tú no has visto jamás ningún muerto ni muerta... tú no has visto jamás el cuerpo inerte y amarillento, rígido y frío, del que se ha ido la vida, y que en seguida va á ser ocultado bajo tierra; pero tú sabes lo que es morir...

El Señor te ha dicho en la noche de tus ojos y en el silencio de tu alma, Él te ha dicho por boca de tu madre que la vida rápida y corta que vivimos aquí, no es más que el campo de ensayo de nuestras voluntades libres... No estamos aquí más que para servirle y amarle... Él ve cómo, usando de nuestra libertad, amoldamos nuestra alma á ese divino servicio y á ese divino amor... Él nos deja obrar y aguarda; todos los que vivimos estamos pasando por la prueba. La muerte es el fin del ensayo, la hora del juicio, del castigo ó de la recompensa.

Tú lo sabes, hija mía, como lo sabemos nosotros; esto lo has visto tú, como lo hemos visto nosotros, en esa luz del Señor, que es la fe de nuestras almas. Tú sabes que no tenemos que hacer otra cosa en este mundo; que todo lo demás es vano, como el humo, como un soplo.

¡Y en esto te ocupas tú!...

¡Ah! ¡pobre ciegucecita mía, ten compasión de nosotros!

---

También nos ocupamos nosotros en eso; pero ¡desgraciados de nosotros! mientras que la luz del Señor esclarece nuestras almas, la luz del mundo, la luz de las cosas creadas entra por nuestros ojos en nosotros y penetra también, viva y vibrante con sus espejismos y su brillantez, en nuestra alma, y la aturde y fascina con su esplendor... ¡Oh! ¡cómo palidece entonces y se amortigua la luz divina! En esas ondas luminosas que arroja sobre nosotros el mundo, ¡qué de fantasmas voltean!... el fantasma de la gloria y del honor, el fantasma de la riqueza y del poder, el fantasma del amor y de la belleza, el fantasma de la voluptuosidad y de la embriaguez. Esos fantasmas pasan y vuelven á pasar, sonrientes y halagüenos, llenos de encantos y de promesas, llenos de seducción y de atractivos fascinadores... y donde Dios clamaba poco ha: «¡Amadme, servidme!» ahora sus voces insidiosas gritan á su vez: «¡Amadme, servidme!»

Tú no ves, ciegucecita mía, esas cosas tan esclavizantes y tan engañosas, tú no ves todo ese brillante esplendor del mundo.

Tú no escuchas más que á Dios... el Señor es tu luz.

¡Ah! ¡ciegucecita mía, ten compasión de nosotros!

---

Porque, ¿sabes tú lo que hacemos nosotros, lo que hacen ¡ay! la mayor parte de los hombres? Seducidos y engañados dejan á Dios y se van en pos de la gloria, de la honra, de la riqueza, del poder, de la belleza, del amor, de la voluptuosidad, de la embriaguez, de todas esas cosas exteriores, insustanciales y vanas, cuya luz les ha entrado por los ojos... se van tras ellas, las aman y las sirven...

Y ¿sabes lo que en ellas se encuentran, hija mía? La amargura devoradora de las decepciones humanas; todos esos vanos fantasmas los engañan, y después de haberlos engañado, se ríen y se burlan de ellos... en el momento en que creían estrecharlos entre sus brazos, se les escapan y vuelan riéndose á carcajadas...

¡Oh, las traiciones de las criaturas visibiles!...

¡Tú no las conoces, hija mía; da gracias á Dios por ello!

Mientras tanto la vida pasa... ¡camina tan veloz!... ¿Y Dios?... ¿Y la prueba?... El hombre no piensa ya en eso... Engañado veinte veces, veinte veces juguete de la traición... sigue, no obstante, corriendo tras de esos fantasmas mentirosos, sin cuidarse del término, sin pensar que al fin, que llegará presto, sonará la hora del juicio y del castigo, como un loco que corre ha-

ciendo sonar sus cascabeles, danzando y riendo, y un poco más allá, delante de él, inmóvil, está el abismo!

---

Cuando Dios dé sus órdenes á la muerte... tú estarás dispuesta, y las bellezas del cielo se abrirán á tus ojos que no habrán visto nada de las vanidades de la tierra!...

Cuando Dios dé sus órdenes á la muerte... ¿estarán ellos dispuestos? ¿y qué provecho habrán sacado de las vanidades de la tierra que hayan visto?

---

¡Oh, vosotros los que no veis, rogad por los que ven!

A. M. D. G.

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA





## ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

---



HABÍA recibido órdenes *El Valiente* de vigilar una de las costas de la gran Antilla y de impedir el desembarque de gentes, armas y municiones, destinadas á los indígenas sublevados.

Teníamos delante la inmensa curva de las playas desiertas, que se confundían con el nebuloso horizonte. Anclado hacía ocho días, *El Valiente* vigilaba y se aburría soberanamente; así que, para matar el tiempo á bordo, los oficiales reunidos en el camarote del capitán contaban cuentos, historias y chascarrillos, y, una vez promovido el buen humor y la confianza mutua, cada uno por turno había llegado hasta á contar su propia novela, la novela de su vida.

El capellán escuchábalo todo con indulgencia; y conocedor de la gente de mar, cuando llegaba algún pasaje escabroso, se ponía un poco más serio, y el narrador tenía que abreviar ó, dando algún rodeo, matizar su relato con algún eufemismo. Cuando se agotó la materia, tuvieron los oficiales la picaresca ocurrencia de pedir al capellán que también él les refriese su novela. Pero él se defendió diciendo: «El sacerdote no tiene novela, y aun dado que la tuviera, vuestros novelistas no la podrían escribir.»

—¿Y porqué no?—exclamaron algunos en son de protesta.

—Porque son absolutamente incapaces; para pintar bien los afectos, las luchas de un alma, es menester haberlas sentido ó presentido al ménos.

Pues bien, los novelistas á la moderna no saben lo que es un cura, porque no han sido curas. De Zola, ese infame escritor, se cuenta que para inspirarse en una novela de ferrocarriles vivió no sé cuánto tiempo en el *ténder* de una locomotora.

—¡Ya se necesita humor!

—Cierto, pero, para el objeto, si no era enteramente necesario, era muy conveniente. Así, para trazar la novela de un presbítero se había de empezar ante todo por ser sacerdote. Debía



haberse pasado por la lenta y prolongada iniciación, que comienza por la cuna en el pudoroso y tierno amor de una madre cristiana, y continúa en la infancia gracias á los cuidados, con que protege el alma de su hijo, afanosa, desvelada, extendiendo sobre él las alas del amor para ocultar á sus ojos lo que pudiera mancharle, é impedir que lleguen á sus oídos palabras que pudieran profanarlos, rodeándole, en fin, de esa atmósfera casta y amante que forma los corazones vírgenes. Debía haberse proseguido la juventud en el aislamiento del mundo y de las pasiones mundanas, en el silencio apacible de los seminarios y los claustros; haberse fabricado, aun en medio del mundo, una como ciudadela ó ciudad de refugio en el retiro de la casa cural, al pie de los altares y de los santos tabernáculos; allí donde expiran los rumores que turban el alma, se desvanecen los locos pensamientos de la tierra y se hielan los fuegos febriles de las pasiones humanas. Y sobre todo debía haberse vivido con esa vida sobrenatural que modela los corazones esforzados, que doblega al hombre por el hábito del vencimiento propio, que da su verdadero valor al deber, delante del cual todo cede, que empapa el corazón en las corrientes de un amor más grande que todos los demás amores, el

amor de Jesucristo, que tiene en nada la vida temporal y coloca el supremo fin de la existencia no en el féretro sino más allá, en el cielo y en Dios!

—Parece que se entusiasma V., *Páter*, —dijeron los oficiales.

—Pues aún no he concluído. Ahora bien, cuando se le ocurre á un sacerdote escribir la novela de un cura, desde el primer paso se encuentra detenido sin poder seguir adelante. El cura no tiene novela, como no la tiene ninguna mujer honrada. El cura, absorbido por las ocupaciones de la caridad, de la abnegación, del estudio; lejos del mundo, de sus diversiones, de sus locas alegrías, en el pacífico recinto de su iglesia, de su humilde casa y huertecillo, atendiendo á catequizar á los niños, acudiendo al hogar del pobre, á la cabecera de los enfermos y moribundos, á la fosa de los muertos, el cura no tiene novela, no tiene tiempo para eso.

Lo mismo que le sucede á la mujer honrada, que consagrada enteramente al cuidado de su esposo y de sus hijos, á su familia, se libra por completo de los ensueños y naderías del tocador de las *bellas*, de las interminables confianzas de salón, de los pasatiempos de excursiones, viajes, baños de mar, etc., y, por lo mismo, disfruta de una vida tranquila, apacible, dicho-

sa, muy llena de ocupaciones pero sin ninguna de esas situaciones anormales, de esas pasiones vehementes que constituyen sin duda la trama novelesca, pero que matan, si no la vida, al ménos la virtud, el valor y hasta á veces la propia honra.

La novela del cura empieza el día en que desfallece en el cumplimiento de sus sagrados deberes, y entonces no hay que ver allí al cura sino al hombre, al hombre tornadizo, al hombre cobarde consigo mismo, al hombre caído y manchado. ¿Y para qué pintarlo así? Para eso basta fijarse en cualquiera de los infinitos miserables que no visten sotana.

Á pesar de tan concluyentes razones, los oficiales insistieron en que había de contar su novela, y lo supieron hacer con tanta gracia, que el capellán cedió por fin.

He aquí, si no la suya, la novela de su amigo.

---

Éramos él y yo amigos de la infancia. Nuestros padres servían en el mismo regimiento, y nuestras madres se amaban como dos hermanas; habíamos cursado los mismos estudios con los mismos maestros; en fin, nuestras dos vidas eran una. Nuestros camaradas nos llamaban, «yo y el otro,» recordando un libro de Maistre, de

que les habían hablado. No creo que yo tuviera un solo pensamiento oculto para él, ni un solo sentimiento de mi corazón. Tenía recto juicio y muy buen corazón.

Desde los principios de nuestro año de retórica hicimos, bajo la dirección de un excelente maestro y Padre espiritual, lo que se llamaba en el colegio «unos Ejercicios de vocación.» Hicimoslos como á hurtadillas y á espaldas de nuestros compañeros en los intervalos de clase á clase, ó de estudio á estudio.

No conozco nada más trascendental y conmovedor que esos Ejercicios religiosos en que un joven se pone cara á cara con Dios y le pregunta: «Señor, haced de mi vida lo que os agrade... Vos sois mi dueño, heme aquí pronto... ¿Qué mandáis, Señor?» Y después rompiendo mentalmente todas las lazadas del corazón, todos los atractivos del alma, dispuesto á marchar por todos los caminos, indiferente á todo, espera y escucha.

Ahora bien, Dios responde... Responde con la misteriosa voz de sus inspiraciones y su gracia, no con voz perceptible al oído, pero sí con llamadas que hacen palpar el corazón en el pecho, con un no sé qué, que atrae, que se apodera del alma y la cautiva, y, á pesar de las rebeliones de carne y sangre, la subyuga y la vence.

—¡Pero todo eso tiene trazas de sermón, *Pá-ter!*—dijo interrumpiéndole el capitán.

—Dispense V., capitán, es el proemio de la novela prometida; pero necesariamente ha de tener algo el sabor del terruño, algo de sacristía, que indique su procedencia; no hay más remedio que resignarse.

Pues señor, reanudando el hilo, diré que cuando salimos de aquel triduo de Ejercicios en que habíamos estado completamente en silencio, nos miramos el uno al otro sonriendo:

—¿Y bien?—me preguntó él.

—¿Y tú?

—No, tú primero.

—No... echemos á cara ó cruz.

Yo tuve buena suerte, y él tuvo que responder:

—¡Sacerdote!

—¡Y yo también!

Al comenzar este estudio sobre lo porvenir, el primer consejo de nuestro Director, el más importante según él, y sobre el cual insistió todos los días, había sido: «Reflexionad bien, maduramente, una y otra vez; no os decidáis hasta que veais claro, pero entonces que sea para siempre y sin vacilaciones.» Nos habíamos penetrado vivamente de esto, y en verdad que lo que habíamos dicho á Dios era irrevocable

para siempre y sin vacilaciones. Teníamos todavía dos años por delante para concluir los estudios del colegio; en ese intervalo ¡qué de acontecimientos podían sobrevenir!... como sobrevinieron...

—Vamos, ya empieza á salir la novela.

—Pero suceda lo que suceda, seremos sacerdotes, y con el auxilio de Dios, como lo vais á ver, lo fuimos.

---

¡Sacerdote!

Para muchos hombres de nuestra época, esa palabra no evoca más que la idea de un individuo de la clase media que vive en una posición poco lucrativa, pacífica, que exige algunos sacrificios desagradables, pero que en cambio está libre de ciertos cuidados terrenos. No la desean para sí, y como tienen un corazón sensible, compadecen á los que han elegido, como ellos dicen, esa carrera.

Mas á los hombres de fe, Dios les da luces que iluminan la verdadera naturaleza de las cosas.

Para Dios, en la vida, en la humanidad, en el mundo no hay más que una cuestión, una sola, en cuya comparación todas las demás no son nada. Á saber, si esas almas libres que van

y vienen, y se cruzan, y se agitan en ese hormiguero humano y se disputan todos esos microscópicos intereses fútiles, visibles, que se llaman fortuna, honor, dicha, gloria; si esas almas quieren ó no quieren salvarse. Para Dios no hay más que esto, la santificación de las almas. Todo lo restante desfila delante de Él como si no existiera.

—¡Vamos, de nuevo comienza el sermón!

—Déjenme proseguir...

Cuando Dios llama á un joven y le dice: «Sé Ministro de mis altares,» le asocia á su gran obra, hace de él como otro Cristo; le entrega las almas, esas almas tan amadas y por las que su Hijo derramó á poder de tormentos toda su sangre: *Pasce agnos*. ¿Y no veis lo que entonces significa esta palabra Sacerdote? El sacerdocio es el honor supremo, la más encumbrada de todas las dignidades. ¿Qué importa pues que en la vida sacerdotal haya horas terribles y días amargos! ¿Qué importa la soledad y la austeridad de la vida! ¿Qué importa si á lo largo del camino no va uno recogiendo más que desprecios é ingratitudes! ¿Qué importa que nos calumnien y que nos maldigan!

¿Creéis que no vale nada el estar asociado con Dios á la gran obra de la Providencia?... ¿Creéis que nada significa sentir uno cada día en el altar

que el Corazón de Cristo palpita entre nuestras manos y en nuestro corazón? ¿Creéis, en fin, que no es nada eso de salvar almas?

Pues yo os puedo asegurar que no hay nada en la tierra tan dulce, nada tan bueno, nada tan delicioso y suave, nada que mueva el corazón con palpitaciones de emoción más divina, nada que mueva á lágrimas más consoladoras como el traer á los brazos de Dios un alma, una sola alma! Esto lo afirmo porque lo sé.

—¡Ah, *Páter*, qué lejos está todavía la novela!

—Pues nunca ha estado más cerca.

El cielo nos llamaba á los dos al sacerdocio, y era grande la alegría que se desbordaba de nuestros corazones; ni al uno ni al otro nos preocupaba nada de la tierra.

---

Llegaron para nosotros las tan deseadas vacaciones, y desde el colegio volamos á la ciudad en que entonces se encontraba de guarnición *nuestro regimiento*, como le llamábamos nosotros.

¡Qué alegría volver á ver á la familia! ¡Qué abrazos y qué besos tan repetidos y tan cariñosos! Nosotros éramos ya unos hombrecitos. Nuestras madres nos cogían del brazo y nos



hablaban de cosas más confidenciales é íntimas: estaban santamente orgullosas de sus hijos, y pensaban en la hora, que se iba acercando, en que ellos serían el báculo de su vejez.

El tiempo que se pasaba demasiado de prisa lo desmigajábamos casi todo en visitas de cumplido. Sin embargo, había un círculo de personas que en aquel tiempo me eran por extremo simpáticas.

Cinco ó seis familias de oficiales habían formado una tertulia sin pretensiones, pero sumamente agradable. Los papás departían entre sí y fumaban, las mamás hacían alguna labor de aguja ó jugaban á algún juego inocente, y... por supuesto hablaban siempre, y los niños, eso bien lo sabía yo, porque niño era yo entonces, corrían por el jardín, divirtiéndose con todos los juegos propios de su edad, cantando y hasta bailando...

—¿Cómo, V. *Páter* ha bailado también?

—Pero no los bailes de ahora, aquello era más sencillo y más ingenuo. Había sobre todo en aquella tertulia una cordialidad tan franca, una intimidad tan sincera y tan total carencia de la enojosa etiqueta, que pienso no haber encontrado más verdadera amistad y más dicha ni aun entre personas que une una misma sangre. Aun ahora mismo, después de treinta años,

cuando esos recuerdos vuelven, me siento deliciosamente conmovido, veo á todos y á todas, pareceme reconocer sus fisonomías, oír su voz; los llamo por sus nombres... ¡Dios mío, cuántos han muerto ya!

Pues bien, en aquella ocasión y durante nuestra ausencia, el círculo de los contertulios se había agrandado, y cuando fuimos, nos presentaron al brigadier R..., á su señora y á sus dos hijas Enriqueta y Eufrosina.

El padre con una hoja de servicios brillante y viendo relucir en lontananza los entorchados de mariscal y aun de capitán general, era el regocijo de la sección de gente grave. Su esposa, de mayor edad que nuestras madres, era por su finura y amabilidad modelo de señoras. Enriqueta, que tenía unos veinte años, estaba en medio de los dos extremos de los mayores y los más pequeños, era la inseparable compañera de una hermana mía de su misma edad. Á ellas dos no les mandaban retirarse cuando había secretitos que decir, en tanto que á nosotros nos decían: «Id á jugar, ya volveréis luego, en seguida.» Por lo cual nosotros nos alejábamos refunfuñando y mirando de reojo, mientras murmurábanos interiormente que ya estaría bueno lo que iban á contar allí cuando nos mandaban salir fuera.

Eufrosina, más joven que su hermana, tenía derecho á alternar con nosotros. Era una niña rubia, muy buena, muy viva, siempre sonriente, acabadita de salir, como de un invernadero de rosas, del Colegio del Sagrado Corazón.

—Vamos, ya está aquí la novela.

—Pasamos bien el rato en aquella primera entrevista, y al día siguiente, que era domingo, nos volvimos á encontrar todos en misa: después nos paseamos juntos en la plaza de Armas, en donde tocaba la música del regimiento.

Allí nos despedimos de todos, porque el día siguiente, lunes, era el término fatal de nuestras vacaciones y había que volver al colegio.

---

Mi amigo no era el mismo.

No tardé mucho en notarlo, además de que él se apresuró á decírmelo... Eufrosina le había hechizado, y por encima de los versos de Horacio y de Virgilio, por encima de las fastidiosas páginas del Gradus y por delante de las cifras blancas de la tiza sobre el negro tablero de matemáticas, por todas partes y siempre flotaba delante de sus ojos una imagen, la de Eufrosina... encantadora!

—¿Y lo era en verdad?

—Pues... he vuelto después á ver su retrato

en una fotografía que ya amarilleaba, y cierto que no parecía una maravilla.

Desde ese día empezó para mi pobre amigo la consabida historia de los primeros amores con sus timideces, sus risibles tonterías, sus ensueños embelesadores, sus locos temores, sus desesperaciones á lo Werther y... otra vez volver á empezar con nuevas esperanzas. En todos sus cartapacios, en la margen de todos sus libros y en todas las clases de estilo y de rasgos aparecía una letra escrita de su mano, la E. Naturalmente escribió elegías y endechas, y como nuestro profesor nos ejercitaba en todo género de composiciones poéticas, siempre las encabezaba con: «Dedicada á E...»

Al sorprenderle en estos desahogos de su pasión no podía á veces reprimir la risa; y él se enfadaba y se quejaba amargamente de mí, no pudiendo entender cómo se pudiera nadie reír y ménos yo de lo que llenaba su corazón.

¡Pobre amigo mío!

Paseábamos bajo la hilera de árboles del patio en que teníamos los recreos, y después de larga conversación le interrumpí bruscamente y le arrojé á la cara esta pregunta que decidía de nuestro porvenir:

—¿Luego no piensas entrar en el Seminario?  
¿no piensas ordenarte?

Me miró fijamente por largo rato como si quisiera penetrar en mi alma, y después con voz firme pero conmovida profundamente:

—Sí,— me respondió, mi resolución es irrevocable, ¡ofreceré á Dios este sacrificio!

—¿Pero, entonces porqué alimentar en tu corazón?...

—No prosigas, sé lo que me vas á decir, sé que tienes razón, ¿pero qué quieres?... ¡la amo!

—Pues bien, cástate.

—¡No! Y añadió bajando la cabeza y con triste acento:— yo obedeceré, ya lo verás.

—¡Ah!— exclamó sonriendo el capitán, ya sabemos lo que eso significa; lo de los pilluelos de la calle, que no pudiendo entrar en espléndido comedor del *restaurant*, miran al escaparate y tienen que contentarse con el olor.

—¿Y quién no sabe eso? Esa es la historia del hombre, tan vieja como el mundo.

«¿Porqué no comeis de ese fruto?» preguntó el tentador á Eva.

Eva respondió: «Dios nos ha prohibido cogerlo.»

Buena respuesta... Mas entonces, ¿porqué seguir contemplándolo, porqué deleitarse en su hermosura?

Este es el eterno problema del pobre corazón humano. Desde luego se presenta delante

el deber rodeado de claridad: «Dios me lo prohíbe... yo obedeceré,» y esta voluntad es sincera... Pero si así es, ¿porqué detenerse, porqué no huir? No, el fruto fascina—¡es tan hermoso!—y los ojos se vuelven á mirarlo. Ejerce una atracción que parece irresistible; uno se acerca: «No, no lo cogeré, Dios me lo veda, yo obedeceré.»

Y he aquí que llega hasta los perturbados sentidos el perfume del fruto... ¡es tan delicioso su olor!... ¡Pero tienes que huir, pobre corazón, tienes que huir! «¡Oh, déjeme gozar siquiera de su aroma unos momentos; no, no alargaré la mano á cogerlo, y eso es lo único que Dios ha prohibido!»

—¡Otra vez volvemos al sermón!

—No, vuelvo á mi tema. ¡Ah! ¿porqué no hemos de tener siempre á nuestro lado un corazón recto, una mano ruda y firme para arrancarnos y alejarnos de la fascinación de los frutos prohibidos?

¡Qué dédalo de confusiones y contradicciones es el pobre corazón humano! Durante dos largos años estuve presenciando esta lucha en un corazón que apenas tenía diociocho años; vi sus combates, sus derrotas, sus victorias, sus tormentos, sus sacrificios... sus locuras. Sí, sus locuras; pues locura era é imprudente y cruel

desvarío tejer así con sus propias manos tan fuertes lazos, diciendo al mismo tiempo: «ya los romperé á su tiempo.» Locura es forjar una cadena y aprisionarse en ella diciendo: «ya la romperé.» Locura es soñar con un imposible... Mas quien no tiene compasión de esas locuras, no entiende una palabra del corazón humano...

¡Pobre corazón que, no digo á los dieciocho años, sino toda la vida no hace otra cosa que soñar con lo imposible! Este lo gasta, lo consume y lo mata.

Así le vi agitado por olas contrarias en el flujo y reflujo incesante de las influencias del cielo y la tierra. «Ven,» le decía Dios. «No vayas todavía,» le decía su corazón. «Todavía no es hora.» Y cada día su corazón hablaba más alto. Y cada día la voz de Dios se iba amortiguando más. Y sin embargo siempre respondía por último: «Yo seré enteramente de Dios.»

En las horas más críticas de lucha, un deseo dulcísimo se insinuaba en su alma... ¡Ah! ¿y si no me llamara Dios?... Pero Dios le llamaba siempre. ¡Qué de veces le vi al pobre llorar!

---

Sobre su sueño de amor se extendía una sombra. Bien sabía que amaba á Eufrosina, pero ¿ella le amaba á él?

Lo más sencillo hubiera sido preguntárselo; mas á los dieciocho años, ingenuo, desmañado, como lo son todos en esa ingrata edad del hombre, era también lo más embarazoso. Bien hubiera querido que yo me encargara de averiguarlo, pero yo me negué en absoluto para no empujarle hácia adelante en aquel callejón sin salida. Por otra parte, aunque nuestras madres nos dejaban en mucha libertad, no por eso dejaban de vigilarnos muy de cerca; siempre estábamos todos juntos, y una entrevista á solas, por breve que fuese, provocaría en seguida serias reprimendas.

Una circunstancia inesperada satisfizo sus deseos. Durante las vacaciones de Pascua todos habíamos puesto en nuestra habitación nuestros altarcitos á la Virgen. Y se convino en que habíamos de ir todos juntos á verlos. Pues bien, en una de esas visitas, mientras que formando círculo todos los demás se aproximaban para ver mejor y admirar los adornos de flores, mi amigo alargó á hurtadillas su mano hacia Eufrosina, y esta la estrechó vivamente en la suya.

Ni una palabra se dijeron; nada más que aquel apretón de manos, pero se entendieron en seguida. Y desde entonces sus ojos se dijeron lo que no se atrevían á decir sus labios. Cuando volvimos al colegio mi amigo llevó



consigo una hoja de laurel que ella le había dado sin ser vista, y en la cual con puntos de alfiler había escrito E.

Pasó el invierno y la primavera sin que bajase la fiebre; y á veces me preguntaba: ¿Cómo concluirá esta peligrosa aventura?

—Este idilio, señor capellán; no sea V. demasiado severo.

—Es que cuando en estas cosas interviene de un modo especial Dios, yo tengo miedo.

Á los fines de Agosto y dos días antes de que nosotros volviésemos del colegio, la señora del brigadier moría, víctima de un ataque de tisis.

En aquella casa de luto no había ya lugar sino para la tristeza y las lágrimas; nunca olvidaré cómo se me oprimió el corazón cuando al ir á dar el pésame, vi entrar en el oscuro salón al brigadier, encorvado, desconocido, rojos los ojos de llorar, y detrás de él Enriqueta y Eufrosina, pálidas y envueltas en sus crespones de luto.

El brigadier me abrazó estrechándome fuertemente contra su pecho. «¡Ella te quería mucho! ¡mi pobre María! me dijo, ¿ya rezarás por ella, verdad? porque yo... no sé rezar.»

Después de un instante de conversación de esa tan difícil de sostener en los duelos, me

llevó al jardín y me enseñó un macizo de *lobelias* azules, en cuyo centro con flores botones de oro había escrito: María.

—Para ella lo había sembrado,—añadió, desde su cuarto lo podía ver... Después de una pausa exclamó: «¡Nada! esto me mata sin remedio; no tardaré en reunirme con ella... Porque... ¿no sabes? así me lo ha dicho ella misma. Esas fueron sus últimas palabras: no te apenes, hijo, antes de un año vendrás conmigo!...»

En nuestras reuniones de entonces no vimos á las dos hermanas nunca, pues el luto muy riguroso en aquella población solo les permitía ir á la iglesia.

Mas pasado el tiempo prescrito por la costumbre se mitigó un poco el rigor, y sin asistir todavía á las reuniones, acompañaban á mi madre que las quería mucho, en algunos paseos que dábamos por las afueras. Mi amigo, que nos acompañaba, las volvió á ver con este motivo lo ménos dos veces. En una de estas ocasiones habiéndonos alejado bastante é internado por senderos cubiertos de árboles llenos de sombra y de cantos, pues estaban poblados de ruiseñores y alondras, nos detuvimos por fin al borde de un lago ó estanque muy famoso por sus anguilas. Mientras que nos freían algunas cuantas hechas trozos que saltaban de la sartén, para el

campestre almuerzo, nos sentamos en la mullida yerba. Las mamás, un poco lejos, hablaban entre sí; yo procuraba no estorbar contemplando el paisaje.

Aquella limpia superficie de agua que se extendía delante de nosotros tan tranquila que apenas formaba ligerísimos pliegues á impulsos de la tibia brisa que movía mansamente los cañaverales; la calma solemne de la naturaleza turbada tan solo por el monótono canto de las cigarras, y allá á lo lejos por las aguas que caían en cascada por la presa de un viejo molino abandonado... todo nos impelía en alas de apacibles ensueños, y paréceme que todos soñábamos algo.

Había infinidad de margaritas entre la yerba.

—¿Vamos á preguntar á las margaritas?— dijo Eufrosina, y cogiendo una la entregó bonitamente á mi amigo.

Él la fué deshojando lentamente, pétalo por pétalo, con cierta inquietud y zozobra...

«¡Mucho!»—dijo la flor al llegar el último pétalo.

—¡Ah!—exclamó Eufrosina, ¿con que hay quien le ama á V. mucho y V. piensa en ordenarse?

Mi amigo turbado por aquel súbito é inesperado ataque la miró... y no dijo nada.

Tocábale á Eufrosina entonces deshojar su margarita.

«Nada» — dijo la flor en su último pétalo.

—Ah, ya caigo...—repuso Eufrosina, ahora todo se explica.

—Eufrosina, Eufrosina, —murmuró mi pobre amigo á media voz é inclinándose hacia ella, esa flor ha mentido.

Yo me di cuenta de todo porque no estaba lejos.

—¡Vaya, vaya!—dije sonriendo, que no está para ternuras el tiempo.

—Caballero, —exclamó Eufrosina encendida como la grana y con un gracioso mohín, es muy feo, muy feo, eso de escuchar lo que se habla. Aunque teniendo buenas orejas...

Yo agaché las mías bajo el peso del femenino ultraje y, como las anguilas estaban ya bien fritas y preparadas, el incidente no pasó adelante.

---

Algunos días después al salir yo de oír misa de la iglesia de Santa Clara, me tropecé en la portería del convento con Eufrosina que hablaba con la Hermana tornera. Dirigióse á mí y me preguntó: ¿quiere acompañarme hasta casa? Por el camino hablaremos.

Acepté el ofrecimiento, esperando que ni mi

madre ni el brigadier llegarían á saber nada. Tenía muchas cosas que decirme, y me propuso una vuelta por fuera de las murallas, un verdadero paseo. Pues bien, todo lo que me vino á decir estaba contenido en su primera pregunta: Dígame V. con franqueza, ¿cree V. que su amigo será cura?

Yo le respondí sinceramente, fríamente, cruelmente, y la herí en lo vivo; pues eché de ver, á pesar de su velo, que lloraba. Procuré consolarla, pero fué en vano; de sus labios se desbordaron palabras de desesperación envueltas en sollozos que se esforzaba en ahogar.

Yo estaba conmovido; me inspiraba tal interés y compasión, que hubiera querido manifestársela, pero no me venían las palabras. Aquel «corazón destrozado,» «vida marchita en flor, para siempre marchita.» Aquel: «¡No! ¡todo se acabó para mí! mi primero y mi último amor» que me lanzó al fin con un tono de voz que parecía salir del fondo del alma y aun creo que añadió: «esto me matará.» Todo aquello lo veía yo y lo oía por primera vez en mi vida y no se me ocurría una sola duda; todo lo creía como creía en mí mismo, como se cree en esa edad. Yo no sabía entonces que hay muchas Eufrosinas que á punto ya de morir vuelven fácilmente á la vida.

Cuando me separé de ella, mi emoción era profundísima, y ya solo, volviendo á desandar el camino que habíamos recorrido juntos, me preguntaba á mí mismo: ¡Pero Dios mío, y si llega á morir! Y recordaba cierta novela que había leído, en la que en efecto alguien llegaba á morir de aquello!

—Vamos, *Páter*, —dijo el capitán, se conoce que entonces al ménos era V. un bienaventurado.

Nada dije á mi amigo de este paseo y cómo había sido confidente de Eufrosina; mas desde Abril hasta Agosto, cuando yo le veía triste en el colegio, pensaba que también ella lo estaría, y no podía ménos de compadecerlos.

---

Llegó el momento de despedirnos para siempre del colegio; y al partir animosos, esperanzados, me dijo estrechándome la mano:

—He aquí las últimas vacaciones de nuestra juventud... Después yo cumpliré mi palabra, los dos nos ordenaremos.

—¡Mucho cuidado! mira que estás jugando con fuego. Dios Nuestro Señor vino en su auxilio una vez más, interviniendo con el desengaño de la vida como lo suele hacer.

Cuando llegamos, el pobre brigadier R... consumido por el mismo terrible mal que su mujer, y ocho días antes de cumplirse el triste aniversario de su muerte, acababa á su vez de morir.

El que «no sabía rezar» había muerto cristianamente con el crucifijo sobre su corazón, rodeado de oraciones, de sus dos hijas y de mi madre.

Enriqueta y Eufrosina habían quedado huérfanas. Acudió una hermana de su madre, y á los tres días levantó la casa y se las llevó consigo para consolarlas en la suya.

Todavía me parece que las veo despedirse sollozando. Eufrosina me encargó que llevara coronas fúnebres al cementerio á la tumba del padre y de la madre. «Todos mis ensueños se han disipado,» me dijo en voz baja al partir, «dígame V. que al ménos ruegue alguna vez por mí...»

---

Mi amigo y yo entramos en el Seminario.

Llevó á cabo su sacrificio con decisión y empezó su nueva carrera, ajustándose á los reglamentos, á las costumbres, á los ejercicios todos de la vida sacerdotal con perfecta generosidad. Y Dios le recompensó, dándole en torno paz y alegría. Sin duda que el recuerdo de Eufrosina

se le presentaba de vez en cuándo, pero sin perturbarle y solo para darle pie de renovar una vez más el sacrificio.

Un día de esos de melancolía indefinible y ¿quién no los conoce? le sobresaltó este pensamiento: «¡Quién sabe! ¡si ella fuera desgraciada!... ¡huérfana!... ¡sola en el mundo!... ¡si llegase á enfermar... á morir!» Abrióme en esta ocasión, como siempre, su pecho, y yo procuré tranquilizarle; aunque, después de aquella íntima confianza de Eufrosina, yo no las tenía todas conmigo.

El recuerdo de nuestro paseo y de aquel corazón inconsolable, sus lágrimas, su desesperación, y aquella muerte lenta, la muerte de un corazón fiel y amante, me hacían daño en el corazón.

---

Habían pasado seis meses; estábamos de vacaciones. Le vi venir hacia mí apresurado.

—¿Sabes lo que sucede?

—Tú dirás.

—Hace un instante he pasado por el cuarto de mi hermana...

—¿Y qué?

—He visto sobre su mesa una carta abierta...

—¿...?



—He conocido la letra... no he podido resistir... he hecho mal, pero...

—¿De Eufrosina?

—¡Toma, lee!

Empecé á leerla; al principio fruslerías... de muchachas... ¡Después!... ¡Pero era verdad lo que leían mis ojos! ¡Leí y releí! No había duda, mis ojos no me engañaban... Eufrosina, la inconsolable Eufrosina á quien yo daba casi por muerta, Eufrosina vivía, sin embargo, y hablaba de un Alberto, de *su Alberto*, acabadito de salir de la Escuela de Estado Mayor, rubio como ella, simpático, etc., etc. Todo lo demás se adivina.

—¡Todas son así!—murmuró por debajo de sus espesos mostachos el viejo lobo de mar.

Yo miré á mi amigo; el pobre sonreía, aunque no sin cierta expresión amarga.

—¿Has visto!—me dijo. Vamos, no se ha muerto; ya estoy por completo tranquilo. ¡Bien hemos hecho en seguir á Dios que no se muda! Yo no sabía qué decir: «¡Alberto, *su Alberto*!» y la escena de junto á las murallas se despertaba con toda su vividez en mi imaginación, y todavía me parecía oír aquella frase desesperada: «¡Todo se acabó para mí! ¡Esto me matará!» ¡Seis meses habían bastado para aquel cambio! Ahora sonrío al recuerdo del estupor que me

causó aquel descubrimiento; experimenté entonces una desilusión sin igual. Eufrosina me pareció excepcionalmente odiosa.

De entonces acá, el conocimiento del corazón humano me ha llevado á dulcificar mis juicios, y sin llegar á decir *todas*, como V., mi capitán, ya en casos análogos la sorpresa va considerablemente disminuyendo. La costumbre y repetición me va volviendo cada vez más perdonador é indulgente.

Dios Nuestro Señor continuó su obra comenzada, y suave y fuertemente le dió por fin término.

---

Llegó el instante para él de la decisión suprema de la consagración á la Iglesia y á Dios por solemne juramento... ¿Vino el tentador á silbarle al oído el nombre de Eufrosina? lo ignoro; pero la víspera, la víspera precisamente de su ordenación sacerdotal recibió una carta con sobre de luto...

Eufrosina había muerto á los veintidós años... del mismo mal que se había llevado á su madre y á su padre.

---

Dos años después me enviaron al colegio de San José en B.\*\*, para enseñar gramática.

En aquella ciudad había muerto Eufrosina.

Me ocurrió ir á rezar sobre su tumba... mas ¿cómo dar con ella en los tres cementerios que tiene la población? Me pareció lo más acertado buscar primero á Enriqueta. No fué, en verdad, cosa fácil durante algunos días. Por fin tropecé con alguien que me dijo: Sí, señor, hemos conocido á esas dos señoritas. No muy lejos de aquí vivían. La más joven ha muerto, y después la mayor se retiró al Carmelo...

¡Enriqueta, Carmelita!

Aquel mismo día estuve en el convento.

—Hermana,— dije á la Religiosa tornera,— quisiera hablar, si se puede, con una de vuestras Hermanas. No sé qué nombre habrá tomado en Religión; en el mundo se llamaba Enriqueta R...

—¡Oh! señor,— exclamó la Religiosa,— ¡nuestra querida Hermana Santa Teresa!... ¡Hace un mes que Dios la llamó á sí!

—¡Muerta también!

---

No pude dar con la sepultura de Eufrosina, pero á la entrada de un estrecho cercado en donde se elevaban algo sobre el musgo varias

cruces sin nombres, pude leer: «Sepulturas de las Religiosas del Monte Carmelo.»

Allí recé por ellas.

Allí recé por él.

Y cuando me puse de pie, por encima de los pensamientos tristes que se levantan siempre de en medio de las tumbas, un pensamiento vivificante y grande se elevó hasta los cielos; lo que él y yo habíamos dicho el día en que bajo las tijeras del Obispo cayeron al pie del altar nuestros cabellos:

*Dominus pars hereditatis meae et calicis mei,  
tu es qui restitues hereditatem meam mihi.*

«Oh Señor, vos sois mi única herencia, el cáliz de vuestro amor es el que yo quiero beber, porque sois fiel en vuestras promesas y lograré la herencia de los cielos.»

---

Al llegar aquí el capellán en su narración hubo un momento de silencio.

—¿Y la moraleja del cuento?—se atrevió á insinuar uno.

—¿La moraleja?... Bien á la vista está. Es necesario ir siempre en derechura del deber y no andar vagueando por otros caminos. El que se retrasa ó se aparta del camino derecho empieza por ser culpable y acaba por ser engañado.

También se podría sacar otra moraleja, pero... no me digan ustedes que esto es sermón. La consideración de que en esta vida se muere la gente muy pronto y se mueren todos, y en consecuencia no estaría de más pensar en la otra vida, en donde nadie se muere.

---

La noche era cada vez más oscura, y *El Valiente*, inmóvil, afianzado en sus anclas lanzaba á largas distancias las proyecciones de su foco eléctrico, barriendo el mar y pintando con lívidos resplandores las crestas de las olas. No se escuchaba más que el chapotear del oleaje en los acerados costados del barco y el sordo rumor de las olas en la cercana costa, que parecía gemir como gime el viento entre el ramaje de los bosques.

Todo era tristeza y oscuridad en el mar y en la tierra. En el cielo se veía el pestañear de millones y millones de estrellas que brillaban tranquilas en sus inconmensurables alturas, y como compadecidas miraban pasar debajo de ellas la tierra en su incesante viaje por los espacios.

A. M. D. G.



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo. II. Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-Marta Ampère.*

### Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

### Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*

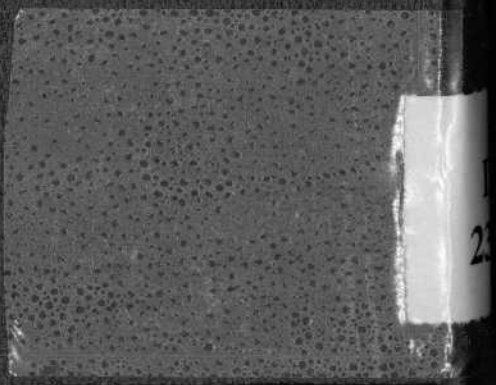












23



D-2

23604